



CAMINO A CASA

ESTACIONES - ENCUENTROS



José Luis Pinczinger



CAMINO A CASA

CAMINO A CASA

ESTACIONES - ENCUENTROS

José Luis Pinczinger



Pinczinger, José Luis

Camino a casa: estaciones-encuentros / José Luis Pinczinger. - 1a ed.

Villa Carlos Paz: Quo Vadis Ediciones Visionarias, 2015.

162 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-1890-59-0

1. Autobiografías. I. Título.

CDD 920

© 2015 - José Luis Pinczinger

Fotos de tapa: José Luis Pinczinger, Marta Cross, Coro de Arquitectura con el maestro Antonio Russo (año 1969), y puerta principal del Colegio San Emerico, Budapest, Hungría.

Los lectores que deseen intercambiar sus opiniones y vivencias o aportar datos de relevancia, podrán enviar sus mensajes a la dirección de correo electrónico del autor: **pinci552002@yahoo.es**

© QUO VADIS EDICIONES

Director: José Oviedo Oller

Fidias 295 - B° Costa Azul - Tel.:(03541)15622704-15624865

(5152) Villa Carlos Paz - Córdoba - Argentina

E-mails: quovadis@quovadisediciones.com.ar

quovadisediciones@hotmail.com

Facebook: Quo Vadis Ediciones

www.quovadisediciones.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-987-1890-59-0

Primera edición. Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia, sin previa autorización del autor.

Dedico este libro en primer lugar a Marta, mi esposa,
que me conoce bien, como soy.

A mis hijas Bárbara, Virginia, Cecilia,
Anita y Patricia, para que me conozcan mejor.

Y por este mismo motivo a mis hermanos
Luis, Isabel y Viqui.

Agradezco a Marta que me alentó y me ayudó a poner por escrito las historias que le fuí contando sobre mi vida. Estos textos en definitiva, no son más que fruto de largas horas que pasamos charlando, reconociéndonos, compartiendo nuestros recuerdos, rememorando todo lo vivido y el camino recorrido desde que nos conocimos hasta que nos volvimos a reencontrar.

A mis amigos y colegas docentes
Santiago Alejandro Macor, en Carlos Paz;
Mészáros András, en Hungría.

A QuoVadis Ediciones,
porque gracias a ellos se hizo posible
la publicación de este libro.

A la manera de
Prólogo

Estimados lectores en este libro se sorprenderán con pasajes de la vida de un hombre valiente.

Luces y sombras, certezas y dudas, “*apologías y rechazos*”, sueños y realizaciones, confesiones y declaraciones... se van presentando a través de un texto transparente tal como lo ha decidido su autor.

“*Camino a casa*” es un recorrido por pasajes auto-seleccionados que dejaron marcas en la vida de José Luis Pinczinger, a través de las huellas de la memoria personal, en el que se reúnen en sus respectivos contextos: creencias, aventuras, búsquedas, cavilaciones, idas y vueltas diversas, amistades, personajes (entre los que se encuentran algunos estudiantes), personalidades... y el reencuentro con el amor de su vida.

Sí amigos lectores, en lo profundo, se trata de una historia de amor a lo largo de una fructífera existencia en el estudio, en el arte, en la docencia, en la familia, en la religión y en la lucha por la felicidad de pareja junto a la persona amada.

En todo el trayecto está presente la Música, y no podía ser de otro modo, ya que ese lenguaje universal es mediante el cual el protagonista de esta “*vida para ser contada*” tiene el don de expresarse magníficamente, relacionarse con los demás y servir a su Dios.

Esperamos haber sido dignos de tamaña responsabilidad. Para nosotros, José Oviedo Oller como editor y en mi caso como *“un puente”* que posibilita la presentación de este libro, es un inmenso honor acercar a Ustedes la palabra escrita de uno de los Maestros que sembró en nuestra adolescencia valores humanos profundos, entre otros tales como la solidaridad, el respeto y la consideración por el otro, el compromiso, la libertad, y el amor a la integridad de la vida a través de la belleza del arte.

Como toda obra, ésta estará inconclusa sin la participación de los Lectores, esperamos que la recepten con beneplácito. Muchas gracias.

Santiago Alejandro Macor
Comunicador Social / Docente

“La verdad se cava como un pozo”.
(Antoine de Saint Exupéry)

Introducción

Entre el cielo y la tierra

Cavé hondo y durante mucho tiempo... tal vez un poco tarde, pero por fin pude captar claramente, y fundamentalmente aceptar el hecho de que yo, el que soy, al igual que otro cualquiera, no soy mi cuerpo, sino mi alma. Por decirlo de otra manera, “yo” soy espíritu o “yo” soy mi alma. Ya que aquello que es mi cuerpo aún no glorificado -la materia- no es más que una especie de artefacto mecánico en permanente actividad que me envuelve, me encierra y me protege, es fuerte y vulnerable a la vez y puedo dirigirlo, hacerlo funcionar, moverlo y gobernarlo mientras poco a poco se me va desmoronando... hasta ser polvo, nada.

Mi corazón -lo emocional- simbólicamente se resume solo a un músculo fantástico y palpitante lleno de sangre corriendo vertiginosamente y sin detenerse de aquí para allá desde el momento que fui concebido hasta el día que se detenga, el día de mi muerte, y mi inteligencia -lo racional- es un laboratorio inaccesible donde el alma hace la mezcla del bombardeo continuo de informaciones y las incontables experiencias, con el germen de mi yo primordial, oculto y desconocido, para que a medida que pasa la vida vaya construyendo mi personalidad única, especial, incomparable a cualquier otra, personalidad que me será imprescindible para poder seguir yendo por la vida. Así que resumiendo, sin duda alguna yo soy espíritu, y evidentemente

estoy en un camino de peregrinaje que llamamos vida, al final de él, cuando me llame el Creador se hará realidad el momento de encontrarme conmigo mismo, me veré tal como soy, tal como Él me creó. Pero mientras tanto, mientras dure este peregrinaje mi alma, así como la de los demás, tiene otro objetivo ajustado a esta vida... un objetivo digamos más "terrenal": La felicidad. Mi "yo" quiere ser feliz a pesar de los inevitables dolores o penas que se van sumando con el pasar de los años y que va conociendo y encontrando por el camino. Claro que una cosa es ser feliz en esta vida y otra la felicidad perfecta y completa de la que habla San Agustín: "Nuestro corazón está intranquilo, hasta que no descanse en Ti". Cuando el espíritu que soy yo se encontrará con Él, el que es sólo Espíritu, puro y único. O sea que, a pesar de a veces negarlo, rechazarlo, en este camino que vamos andando, desde el momento de nacer todos llevamos este deseo de ser felices pegado a nosotros, y no importa como entendemos o interpretamos la felicidad. ¡Amor, dinero, amigos, salud, creación, arte, ciencia, trabajo, poder o paz... tantos y más que pueden ser motivos, fieles portadores o espejismos de la felicidad! Jacob, luchó con el ángel de Dios hasta el amanecer, cuando fue vencido. El alma también, buscando la felicidad muchas veces lucha contra el ángel, pero en el fondo con un sólo propósito final: que llegue ese amanecer cuando por fin será derrotada y entonces podrá conocer la felicidad completa, perfecta. Pero mientras siga con su lucha, no ceja en la búsqueda para alcanzar lo que todos ansiamos: la felicidad ahora, en esta vida. Es cierto también que este cuerpo que se va desbaratando día a día, tiene una opinión algo especial, muy suya sobre la felicidad, y por ser insaciable a veces pide y exige cosas bastante singulares y extras para ser feliz. Pero entonces la Gracia se acerca y ayuda al alma para que en el laboratorio de la inteligencia pueda poner las cosas en orden, acepte e integre lo que nos hará felices y rechace todo lo que a pesar de ser muy

atractivo, en definitiva provocará infelicidad. Lo primordial e indispensable es la Gracia, pero al tener libre albedrío, ésta lamentablemente no servirá de mucho si en el laboratorio no se realiza el trabajo a veces arduo para que funcione el razonar con lucidez y que sea reforzada la voluntad.

A propósito del libre albedrío... Todo este asunto de la felicidad comenzó con Adán y Eva... Si en su decisión no solo hubiesen usado el libre albedrío, sino también la razón, si hubiesen creído y confiado, medido las consecuencias de una decisión equivocada, si hubiesen encontrado en sí mismos la suficiente fuerza de voluntad para rechazar la tentación, entonces nos habrían evitado muchas penas e infinidad de obstáculos para alcanzar la felicidad. Por ya poseerla en el Edén, nos hubiesen ahorrado a todas las generaciones posteriores de la historia hasta hoy, incluido yo, la lucha por volver a alcanzarla. Si hubiesen tomado otra decisión, la correcta, ahora la felicidad no sería una búsqueda continua, un estado de ánimo la mayoría de las veces transitorio y forjado con tantos esfuerzos y lágrimas, no sería una ansiedad muchas veces insatisfecha ni una ilusión, sino algo eterno, sin principio ni fin, connatural e inseparable de la vida. Desde un principio y por los siglos de los siglos viviríamos felices en el Edén, Adán, Eva y nosotros, sus descendientes.

El hombre es insaciable hasta en la búsqueda de la felicidad, nunca es suficiente. En definitiva el propósito de Adán y Eva al comer del árbol prohibido, fue algo muy sencillo: la ilusión de una felicidad más grande, más completa, pero en definitiva mal interpretada. Un espejismo. Llegado a este punto y evitando los análisis teológicos y filo-religiosos. y leyendo e interpretando las Escrituras de una manera simple -ya que supongo fueron escritas para los hombres simples de todos los tiempos y no para intelectuales y teólogos...me viene un pensamiento singular al leer el párrafo con la orden divina pero bastante carnal del "*procread y multiplicaos*", actividad indudablemente agradable y placentera que

parecería ser la básica para alcanzar la felicidad ya que este pedido, sugerencia u orden Dios la formuló allí mismo, en el paraíso, antes de la caída. Pero entonces, ¿cómo hubiese solucionado el aumento continuo de la población en el paraíso? Claro que el reino de Dios es el tiempo y el espacio infinito, pero aún sabiendo bien esto, es imposible imaginarse una multitud semejante procreándose y multiplicándose por toda la eternidad justamente allí, en el paraíso, donde no hay enfermedad, ni dolor, ni muerte! Seguramente los teólogos, investigadores bíblicos a través de cientos de años ya elaboraron una o más explicaciones complicadísimas y abstractas, centenares de teorías y dogmas sobre este tema que quedarán siempre condenadas a ser incomprensibles, además de imposibles de ser comprobadas. Y que también pueden ser o estar muy cerca de la verdad... quien sabe? Porque en definitiva la fe, para ser auténtica no necesita ni explicaciones ni pruebas. La esencia de la fe es creer sin tener pruebas.

Es una lástima que todavía estemos tan atrasados y sigamos viviendo la religión según la concepción mortificante del antiguo testamento, con la imagen de un Dios flagelante y temible, concepción que está en contradicción con lo que Él mismo nos enseña sobre su esencia, o sea que Él es Amor. En esa concepción antigua del Dios castigador aparece la imagen de la expulsión del paraíso, donde Adán y Eva con la cabeza baja, avergonzados, temblando de pavor y de frío, se alejan rumbo a un futuro cubierto de nubes negras amenazantes abrumados por la mirada severa del Padre y dejando atrás el paraíso perdido, ya cerrado y con el portal custodiado por un ángel con la espada llameante. La imagen básicamente es correcta, porque ilustra la pedagogía divina, de Aquel que quiso crear al hombre con libre albedrío. Usando nuestro razonamiento humano y sin elaborar explicaciones de alto vuelo, el Padre por haberlos creado libres, “le guste o no “ no puede hacer otra cosa que “expulsarlos” del paraíso o sea, los dos deben comenzar a aprender a asumir las

consecuencias de sus decisiones. Tomar decisiones y asumir las consecuencias, ya que inevitablemente las malas decisiones tendrán malas consecuencias y al revés, las decisiones correctas a corto o largo plazo indefectiblemente tendrán consecuencias positivas. En la pedagogía divina y también en la humana, el aprender a asumir las consecuencias es ineludible para alcanzar la libertad y en definitiva, tarde o temprano la felicidad. La libertad interior lleva a la felicidad y la felicidad lleva a la sabiduría. El no asumir las consecuencias de las decisiones es equivalente a la multiplicación de errores, al caos, a la inconsecuencia y otros tantos obstáculos que nos impedirán ser felices...

La salida del paraíso, aunque momentáneamente es dolorosa, evitará males peores y abre la posibilidad de alcanzar una felicidad mayor. Felicidad en este mundo, fuera del Edén y de la felicidad perfecta que sólo será posible cuando retornemos a Él. Por ser así y por ser Dios como es, Adán y Eva, juntos y de la mano emprenden un camino de peregrinaje llevando consigo no solamente el libre albedrío, sino también otro gran regalo que los ayudará a conocer la felicidad. Llevan consigo el amor, la capacidad de amar. Y entonces podemos observar algo más en esta imagen del exilio. Vemos a un hombre y una mujer que a pesar de su momento de tristeza infinita, se aman el uno al otro. Se pertenecen. Adán y Eva son la primera pareja enamorada de la historia.

Los dos juntos, amándose, apoyándose y ayudándose mutuamente buscarán, encontrarán y experimentarán la felicidad. Y se van a multiplicar por los siglos de los siglos para que sus hijos, nietos e innumerables descendientes también puedan ser felices. Primero en esta vida y después en el más allá. Completamente y perfectamente felices.

*“Padre, no te pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal”
(Jn 17,11-19)*

Aparcadero del alma

*...necesitamos lugares para el descanso, aparcaderos para el alma,
donde pueda serenarse y fortalecerse.
Necesitamos esos lugares también
para el encuentro de las almas.*

*Lugares donde, como si no pasara nada especial,
y sin que pretendamos ni hagamos nada,
el alma tiene la posibilidad del encuentro,
descansa, y se alimenta.*

*Allí, el alma puede dejar de lado lo que va sucediendo afuera,
en el trabajo, en el bullicio de la calle, del mundo
y vive plenamente ese preciso momento de paz,
sin necesidad de rechazar, de negar ni de apartarse del mundo.*

*Abusa de la posibilidad que le brinda el aparcadero,
para mantenerse cerca de Dios.
Y ser feliz.*

PRELUDIO

Meditación...

Con un pasado que se va perdiendo día a día en el infinito y entre nieblas, y sin conocer ni pretender adivinar nada del futuro... ¿es posible encontrar, determinar precisamente y sin dudas, para luego extraerlo, un momento de la vida hacia y desde dónde todos lo demás convergen? ¿Un punto Alfa y Omega, situado en algún lugar del tiempo en que nos toca vivir y que es a la vez llegada y partida, final y comienzo, precipicio y cumbre, algo así como muerte y resurrección? ¿Puede existir un momento en la vida que aunque sea solo fugaz y casi imperceptible tiene el poder de darle sentido a todo lo que pasó, influir en todo lo que sucederá? No hablo de algo provocado, preparado, elegido o planeado. Pero sí tal vez esperado o soñado en secreto por el inconsciente... una ilusión, un momento que como un fantasma esfumado, olvidado y ausente de repente toma cuerpo y se convierte en realidad. Y desde allí, esa será la única y verdadera realidad a la que como jirones prendidos sirven y asisten las demás. Tal vez fue ese día de primavera de marzo del 2010 conduciendo el auto por la autopista a Viena rumbo al reencuentro. Reencuentro que hasta entonces era solo una de esas ilusiones dormidas en un rincón oscuro del desván, crisálidas sin esperanzas ni capacidad de volar, de volverse realidad y que apenas se asoman de tanto en tanto mientras va pasando casi toda una vida. ¿Fue entonces? Mirándome

desde acá como en un film, en la autopista no veo imágenes ni movimiento, pensamiento ni razonamientos, objetivos ni determinaciones, solamente remembranzas y nostalgias, ansias acobardadas, sueños que quieren despertar y renacer, todo atropellándose en mi cabeza, a veces dócilmente otras con violencia formando remansos y arroyos desbordados de emociones y sentimientos. Ese día todavía era otro hombre, tal vez el mismo de casi toda la vida, encerrado entre límites contradictorios, y ahora también ya soy otro, aquél que fui hace mucho, antes de la separación de hace tanto tiempo que me empujó a tomar un camino que se prolongó demasiado. Como en la autopista, en la que manejando como en cámara lenta, envuelto por una neblina que se va disipando poco a poco hasta dejar ver la curva de salida que me conducirá al reencuentro, a la arteria principal, el comienzo del camino que me llevaría de vuelta a casa. Encuentros, separaciones y reencuentros.

¿Así se va armando el tejido de la vida? Lo más probable es que no fue esa sola vez mientras pasaban los kilómetros y más kilómetros, uno tras otro, sino varias, muchas veces, un proceso en el que las horas, días, meses fueron hilándose y entrelazándose hasta comenzar a formar el rompecabezas, este tapiz lleno de interrogantes que es la vida. Mi vida. Un tejido que quiso armarse de una manera coherente y metódica en el tiempo, el espacio, las personas y los sucesos. Un tejido que ansiaba ser auténtico y comprensible. Para tratar y llegar a entender. Para saber cual es el punto, el momento donde converge toda la trama y le da sentido a la forma, al tamaño y a la infinita variedad de dibujos y colores. ¿Cuántos segundos, minutos, horas de una eternidad condujeron a ese momento único, gracias al cual el tejido llegó a tomar forma? En la autopista todo esto ya estaba, pero todavía de manera latente, y sólo después del reencuentro llegué finalmente a tomar conciencia y saber lo que hoy ya sé. Mirando para atrás, en derredor, arriba, abajo y hacia

adelante veo y encuentro un sólo momento de mi vida que me gustaría volver a vivir. El punto de convergencia.

En todo ese tejido formado por sesenta y cinco años, desde la niñez hasta ahora, sin negar ni dejar de agradecer ningún color ni ningún dibujo, lo que pasó y lo que podrá suceder, no tengo ninguna necesidad de buscar, ni de escarbar, ni recordar para saber perfectamente que ése es el punto de convergencia. Allí, donde comenzó el camino de regreso a casa. El momento del reencuentro.

“La música es de todos”.
(Zoltán Kodály)

I

Tony

Tony. Escrito así, con “y” griega. Cuento de él lo que me acuerdo y cómo me acuerdo, pero no todo de lo que fui testigo o de lo que más tarde me contó él mismo... jirones de la historia de mi amigo de la juventud. Tal vez un poco exageradamente, pero con cierta pizca de humor nos decían hermanos. Con algo de verdad, para mí tomó el lugar de un hermano mayor en el que veía características personales, virtudes que admiraba, pero también rasgos temibles que como un semáforo rojo me mostraban ciertos límites que no debía traspasar. Su padre era descendiente de italianos, por parte de su madre de sefardíes españoles. Fue y es, un amigo de esos raros y únicos, irremplazables porque lo siguen siendo durante toda una vida, a pesar de la lejanía en el tiempo y la distancia. Tony, con un grado de perseverancia y fuerza de voluntad terca que no encontré nunca más en ninguna otra persona que conocí hasta ahora. Además, en ese entonces Tony ya sabía todo... casi todo, o mucho de la vida. Yo prácticamente nada.

A veces pienso que la Providencia lo puso en mi camino para aprender de él lo que a mí me faltaba. Puede ser que esto fuera un poco también al revés, pero ésto no lo sé. Yo poseía una predisposición básica y natural para la música, combinada con un grado bastante elevado de pereza. En él, en cambio, una musicalidad tardía y lenta en despertar

luchaba un duelo a brazo partido con su fuerza de voluntad y tenacidad dispuesta a ir hasta el final, esquivando o traspasando cualquier limitación. Porque como dije, Tony ya conocía y sabía de la vida y sus leyes, las naturales, las creadas e impuestas por los hombres, incluso muchas de las sobrenaturales, pero las interpretaba a su manera y según esa interpretación las aceptaba o no, las reformaba, las adornaba, las remodelaba, les quitaba o les ponía según le fuera necesario para poder seguir, traspasar un límite, o esquivar un obstáculo.

A Tony lo conocí cuando ya estaba dando los últimos pasos para alejarme de lo poco que me ataba al Conservatorio de Música, uno o dos años después de que entrara a cantar en el Coro de Arquitectura. Los que lo conocen, saben bien de la influencia que ejercía Antonio R. su director, sobre los jóvenes amantes de la música. En gran parte debido a esa influencia, fue que dejé el violín y pisé el camino que me iba a conducir a la dirección coral. En ese año el coro estaba flojón, éramos pocos tenores y tal vez también había huecos en la cuerda de sopranos. Éramos pocos para encarar el repertorio propuesto por nuestro director que, como de costumbre no era nada fácil.

Un día se presentaron en el ensayo dos o tres muchachos con registro de tenor, manifestando su deseo de agregarse al coro. Todos ellos lamentablemente con la voz sin trabajar, poco oído y ritmo flojo, de la partitura apenas entendían algo... entusiastas aficionados sin pasado musical. Pero nosotros necesitábamos gente y por esta razón, sólo por ésta, y como en esa época yo era el responsable de la cuerda de tenores, juntos le pedimos y el maestro nos dió un tiempo peligrosamente corto –unos dos meses- para practicar con ellos, y que aprendieran todas las obras. “Ya veremos” decía meneando la cabeza sin ocultar sus dudas.

Trabajamos duro pero valió la pena porque finalmente aprendieron lo que el maestro exigió. Se quedaron en el coro

y nos hicimos amigos. Uno de ellos era Tony. Tengo bien presente la imagen de su primera "entrada" a la sala de ensayos. Pantalones trapecio de cordero y gris, camisa con flores pequeñas sobre fondo marrón clarito... seguro, distendido.... alegría, color y bohemia mezclada con gusto y elegancia, llamaba la atención pero sin excesos, sin estridencias. Ya por esa época, a pesar de que comenzaba a notarse el comienzo de una calvicie parcial y demasiado prematura, tenía el cabello oscuro y ondeado apuntando hacia arriba al estilo de Einstein como dirigiéndose hacia el cielo con miles de antenas finitas para alimentarse de fuerza y energía. Pero de Tony, lo que más llamaba la atención eran sus ojos, el contraste de lo muy oscuro y brillante en un fondo blanco. Si hablaba con alguien, miraba fijo con los párpados extremadamente abiertos, como forzando a mantener un contacto capaz de hacer desaparecer todo el entorno para que la atención del otro se dirigiera solamente a él, que estuviera pendiente únicamente de él. Su mirada bombardeaba todo lo que iba sintiendo, alegría, tristeza, bronca, entusiasmo y raramente duda o desánimo...Así, con sus ojos y su charla era capaz de cautivar, más bien de "apresar", sin soltar a nadie y a mí tampoco.

Ya desde un principio, a pesar de sus deficiencias y cero experiencias con respecto a la música, pasados lo veinte años no dejó ninguna duda de que él quería ser músico. Creo recordar que estaba muy enamorado de una flautista y eso también lo empujó en su decisión. Fué como fué, pero él estaba plenamente convencido de que su vocación y su destino era el de ser músico y para colmo flautista. Dije que estaba enamorado, pero esto no es estrictamente cierto porque Tony siempre estaba "perdidamente" enamorado de alguien. Mucho tiempo después me confesó que el amor no era aquello que él pensaba en esa época.

El padre de Tony tenía un frigorífico y había enviado a su hijo mayor, al hermano de Tony, a los Estados Unidos, creo

que para aprender todo lo necesario para tomar las riendas de la empresa, ya que él y su mujer querían descansar viajando por el mundo en una casa rodante. El hermano de Tony se fue a Norteamérica pero en vez de estudiar lo que esperaba el padre, se adhirió a alguna secta oriental. Cuando volvió a la Argentina, los padres lo vieron bajar del avión en Ezeiza, con el pelo largo al viento y vestido de blanco. Evidentemente en vez de empresas, negocios y asuntos de dinero su interés se dirigía a cosas místicas, espirituales y a la indiferencia hacia todo lo que fuera material. Tony tenía también una hermana que, si mis recuerdos no me engañan era artesana, tal vez. Pero yo no la conocí, nunca la vi ni supe nada de ella. Así que le tocó el turno a Tony de viajar a los Estados Unidos para adquirir los conocimientos que había despreciado su hermano. Durante su permanencia en Nueva York, él tampoco se dedicó a lo que debía, porque en esa época del peace and love su atención se dirigió más bien a la vida nocturna, al jazz, los boliches, todo lo que hablaba de la paz, la música, flores, pachulí, amor libre... etc. Y Tony, al igual que su hermano, también volvió a la Argentina sin demostrar ningún interés por los negocios... Anunció que "quiero ser músico". Flautista. Su padre, enfadado, viendo que no cejaba en su propósito ya no insistió más, pero le negó su ayuda. Ni un centavo. Tony comenzó a trabajar, de alguna manera consiguió una flauta para comenzar sus estudios y entró al coro.

Cuando lo conocí, él tenía bien claro que el canto coral era una gran ayuda para el progreso en los estudios de música. Pero como ya lo dije, Tony no tenía ningún pasado de educación musical, su grado de talento, predisposición para este arte todavía no se había manifestado y era bastante dudosa. Su progreso en el aprendizaje de las partituras, el desarrollo del oído musical era lento. Pero también era evidente que no sólo su inteligencia, sino también una gran sensibilidad y apertura para captar y aprehender todo lo bello lo empuja-

ban y lo ayudaban en este camino de la formación musical. Mi amigo era bohemio, pero también muy realista. Por eso, no negaba ni cerraba los ojos ante sus deficiencias, pero estaba absolutamente convencido de que en la vida todo se puede alcanzar, la música también y para ello, lo más importante era quererlo, tenerse fe, proponérselo y trabajar con perseverancia y sin dudar en el éxito. Y nos encontramos, él y yo que era como su antítesis, ya que poseía una predisposición natural que en principio se “desenrollaba” solita, sin depender mucho de la perseverancia y el trabajo. Y sí, tal vez esta contraposición “en uno está lo que falta en el otro” y por supuesto, porque Tony siempre entusiasmado proponía, organizaba los encuentros para practicar, ir a una pizzería, al cine o a su departamento a charlar, prepararnos juntos para los conciertos, etc. es que estábamos más juntos que dos buenos hermanos.

Ahora, con cabeza madura a veces pienso que tal vez admirábamos, con una especie de envidia sana las cualidades que poseía el otro y esto también fue lo que posiblemente construyó nuestra amistad. A Tony le costaba el estudio de la música, la flauta. Varias veces lo vi impacientarse y rebelarse ante las continuas dificultades que se le presentaban. Recuerdo una noche en la que en su impotencia por solucionar unos compases que se mostraban imbatibles, de repente estrelló el atril contra la pared, rompió la partitura en pedacitos pequeños y los arrojó a la avenida desde la ventana del cuarto, ¿quinto? piso donde vivía. Luego se quedó en silencio, con los ojos rojos del llanto reprimido. Fue la única vez que dio alguna señal de rendición, bajar los brazos y dejar la música, los estudios de flauta. Pero no pasaron uno o dos días hasta que me llamara por teléfono... quería seguir practicando, así que de tanto en tanto volví a ser testigo de sus horas de ejercicios, ayudándolo a solucionar las dificultades en lo que podía. Pasaron meses, uno o dos años. A pesar del enojo de su padre, Tony todavía vivía con ellos.

Un día de esos en los que Tony no tenía trabajo, el padre le recriminó: "Mi hijo es un vago que no hace nada". Mi amigo le respondió: ¿Cómo que no hago nada? Estudio flauta, canto en el coro, estoy con mi compañera, como, duermo... tengo todo el día ocupado. ¿Qué más tendría que hacer?

En ese tiempo, además de estudiar y cantar en el coro, comenzó a trabajar -la verdad que no sé en qué- para una empresa con un jefe de moralidad dudosa... esto lo sé por sus historias bastante espeluznantes. Pero así pudo abastecerse, pagar sus estudios y hasta se compró un "fitito" viejo que si estaba todavía entero y funcionaba, era seguramente por obra de algún santo protector desconocido y benigno. Un día manejando, vió en la esquina de una de las avenidas más transitadas del centro de Buenos Aires, una parejita haciendo dedo. ¿Estos dos haciendo dedo justo aquí? ¡Esto es tan insólito!, ¡No lo puedo dejar pasar! -se dijo-. Frenó, arriesgando un encontronazo con otro auto, los bocinazos o una multa y les abrió la puerta del autito. Eran dos jóvenes que venían de Río, mujer y varón, pero no como pareja sino solamente amigos. Como no tenían adonde ir, Tony les ofreció su departamento ya que sus padres no estaban, se habían ido de viaje en la casa rodante. Como tantas veces, a Tony le gustó la chica y entre los dos se armó un gran amor que duró los pocos días que los brasileros se quedaron en Buenos Aires. Poco tiempo después, los dos tuvieron que volver a su país. Tony, convencido de que estaba muy enamorado, no se conformó con esta situación y un día llamó invitándome a ir a Río de Janeiro. "Voy a buscarla para casarme y mientras tanto vemos el Carnaval". Yo le respondí que no tenía un mango para el viaje, pero él insistió argumentando que había pedido unos días libres y un adelanto a su jefe que nos alcanzaba para los dos.

A mi padre no le gustó nada la idea de mi viaje al Brasil, porque temía que me pescara alguna enfermedad, cosas de esa época. Pero al final se ablandó, me dio algo de dinero y

así nos fuimos a ver el Carnaval. Yo con un morralito, Tony con un maletín en busca de su “gran amor”. Para ahorrar, fuimos haciendo algunos tramos en ómnibus pero la mayoría a dedo. Guardo muchos recuerdos agradables y también importantes de ese viaje a Río que tardó dos o tres días. Toda una noche al borde de una carretera vacía, calentándonos al fuego de gomas viejas en una cabaña que funcionaba de gomería en algún lugar perdido y deshabitado del Brasil. Amontonados con otros en una cabina de un viejo camión que bajaba por la montaña por un camino lleno de curvas, hondonadas, como si no tuviese frenos ni cambios. Y el último tramo nocturno de San Pablo a Río en un Volkswagen, con el conductor y Tony fumando marihuana y yo atrás tratando de solo pensar en que nada malo iba a pasar. Pero el recuerdo más perdurable fue ese atardecer, cuando íbamos en una camioneta en medio de una jungla frondosa vestida de todas las tonalidades de verde imaginables. Por la radio del coche comenzó a sonar la canción de Roberto Carlos “*Jesu Cristo eu esto aqui*”. En esa época de mi vida, cuando estaba tan lejos de Dios y mi cabeza estaba ocupada por un caos de tonterías, desilusiones, deseos, sueños y dudas Él, con esa canción me hizo recordar su presencia. La música, la puesta de sol, ese escenario semisalvaje hecho de todos los matices verdes posibles e imposibles, me ubicaron en otra realidad apartada de todo lo que abrumba y pesa. Me mostró que hay algo, más bien Alguien que me ve y no me suelta la mano. Entonces, la vivencia fue muy fugaz, pero me quedó grabada para siempre.

Por fin llegamos a Río un anochecer, cuando el Carnaval estaba en su apogeo. Las calles repletas, todos bailando... una mezcolanza caótica de hombres, ritmo, ruidos, colores y olores. Averiguando supimos que la brasilera vivía en un suburbio cerca del centro, también cuál era el ómnibus -o tal vez tranvía? que nos llevaba hasta allí. Cuando llegamos, tocamos el timbre y nos abrió una señora de edad mediana,

la madre de la chica. Tony la saludó con una frase, mezcla de español y portugués que seguramente se la había aprendido de memoria, algo así... "Buenas noches, yo soy Tony, vengo de Buenos Aires y busco a X, mi novia, para casarme con ella (no recuerdo el nombre de la brasilera) Y la madre le respondió: "Ah, sí! pero X está en Bahía con su novio". Una ducha semejante, tan helada tendría que surtir efecto como para dar la espalda con la frente marchita y el corazón partido, pero Tony no era de ese tipo. Sin inmutarse le dijo: "Bueno, entonces la espero, ¿cuándo vuelve? y, ¿sábe de algún lugar donde podemos quedarnos unos días, hasta que vuelva? La madre llamó por teléfono a los amigos de su hija y nos consiguió un lugar donde dormir.

Nos quedamos en Río algo más de una semana, la mitad del tiempo sin hacer nada, vagando, conociendo. Por supuesto Tony encontró consuelo en otra brasilera mientras esperaba la llegada de su "amor". A los pocos días, efectivamente X volvió y desde el primer momento él utilizó todos su talentos y recursos para convencerla. Le habló horas, de día y de noche, a menudo sentados en la arena fina y cálida de la playa... Allí donde yo, sintiendo todavía la ausencia de Marta vagabundeaba solo, metido a medias en este mundo carnavalesco de marihuana, baile, alcohol, música y amor desencadenado, sin encontrar mi lugar. Viéndome como a un extraño. Creo que deambulaba en la tierra de nadie, del "quiero pero no quiero". Tony, mientras tanto hablaba y hablaba, sugestionaba, era capaz de bajar las estrellas del cielo para conseguir su propósito. Pero no pudo convencerla, cosa que en él era algo bien raro. Al final, se nos acabó el dinero y los días de franco de Tony, así que nos tuvimos que volver a Buenos Aires, a casa. Los dos por diferentes razones, pero lo hicimos de buena gana. Algunos tramos en ómnibus, otros a dedo. Más tarde pensé que mi amigo había fracasado con la brasilera, tal vez porque todo eso lo hizo "por deporte". Siempre iba y luchaba hasta el extremo para

alcanzar lo que ansiaba. Por eso, apenas retomamos nuestra vida acostumbrada, más “tranquila” se repuso bien rápido de la desilusión y con el pasar de unos días se volvió a enamorar.

Un poco más de dos años pasaron desde que conocí a Tony, cuando decidí darle un nuevo rumbo a mi vida. “Salgo del país y me voy a Europa, a Hungría”. En el Consulado solicité una beca de postgrado, pero la respuesta tardaba meses en llegar. Por esta solicitud y por haber permitido mi viaje a Hungría, a mi padre lo repudiaron en la colonia húngara, herida que lo acompañó el resto de su vida. Él, viendo que esperando la respuesta estaba atascado en un callejón sin salida, consintió en pagarme el pasaje hasta Budapest para así poder tramitar la beca personalmente. “Pero allá tenés que arreglarte y seguir haciendo tu vida solo”, me previno. Para todos los que estudiábamos o nos ocupábamos de alguna rama del arte, Europa significaba el origen y la cuna, la caja de tesoros de la música, las bellas artes, etc. así que Tony también decidió viajar a Europa. Pero él estaba en una situación mucho más difícil, ya que hacía apenas dos años que estudiaba flauta y estaba todavía muy lejos de obtener un diploma que le permitiera solicitar una beca de postgrado. Y a pesar de eso decidió irse, y para colmo con un pretexto bastante refinado, tal vez una excusa para justificar sus dificultades en el progreso de los estudios. “Si quiero ser flautista tengo que estudiar con el mejor maestro”, afirmaba sin dar lugar a dudas ni discusiones. ¿Y quién era el mejor maestro? Por supuesto Jean Pierre Rampal, en París, el más grande, el que tocaba con una flauta de oro.

Llegó el día de mi partida y en el puerto, cuando me dirigía a la rampa de subida me sorprendió ver a los amigos del coro que habían ido a despedirme. Entre ellos, Tony. De ese momento, guardo dos recuerdos. El de Tony, aferrado a la reja que separaba a los pasajeros de sus parientes y amigos gritándome con los ojos bien abiertos “Nos vemos en

Europa, te lo prometo". El otro, el de mi padre que me hizo volver de la escalera que entraba al barco, para allí, a último momento, sacarse su apreciado reloj de oro de la muñeca y ofrecérmelo sin palabras. Tony por supuesto cumplió con su promesa. Pasados algunos meses, vendiendo también su fitito a algún ingenuo, pudo juntar el dinero que le alcanzó para comprar el pasaje de avión hasta el aeropuerto de Barajas. De allí, en ómnibus hasta la autopista a París para seguir a dedo.

En el verano siguiente nos encontramos y me contó como se iban haciendo realidad sus planes. En la autopista había visto a una muchacha con pinta de estudiante universitaria que también hacía dedo con el mismo rumbo. Se cercó proponiéndole "de a dos tal vez tengamos más suerte", cosa que la chica aceptó y así, efectivamente pudieron llegar juntos a París. Allí supo que no era lo que parecía, se ganaba la vida con la "profesión" más antigua del mundo. Lo invitó a mi amigo a vivir con ella hasta que pudiera ubicarse en la ciudad luz. Tony aceptó... claro, ¿dónde iba a ir?. Según me contó, "dormía en su departamento cuando la chica no tenía clientes y para comer, buscaba restos de comida en los tarros de basura de los restaurantes". A los pocos días, conoció a un muchacho violonchelista argentino que estaba becado en Francia y se pusieron de acuerdo para tocar dúos sencillos en las calles. La mayor parte de su estadía en Francia "trabajó" como músico callejero, pero con el paso del tiempo llegó también a tocar en boliches y a dar clases de flauta dulce a niños de familias bien situadas.

Mientras probaba sobrevivir en París, no olvidó el motivo de su viaje a Europa. Encontró el número de teléfono de Jean Pierre Rampal y con la perseverancia de siempre insistió, insistió hasta que el maestro levantó el tubo. Me contó su presentación, fue algo así: "Soy Tony B. toco la flauta y vine de la Argentina para estudiar con usted". Creo que él mismo nunca llegó a saber la razón por la que el gran maestro le

concedió una entrevista... ¿tal vez pensó que se trataba de un genio desconocido y medio chiflado?. En el encuentro, después de los saludos y preguntas protocolares, el maestro lógicamente le pidió a mi amigo que tocara algo en la flauta. Y aquí, en este momento, es fácil imaginar el fiasco, lo incómodo de la situación. Pero Jean Pierre Rampal no fué muy severo, al contrario, le recomendó a otro gran flautista, tal vez tan o casi tan bueno como el mismo maestro para que pudiera tomar clases con él. Así que Tony consiguió su profesor de flauta en París. Seguramente no le costaba poco, pero pudo pagar las clases y pagar el alojamiento tocando en la calle, aceptando cualquier oportunidad. Es más, pasado un año pudo comprarse un Volkswagen usado. Poco a poco se empezó a alargar la distancia entre nosotros, pero en esos dos años de estadía en Europa nos encontrábamos de vez en cuando. O yo iba a París o él venía a Budapest y como de costumbre, más bien por necesidad viajando un poco en tren, otro poco a dedo.

El cambio importante de Tony un poco tiene relación con Hungría. En una de sus visitas - como no- se enamoró perdidamente de Edit, creo que desde que lo conocí, seria y sinceramente por primera vez. Al principio se fué desarrollando el mismo libreto que con la brasilera en Río de Janeiro. Pero a Edit tampoco la podía convencer de su deseo de vivir juntos. Decidió casarse con ella y para convencerla le dijo que de esa manera podría obtener el pasaporte argentino. Teniéndolo, Edit podría viajar a cualquier lado y claro, con el casamiento automáticamente también podría sacar el pasaporte consular que le permitiría traspasar la cortina de hierro y entrar al mundo capitalista "en decadencia", tal como en los países integrantes del bloque soviético se calificaba al mundo occidental.

Tony tenía muchas virtudes y cualidades envidiables, entre ellas la perseverancia. Nunca se daba por vencido. Esta virtud la aplicó también en la música. Trabajaba duro, sin

descanso y con honestidad para llegar a ser músico, un buen flautista. En cuestiones del corazón, no dudaba en usar pretextos, argumentos y toda su astucia para lograr lo que deseaba. Para conquistar a Edit, el anzuelo fue la posibilidad de tener los pasaportes con los que ella podía salir del mundo comunista e ir a cualquier parte del mundo. Así que se casaron, por civil. Yo fui el intérprete y el testigo del novio, así que sé muy bien que más que ceremonia todo fué una comedia, que tal vez en ese momento estuvo llena de humor, pero que por sus consecuencias, casi terminó en una tragedia. Después del casamiento, Tony volvió a París con el propósito de preparar el terreno para recibir a su esposa, ya que ella se había tenido que quedar en Budapest para terminar todos sus trámites. Cuando tuvo en sus manos los dos pasaportes, viajó a París donde la esperaba mi amigo en el alojamiento que había preparado para los dos. Una habitación, en alguna de las casas de la Ciudad Universitaria. Cuando llegó Edit y abrió sus maletas, lo primero que hizo fué colocar sobre la mesita de luz la foto de su verdadero amor, al que había dejado en Budapest. Tony, destrozado pero sin bajar los brazos, durante un tiempo trató de salvar su matrimonio apenas nacido y ya muerto, pero después de un tiempo tuvo que aceptar lo inevitable. Ella volvió a Hungría atormentada por las nostalgias, el recuerdo de su pareja y seguramente también por sus remordimientos de conciencia.

A Tony le costó mucho reponerse de este fracaso sentimental. Tuvo un intento de suicidio que no resultó, evidentemente por esa vitalidad desbordante y connatural que era una de sus características... amor a la vida y también amor a la música. Quería ser flautista. Años después nos encontramos y terminó su historia con esta frase: "¿Sabés José Luis? yo siempre quería amar a todas las mujeres del mundo, pero con Edit me di cuenta de que no sé amar ni siquiera a una... de lo contrario ella se hubiese quedado conmigo".

Esta historia, a mí también me sirvió para saber que hay

caminos engañosos que parecen brindar un espejismo de solución, que tal vez a primera vista puedan parecer efectivos pero que en realidad, son caminos que no llevan a ningún lado. Hay veces en que solamente un gran sufrimiento nos convence de esto.

La vida de Tony también cambió, y enfocando las cosas desde otro ángulo vio que tenía que encarar de otra forma sus estudios de música. Que progresara no solamente dependía de tener un gran maestro, de estar en un lugar determinado, o de su terquedad, solo hasta cierto punto. Debía volver a la base, a los principios y tener claro que todavía le iba a costar mucho tiempo, muchas energías e infinita paciencia para llegar a destino. Pero por sobre todo, creo que aprendió algo que tanto a personas como él, al igual que a las personas como yo nos cuesta aprender. Una actitud de.... ¿humildad? que es indispensable para que unida a la tenacidad, al talento, y al trabajo realmente se puedan vencer todos los obstáculos. Porque la música es de todos.

Tony volvió a la Argentina y se inscribió en una Escuela de Música de la Provincia de Buenos Aires donde con paciencia, tal vez más silenciosamente pero con la perseverancia de siempre, continuó con sus estudios de flauta. Y llegó el día en que recibió su título de profesor de música, flautista, tocó en orquestas y conjuntos de cámara. Logró su propósito e hizo realidad todos sus sueños. Vive de la música y de la enseñanza... Porque él sabe mejor que nadie como hay que llegar a tocar bien la flauta.

PD: El círculo de mi vida comenzó a cerrarse de una manera inesperada y me llevó de nuevo, después de muchos años a mi tierra natal, a la Argentina. Después de cuarenta años, de la mano, con Marta, también volvieron los recuerdos de esa época perdida en el pasado. Allí busqué a mi primer maestro y a algunos viejos amigos, en primer lugar a Tony. Era el mismo de siempre, ya esperando su jubilación.

Verdaderamente llegó a ser un flautista de renombre, reconocido pedagogo, pero lamentablemente hacía algunos años que le costaba tocar pasajes difíciles, desde el día en que el dolor invadió su brazo y sus dedos ya no quisieron obedecer como antes. Los esfuerzos de tantas horas largas de práctica en su juventud para lograr desentrañar y vencer las dificultades, dejaron sus consecuencias y según sus palabras “me lisiaron”. Pero no hubiese sido el Tony que yo conocí si por causa de esta desgracia se hubiese detenido en el camino. Nueva crisis, otro renacimiento. Porque entonces comenzó a aprovechar y servirse de otro talento suyo connatural: el habla. O sea, su locuacidad. Siempre tuvo la capacidad de hablar largo, sacar de su mente historias de la vida y contarlas con vocabulario colorido y lleno de fantasía, de una manera muy suya, única, sugestiva y cautivadora a la vez. En boliches, auditorios o salas pequeñas o más grandes, se presentó con programas, en principio unipersonales en los que en largos monólogos expresa todo lo que en su vida, vió, vivió, vivenció, lo que escuchó, lo que piensa, en lo que cree. Como interpreta la vida, al mundo y su gente. Ah, y se propuso reivindicar el honor de la sabiduría de los clowns.

En la última foto que tengo de él, lo veo con su nariz roja postiza, los pocos cabellos que le quedan saliendo debajo del gorro colorido ondulándose y estirándose como queriendo volver a apuntar al cielo para chupar energía. Así, regala derrochando con ojos chispeantes y sedientos de atención las verdades sonrientes y lacrimosas, coloridas y grises, dulces y ácidas de este mundo y de la vida.

II

Tres puestas de sol

Los milagros muy a menudo no son tan sobrenaturales como los imaginamos. Los milagros pueden ser hechos cotidianos, cosas que nos pasan de vez en cuando, pero a las que no les prestamos la debida atención.

Por ejemplo las puestas de sol. Claro, no todas, porque a pesar de verlas una más hermosa que la otra casi nunca las consideramos como milagro. Pero por lo menos, podemos llegar a aceptar que indudablemente son misteriosamente hermosas si en ellas descubrimos, reconocemos y, en la medida que seamos capaces, atrapamos el mensaje de la creación.

Seguramente todos vieron ya innumerables puestas de sol, es más, tal vez en diferentes lugares del mundo. La cuestión es de qué manera, cómo la contemplaron. Están aquellas personas para las cuales las puestas de sol no son nada más que fenómenos naturales fantásticos, y están también aquellas que apenas las miran, luego prosiguen sus tareas o corren detrás de ocupaciones más importantes o diversiones más excitantes. Para muchos otros, es una experiencia romántica incomparable. Y si alguien conserva algo de su niñez puede ver las puestas de sol como las veía el Principito: corriendo un poco más allá el banquito las disfruta hasta cuarenta y tres veces por día. El turista, enseguida le saca fotos para poder ver más tarde su belleza pero así,

nunca pudo contemplar una verdadera puesta de sol ya que en ese momento, estaba ocupado con su cámara, en definitiva hace como el coleccionista de mariposas que encuentra el placer en sus bellezas muertas y resecaadas.

Pero las puestas de sol las podemos mirar también cantando salmos de agradecimiento y alabanza, como lo hacía David.

Así que no es lo mismo.

1. En esa época yo trabajaba en Villa Carlos Paz, en la Escuela de la Parroquia del Niño Dios. Todo la mañana enseñaba en la secundaria y por la tarde en la primaria. Un día, volvía bastante tarde a casa, que estaba ubicada en el lado opuesto de la ciudad. Ya había dejado atrás mío el Puente Nuevo sobre el río San Antonio, y volviendo un poco la cabeza todavía podía ver como se ensanchaba el lago San Roque. Detrás de mi espalda, a la lejanía estaban los Gigantes, esas montañas enormes y áridas que en días grises se mostraban como una frente hostil, enojada y amenazante. Sobre esas montañas se ponía el sol. Delante mío esperaba la curva amplia a la izquierda y un poco más allá, las sierras a cuyos pies vivía. En ese entonces no tenía coche, pero sí una motoneta Vespa original, magnífica, de tres velocidades. La había traído en barco de Italia a la Argentina Juan, el cura párroco, pero luego se compró un auto y me vendió la motoneta.

Era una verdadera tarde de primavera, soplaba una brisa cálida, suave y perfumada, todo el universo era una pura promesa. Vi el milagro de la puesta de sol al tomar la curva. A pesar de la maravilla y mi asombro, no me detuve ni presté atención al camino ni a los coches que venían de frente. Y recuerdo bien que mirando el cielo, en un susurro me brotó el agradecimiento y la alabanza. Sólo más tarde, ya en casa tuve la sensación de que algo no me cuadraba, algo que no entendía, no me dejaba tranquilo. Por fin me di cuenta del "truco". Era imposible que hubiese visto la puesta de sol,

porque se ponía no enfrente sino a mis espaldas, detrás de los Gigantes. Pero entonces ¿qué fue lo que vi?

Elaboré dos versiones: una, vi la puesta de sol en el espejito retrovisor o dos, sólo vi los colores que reflejaban los rayos agonizantes del sol en las sierras que tenía delante mío. Acepté estas dos versiones sin conformarme con ninguna. Porque sé que todos los milagros se pueden justificar convirtiéndolos en vivencias cotidianas si los explicamos con argumentos científicos. Pero también sé que detrás y más allá de las vivencias naturales y cotidianas Él, a través de algunas como ésta, de vez en cuando se permite mostrar un poquito de sí mismo, apenas el borde de su túnica. Ama tanto que a veces no aguanta.

2. Treinta y tres. La edad de Cristo la alcancé en París. Solo. Ahora recuerdo con nostalgia que en la vida solamente la década de los cuarenta es mejor que la de los treinta. En ese año yo estaba “estudiando” en París con una beca, muchas veces aburrido, otras con fastidio o hastío lejos de la familia que permanecía en Budapest. Ya no tenía paciencia para ir y venir a dedo sino que iba en tren de Francia a Hungría y de Hungría a Francia.

Pero esta segunda puesta de sol no me hubiese llamado la atención si antes, en Carlos Paz no hubiese conocido a Janine. Ella nació y vivió parte de su niñez cerca del Canal de Suez. Sus padres eran franceses, el padre trabajaba en la construcción. Allí, Janine contrajo una enfermedad que le afectó los pulmones y casi le causa la muerte. Janine me contó que ella ya era debilucha por naturaleza y por eso su enfermedad era sumamente grave. Pero se repuso y la sobrevivió, porque su madre la llevó a Francia y la metió en un hospital donde conoció a alguien que practicaba la medicina natural y la alimentación vegetariana. Con este método curaron a Janine, luego emigraron a la Argentina y se radicaron en Carlos Paz. Cuando la conocí, ya se acercaba a los

sesenta años y gozaba de plena salud, su cuerpo no tenía mucho que envidiar al de una mujer de treinta. Por supuesto, era una vegetariana empecinada y casi fanática, tanto que por ejemplo el olorcito a asado para ella era como el hedor a "cadáver quemado". Su padre ya hacía tiempo que había muerto y ella vivía sola con su madre anciana... cuando estaba en casa... porque Janine, con su morral tejido, iba y venía de un lugar a otro como un santo peregrino. Nunca tenía más dinero que el imprescindible, pero tenía muchos amigos que la alojaban y la invitaban a comer durante los días que Janine permanecía con ellos. Les daba buenos consejos enseñándoles ejercicios de respiración, el yoga, recetas saludables, escuchaba sus problemas corporales y espirituales. Luego, agarraba su morral y se iba a otro lugar donde tal vez todavía no la conocían, pero ya la esperaban.

En casas de familia, en hogares de ancianos, hospitales, siempre con su voz cálida, pausada y suave, su sonrisa un poco como escondiendo misterios, con su amor a los demás y los ojos radiantes ayudaba allí donde podía y a aquél que necesitaba ayuda. Janine meditaba y rezaba mucho, claro, su religión era un mezcla de muchas otras: oriental, New Age, cristiana, extraterrestre, etc. y sólo su vida abnegada y su capacidad de amar evitaban que a veces sus convicciones religiosas no pareciesen algo burlescas. Entre todo lo que aprendí de Janine, hay mucho que dejé en el camino, pero conservé otras que me ayudaron en años posteriores, en diversas situaciones de la vida. Uno de sus consejos preferidos no lo olvidé nunca: "Tené siempre un buen pensamiento en tu mente" Y me lo explicaba: "siempre hay que conservar un pensamiento agradable y sano, una imagen, un sentimiento en el que nos podemos sujetar cuando el alma desfallece, cuando la oscuridad nos invade. Ese pensamiento bueno puede salvarte, aunque no lo traigas a la luz conscientemente... vendrá solo y te brindará la paz espiritual. Siempre conservá un buen pensamiento en tu mente".

Hace ya más de diez años que mi madre me escribió contándome que Janine murió por causa de un tumor cerebral. También me contó que ya empezaban a circular las leyendas...los que estuvieron en la capilla ardiente testimoniaron que en su rostro no había huellas de corrupción y que de su cuerpo emanaba perfume de flores. Así me escribió mi madre.

Del consejo citado se trata la segunda puesta de sol.

Cuando terminé mi año de becado en París volví solo a la Argentina, ya que estaba en “vacaciones con goce de sueldo” y debía volver a tiempo. Además, con ese sueldo amontonado podía comprar los pasajes de vuelta para la familia. Así que entregué la llave de mi habitación en la Ciudad Universitaria y con mi valija, el morral y la pequeña viola da gamba, me fui al aeropuerto donde desgraciadamente me encontré con una situación inesperada y desagradable: los empleados de Air France comenzaban una huelga de tiempo indefinido. Era como una trampa ideal, perfecta, no me podía ir pero tampoco podía volver porque ya había entregado la llave de la habitación para el nuevo huésped estudiante. Mi familia estaba en Hungría, el laburo en Argentina y yo lleno de incertidumbre y los bolsillos vacíos dejándome llevar por la corriente, sentado en la tierra de nadie del aeropuerto de París. Después de largas horas de espera, anunciaron por los altoparlantes una noticia redentora: la compañía brasilera se iba a hacer cargo de los pasajeros de Air France llevándolos hasta Sao Pablo y desde allí a Buenos Aires en Aerolíneas Argentinas. Cuando subí al avión brasilero, por el saludo de un oficial tuve el presentimiento de que todavía me iba a pasar algo muy bueno durante el viaje: *Un músico* –dijo. ¡“Los músicos son siempre bienvenidos en nuestra compañía!” La azafata me acompañó a un asiento al lado de la ventanilla, me tomé la bebida ofrecida y muerto de cansancio, sin esperar el despegue me dormí enseguida. Me desperté cuando estábamos todavía sobre el océano, pero a lo lejos ya

se podía distinguir la costa brasilera. Por la ventanilla pude ver como el sol moribundo derramaba en todas direcciones, sobre las nubes blancas y el océano azul los colores amarillos, anaranjados y rojizos que brotaban de su cuerpo ardiente.

Ante un espectáculo semejante, ¿cómo reacciona el mortal? Se asombra, se estremece, se maravilla... y tal vez ora agradeciendo ser partícipe y testigo de la belleza perfecta. En este último caso, la oración rompe camino solita desde muy adentro y se convierte en un baluceo apenas susurrado de admiración y alabanza. Me acordé de las palabras de Janine: "Guardá siempre un buen pensamiento en tu mente" por eso, cuando finalizó este festejo de encanto y de colores, saqué del bolsillo mi pequeño anotador y en la última página escribí: "José, cuando estés triste, cuando pierdas las esperanzas, cuando la sensación de fracaso te oprima, acordate de esta puesta de sol sobre el océano, ante las costas del Brasil. Olvidate de todos tus rollos y da gracias por todo". Durante mucho tiempo conservé el recuerdo de este pequeño milagro y conservé el anotador. Pero poco a poco, otras vivencias y otros anotadores ocuparon su lugar. Es extraño que la imagen y los colores todavía pueda evocarlos como si hubiese ocurrido ayer, aunque muchas veces y en diferentes situaciones de la vida me he preguntado porqué, desde el primer momento recuerdo como puesta de sol aquello que en la realidad no pudo ser más que un amanecer. Y, aunque la percepción de ese milagro se vuelve día a día más pálida, no puedo negar que de verdad ocurrió.

3. Con mi tercera puesta de sol, tengo que ser un poco más prudente. Ocurrió mucho antes y el milagro reside no tanto en la puesta de sol sino en su mensaje, porque aunque nosotros le volvemos la espalda y nos alejamos, él mansamente y con mucho tacto nos vuelve a guiar a ese camino al final del cual nos espera. Para esto dispone de muchos recur-

sos, mensajes, por ejemplo las puestas de sol.

En los años estudiantiles, yo me dividía entre tres grupos de amigos. Los compañeros del Conservatorio, el Coro de la Facultad de Arquitectura y los boy scout húngaros, aunque a éstos últimos nunca los consideré verdaderos amigos porque prácticamente no teníamos mucho más en común que la ascendencia de nuestros padres. Los primeros dos grupos a veces se entremezclaban y se completaban con algunos jóvenes de la Escuela Superior de Artes Plásticas. Una tarde de otoño, no me acuerdo por qué motivo estábamos en nuestra casa de Florida, mis padres estaban ausentes, cosa que era muy rara. Cantamos, charlamos, comimos pizza o empanadas acompañadas de algún refresco o vino. En un momento, un muchacho de la Escuela de Artes propuso fumar marihuana, él había traído lo suficiente también para los demás. Entre nosotros, sabíamos que muchos fumaban marihuana pero a eso, nadie le daba importancia, como tampoco le dábamos importancia si alguno no fumaba. En este caso, lo que solía ocurrir es que el fumador le señalara al abstemio que se perdía una “experiencia verdaderamente psicodélica”. Con esto de las drogas, yo había tenido hacía poco tiempo una experiencia que me había horrorizado. Un amigo del coro me había invitado tomar el té a su casa. En el cuarto o quinto piso de un departamento en la Capital. Mientras charlábamos, como si nada, abrió el cajón del escritorio, sacó un paquetito y comenzó a prepararse un cigarrillo de marihuana. Luego preparó otro que me ofreció a mí también. Yo nunca había fumado marihuana y claro, atraído por el fruto prohibido y por una experiencia nueva y excitante, lo acepté. La habitación cerrada y en penumbras comenzó a llenarse de humo, lo que a mi amigo no le causó ningún problema, pero a mí sí, ya que ésa era la primera vez que fumaba la hierba. Al principio tuve vivencias muy extrañas, fantásticas, irreales y placenteras, pero poco a poco empecé a sentir que me faltaba el oxígeno, mi cuerpo no obedecía y salían a

descubierto todas las oscuridades ocultas que nadie quiere ver ni tener cerca pero que están allí, siempre al acecho, las desilusiones, los fracasos, las soledades y los temores. Como demonios interiores, me atacaron de tal manera que para querer librarme de ellos, corrí hacia la ventana queriendo abrirla para arrojarme al vacío. Mi amigo, que a pesar del humo estaba mucho más lúcido que yo, me sujetó, me sentó tranquilizándome, y apoyándose de espaldas a la ventana la terminó de abrir de par en par para dejar entrar el aire puro. Poco a poco, durante una eternidad pegajosa, odiosa me pude ir calmando. Mi amigo me hizo beber más té, me dió algo de comer y al fin un poco mareado y bastante deprimido tomé el colectivo y volví a casa.

Así que en esa tarde de otoño en Florida, ya era inmune porque había tomado en secreto la decisión de no fumar nunca más marihuana. Pero quise “guardar las apariencias” y acepté unas pitadas cuidándome bien de no “tragar” el humo. Mientras tanto, alguien puso un disco de canto gregoriano grabado en vivo. Esta música tuvo un impacto muy grande en mí, porque mientras los monjes cantaban, sonaban las campanas y la penumbra y el humo creaban un ambiente misteriosamente irreal, como si fuera un sueño raro, lejano, nostálgico, mágico. De repente recordé que mis padres seguramente ya debían estar por volver, y rápidamente abrí las ventanas proponiendo a mis amigos ir a la Panamericana para contemplar la puesta de sol. Estaba a cuatro cuadras de casa, podríamos encontrar lugar suficiente para tirarnos en el césped y gozar del espectáculo. También allí habían familias, niños con barriletes, parejas enamoradas. Algunos sentados, otros recostados en el césped comenzamos a mirar como bajaba y se ocultaba el sol otoñal agonizando detrás de las casas, enredándose en los cables, en las antenas y los postes de luz, cambiando los colores y los contornos del horizonte. Y no sé porqué, en un momento me fijé también en el rostro atontado de mis ami-

gos que todavía tenían los pulmones y el cerebro llenos de marihuana y sus efectos. Me invadió una satisfacción plena, tan agradable que rayaba la felicidad del sentirse libre. Porque tuve la conciencia de que ellos veían una belleza que no era, que en realidad no existía. Yo en cambio, como no estaba bajo los efectos de ninguna droga, veía el milagro de la belleza real, auténtica. Ni más ni menos. En esa puesta de sol recibí un regalo, un mensaje que para poder codificarlo y valorarlo tuve que esperar todavía muchos años.

Aprendí que para captar y percibir la belleza de la naturaleza, del arte o de los hombres no necesito más que mantener la mente limpia y el corazón abierto.

III

Historias de alumnos

SZIDONIA

Hubo una época, durante casi quince años, en la que trabajaba como profesor de música en la Escuela Secundaria Jozsef Attila, luego San Emerico, una de las más conocidas y grandes de Budapest. Tenía que dar clase en 21 cursos, dirigir el coro y la orquesta del colegio. Prácticamente en todos los cursos había algún alumno que tocaba el violín, el violonchelo, la flauta, trompeta, piano... Así que además de las clases, tenía ensayos de coro dos veces por semana y una vez de orquesta.

El concierto más importante y esperado era el de Navidad, siempre el último viernes antes de Nochebuena. Tenía que organizarlo juntando a los alumnos "músicos", prepararlos, formar pequeños conjuntos de cámara y los mejores podían tocar como solistas en la primera parte del concierto. La segunda parte era del coro y de la orquesta, dos, tres, cuatro obras cada uno. Cerrábamos el concierto todos juntos, coro y orquesta tocando el Aleluya del Oratorio El Mesías de Handel. Allí, se sumaban al coro los profesores que sabían y querían cantar, hubo años en que entre los alumnos y profesores, éramos alrededor de cien personas en el escenario.

El colegio tenía un salón de actos digno del enorme edifi-

cio de cuatro pisos y estilo neo-renacentista; de un lado, una serie de ventanales enormes miraban al patio y del otro lado, tres entradas de puertas dobles y encima los palcos.

Como yo enseñaba hasta la tarde y el concierto comenzaba a la noche, me quedaban algunas horas para descansar en la sala de música. De tanto en tanto iba al salón de actos para ver si estaba todo en orden: los atriles, las partituras, las sillas necesarias para los músicos, ver si nadie había olvidado algo en las butacas.

Una tarde así, entré al salón por la puerta central y entre las penumbras del salón, sobre el escenario, sentada ante el piano de cola la vi a Szidonia. Ella era una alumna del tercer curso, una chica húngara de Transilvania muy talentosa, que había ido a Budapest para seguir sus estudios de piano en el Conservatorio Bartók Béla. Esa tarde, en el salón vacío, Szidonia inmóvil, rodeada de silencio y penumbra, sumergida en un proceso misterioso de comunión con la música, no se dio cuenta de mi entrada. Pasaron los minutos y casi imperceptiblemente algo empezó a cambiar. Empezó a esfumarse la inmovilidad cuando levantando una mano, la sostuvo un poco sobre las teclas y la volvió a bajar. En silencio. Luego hizo lo mismo con la otra. Levantó las dos, apoyó sus dedos sobre el borde del teclado y empezó lentamente a estirar sus dedos como midiendo la distancia hacia los agudos y los graves, hacia afuera y vuelta al centro, una y otra vez. Sus dedos, sus manos, sus brazos, en perfecta concordancia eran como una respiración rítmica, tranquila y pausada. Bajó los brazos y nuevamente penumbra, inmovilidad y silencio. Yo no me animaba ni a moverme ni a respirar, porque no quería que ella se diera cuenta de que alguien la miraba. Parecía una sacerdotisa de la música, preparándose para un rito misterioso y hermético del cual yo era un testigo al que nadie había invitado. Un intruso. Volvió a levantar los brazos y apoyó los dedos sobre las teclas pero sin tocar nada, sólo las acariciaba. Cuando levantó sus brazos por

última vez, sus manos bajaron hasta las teclas, como cuando las mariposas se posan en una flor muy suavemente, con tacto, respeto y amor. La música, ya había comenzado a vivir antes de que sus dedos llegaran a las teclas... y como miles de pétalos de flor de innumerables colores que la brisa expande en todas direcciones, el salón se empezó a llenar y llenar de notas musicales, melodías, acordes. Szidonia, comenzó a tocar la "Bendición de Dios en la soledad", de Liszt. Esta obra la escuché otras veces, en diferentes momentos de la vida, pero nunca me llenó de tanta emoción y de paz. Por eso, no me olvidaré nunca de esa tarde, cuando Szidonia se preparaba sola en el salón de actos para el concierto de Navidad.

EVA

En ese año especial, el tiempo de preparación para la Navidad, el Adviento, no iba dándose como otros anteriores. De los cuatro domingos, a pesar de los cantos y tantos ensayos, los tres primeros pasaron de una manera mas bien rutinaria. La primera brisa que trajo consigo el presagio de la Navidad fue el 13 de diciembre, en una hora de oración meditativa en la parroquia de Kelenföld, pero sólo como un episodio fugaz del Adviento. Día a día recibía emails con mensajes previos a la Navidad de amigos, parientes, es más, de personas apenas conocidas o desconocidas, pero todos cursis, mensajes sin pretensión ni sabiduría para acercarse al misterio y transmitirlo.

Así pasaron los días, las semanas. El 19 de diciembre todo cambió. Ese día sábado, celebraron la Navidad en la Escuela de Oficios de Zsámbék. Hacía días que caía la nieve, los ómnibus tardaban, se atascaban o no venían y el frío del invierno mostraba su peor rostro.

Pero este cuento real de Navidad empezó un par de

meses atrás, cuando entró en la sala de profesores una alumna nueva del primer curso preguntándome si le podía enseñar a tocar la guitarra Charlando con Eva, supe que hacía algunos años que estudiaba piano y que practicaba para tocar el armonio en la Iglesia Evangélica de su pueblo. Ah! ¿Una cantora de iglesia en la escuela de oficios, donde de cien alumnos, con mucho optimismo, sólo una cuarta parte cree en algo?

A veces, vienen alumnos que quieren aprender a tocar la guitarra, el piano, la flauta dulce... hasta el momento en que se enfrentan con el hecho de que para lograrlo, deben practicar. Les cuesta aceptar que sus deseos de tocar un instrumento musical, combinado con mi paciencia, todavía no es suficiente. Así que yo también me acostumbré y me resigné a "vivir el momento". Vienen, se van, vienen otros... así fui aprendiendo que los pequeños resultados también pueden ser grandes éxitos.

Le pregunté a Eva si ya que toca el piano, quisiera participar en la fiesta de Navidad, en diciembre, sin ocultar que esto también podría entusiasmar a otros alumnos. No sé, respondió, tal vez. Pero en su voz, no percibí ganas ni convicción. Vino un par de veces a clases de guitarra pero como de costumbre, Eva también encontró enseguida a un muchacho que también la encontró a ella y claro, hay que tener tiempo también para estar juntos, ¿no? Pude convencerla de que escribiera para el periódico escolar, artículos cortos sobre la música rock por eso, no la perdí de vista y a principios de diciembre le pregunté nuevamente si quería tocar en la fiesta del 19. "Pero el 19 toca día sábado, y yo no voy a venir un sábado al colegio!". Claro, al igual que muchos otros alumnos que vienen a la escuela desde otros pueblos más o menos cercanos, Eva también llega en ómnibus desde Piliscsaba, que está a unos quince kilómetros de Zsám-bék, la mitad cruzando el bosque. Desde allí circulan algunos ómnibus por día, dos-tres por la mañana y otros dos-tres por la

tarde. ¿Al colegio en día sábado? ¿A quién se le ocurre? Pero insistí y sorprendido escuché que aceptaba mi propuesta. Bueno, dijo, entonces toco algo. Le pedí que eligiera algunas obras de entre las que estaba estudiando, para decidir juntos el programa. Eva las trajo, seleccionamos tres y la llevé a la iglesia. Allí conecté el órgano, le expliqué como funcionaba y la dejé sola para que practicara.

El sábado 19 hizo mucho frío y una hora antes del comienzo de la fiesta, Eva no aparecía por ningún lado. A las 08.30 horas, media hora antes tampoco. A las nueve, cuando todos entramos a la iglesia pregunté a sus compañeros de clase si alguno la había visto, si sabían algo de ella. No, respondieron, no la vimos subir ni bajar del ómnibus. En fin, pensé resignado, a otra cosa. La celebración empezó con las palabras del Padre Martín acerca del significado de la Navidad, luego cantamos, finalmente la hermana Johanna leyó un cuento navideño. No me acuerdo de qué se trataba porque se acercó en puntillas un muchacho gitano para decirme al oído “¡Allí está Eva!” Sí, ya la ví yo también, atrás, acercándose por el pasillo central. Me levanté y fui a su encuentro, le pregunté si estaba dispuesta a tocar. Respondió categóricamente que sí. Le avisé al Padre Martín y la acompañé arriba, al coro. Eva se sentó al órgano y comenzó a tocar. Nada especial ni muy difícil porque Eva no era muy talentosa, ni poseía una técnica tan desarrollada como para afrontar grandes obras. Pero tocó tranquila y la música sonó agradable a los oídos. Tanto, que los alumnos nada habituados a la música clásica, ni mucho menos si esa música es religiosa, es más, cuya cultura musical empieza y termina con lo que escuchan y bailan en los boliches, respondieron al sonido del órgano con un silencio inusual y finalmente, con un aplauso entusiasmado, largo, agradecido y sincero. Entonces, pensé convencido que Eva se mereció el aplauso más que cualquier gran artista virtuoso, no por el valor artístico de su producción, sino por lo que hizo.

Porque si bien por la ventisca de nieve no había podido alcanzar el ómnibus para llegar a tiempo, no volvió a su casa sino que esperó una hora en el frío, soportando el viento helado de ese día de invierno. Llegó casi al final, pero no se quedó en la entrada de la iglesia refugiándose atrás de la multitud, sino que buscó a alguien para avisar que había llegado. Y si bien se pudo haber sentido incómoda, hizo todo para cumplir con su palabra.

Eva tiene siempre las uñas pintadas de negro porque le gusta el rock metálico, usa el cabello revuelto y despeinado, y generalmente viste provocativa y de mal gusto. Ella también a menudo huye de las clases y del estudio y no es una alumna muy aplicada. No es raro que la vean y la reprendan cuando está con su amigo en situaciones o posiciones que no corresponden en una escuela. Ese día, al final de la celebración de la Navidad, la directora también manifestó su sorpresa: Mirá vos, Eva. ¡No me imaginaba esto tan lindo de vos! Cuando todos se fueron y salí de la iglesia, afuera el mundo era diferente al que había sido antes de entrar. Pensé: “¡Va a ser Navidad, Dios es bueno, muy bueno!”.

Afuera, seguía haciendo mucho frío, caía la nieve como una cortina blanca monótona y agresiva y el viento helado y cortante no dejaba de soplar, pero desde adentro, los ecos ya mudos del órgano seguían irradiando calor. Calor y buena voluntad. Y la promesa de que se acercaba la Navidad.

PALMA Y ERIK

Andan juntos, dos casos difíciles del tercer curso en la Escuela de Oficios de Zsámbék. A esta escuela la fundaron las monjas de la orden premonstratense, hace ya casi dos décadas, como refugio y como la última oportunidad de estudios para jóvenes problemáticos, en gran parte gitanos discriminados o más bien, hijos de padres que apelan a la

discriminación como excusa para no tener que trabajar, hijos de familias destruidas por el alcohol, la desocupación, la falta de instrucción, etc..

Palma tiene diecisiete años. Exteriormente es muy atractiva y sabe mostrarlo de tal manera, que si no le damos importancia al verdadero y complejo sentido de la palabra, podríamos decir de ella que ya es toda una mujer. Pero su interior es desordenado, inmaduro y confuso. Signo de estas cualidades es también su relación con Erik, un año menor que ella. Palma estudia hotelería, es lista, avispada. No vaga, pero anda por la vida sin rumbo fijo. Lo que queda de su familia, es un caos absoluto. El padre hace tiempo que es un desconocido, su madre además de ser alcohólica, sufre de depresión y tiene una hermana mayor que nunca se sabe si esa noche volverá a casa a dormir.

A Palma la conocí cuando un día me preguntó si podía sacar fotos para el periódico escolar. Por supuesto, le dije. ¿Tenés cámara? ¿Te gusta la fotografía? Me mostrarías algunas fotos tuyas? Se quedó un rato en silencio con cara de... “¿y este tipo de que me está hablando?”. Luego, sin mostrar ningún signo de confusión, desconcierto o perplejidad, como la cosa más natural del mundo dijo: No, no tengo cámara y nunca saqué fotos más que con el celular. Pero me gustaría. (Así dijo: sacar fotos y NO APRENDER a sacar fotos) ¿Por qué no? pensé, así que traje la cámara fotográfica del colegio, le expliqué como debía manejarla y le di medio día para que sacara y preparase algunas fotos sobre cualquier tema que le llamara la atención. Palma se fue con su amiga a dar los primeros pasos en el arte fotográfico. Pero no sólo dió pasos, sino un salto que me dejó sorprendido. Porque cuando volvió y pude ver sus primeras fotos, descubrí que poseía un talento natural para captar y atrapar el momento. En especial, una de ella no solo llamó mi atención sino la de profesionales que saben mucho más que yo de este arte. Palma la sacó en el taller de albañilería, como excusa

para no entrar a clases, la recriminaron por eso. Tres alumnos con sus herramientas, gozando de esa pausa y descanso inesperado, con los ojos puestos en la atractiva compañera fotógrafa. A la izquierda, la ventana por donde se filtraba, disipando el polvo del interior, la luz de una primavera temprana. Del otro lado, la pared de ladrillos a medio terminar. Toda la composición captada por Palma, el triángulo central formado por los muchachos, dos sentados, uno parado apoyado en la pala, el contorno, las expresiones y la iluminación difusa, daban la impresión de un icono pagano. Y al igual que sucede con los íconos, el observador siente la tentación de dar un paso adelante para poder entrar y ser parte de la composición. En este caso, ubicarse en el espacio libre entre los aprendices de albañilería y la fotógrafa.

Palma hizo otras fotos magníficas para el periódico, pero pronto me di cuenta que su entusiasmo siempre se ajustaba a su estado de ánimo momentáneo. Así tuve que aceptar su contribución, su ayuda y su talento. Puede ser que esté, puede que no.

A Erik, su "novio" lo conocí días más tarde, seguramente y sin saberlo ni provocarlo, a través de Palma. Todos los profesores están hartos de Erik. Es un gran charlatán y el alumno más insolente de todo el colegio. Para colmo, él está orgulloso de su fama. Estudia cerrajería pero tiene las manos torpes, tan torpes como siempre funcionando a toda máquina su cerebro. Muy inteligente, vivo y chanta. Su entorno familiar se podría decir que es normal, por lo que no debería tener excusas con las que justificar su comportamiento. "Hasta fui monaguillo", reconoce jactándose con su típica sonrisa cínica que muestra el diente que le falta. Pero a pesar de todo, es un pillo agradable. Lamentablemente, el poder de seducción que posee no concuerda con esa dosis suya de cinismo inexplicable para su edad. Vanidoso. Siempre provocativo, bailando al borde de la expulsión. Todos saben que fuma marihuana y estoy seguro de que no es sólo una leyen-

da interna que circula en el colegio, en la que él es el que consigue y vende la hierba a los demás. Pero como es astuto, nunca lo pudieron pescar.

Saliendo al patio me encontré con él. Me detuvo diciéndome que le gustaría escribir un artículo. Muy bien, Erik... y ¿sobre qué tema? Mirándome como si fuese su cómplice de delitos menores respondió: Sobre las drogas, claro, para dilucidar los malos entendidos. Así, una respuesta y una propuesta tan directa me dejó mudo por un instante. Eh? ¿Qué le parece, puedo? Insistió. Por supuesto! Muy bien! Escribí todo lo que pensás sobre el tema y traémelo lo antes posible. Entonces, viendo que no entraba en su juego de poder declararme como censor retrógrado, a él le tocó quedarse mudo por unos segundos. Finalmente, quedamos de acuerdo en que una semana de plazo era suficiente para que tuviera listo el artículo. Pasó una semana y después otra hasta que volví a encontrarme con Erik. Le recordé nuestro trato, a lo que respondió confesándome, cuánto le costaba escribir..."mejor si nos sentamos, le cuento y usted escribe lo que voy diciendo". Así fue. Hablamos, mejor dicho él habló durante casi dos horas, pero prácticamente nada de las drogas sino de él mismo, de cómo es el mundo, cosas de la vida, mucho de los jóvenes, como los ve y como ve e interpreta lo que sucede a su alrededor.

Erik podría llegar a ser una gran persona, con capacidad de liderazgo y visión, si no mirase y juzgara las cosas tan cínicamente y desde un pedestal. Si dejara de argumentar continuamente sin poseer los conocimientos suficientes para poder fundamentar sus opiniones, y en fin, si no usara continuamente la insolencia y el cinismo como mecanismo de autodefensa. Pero pude percibir claramente la esperanza de un cambio latente, desde el momento en que él mismo reconoció hacia el final de la charla, que "siento que me estoy embruteciendo, que estoy en una pendiente donde resbalo sin tener donde agarrarme".

Tal vez, sea sólo cuestión de tiempo y Erik, un día madurará, se dará cuenta y valorará todo el potencial interno que está despilfarrando.

Antes de las vacaciones de Navidad, su profesor tutor me informó que Erik había llegado al límite: había robado el libro de asistencia y calificaciones para falsificar una firma y en enero, se convocaría a una conferencia de profesores para decidir su expulsión del colegio.

Pocos días después, en Nochebuena, justo a la medianoche recibí un mensaje en mi celular: “Que tenga una muy feliz Navidad Señor profesor. Erik y Palma”

Hoy:

A fin de ese año, Palma abandonó sus estudios, rompió su relación con Erik y se puso a trabajar en un boliche nocturno haciendo no sé qué. La volví a ver al año siguiente cuando se inscribió nuevamente en el colegio. Terminó el curso de hotelería y completó sus estudios haciendo el bachillerato. Ahora sí se puede decir que está en camino de ser toda una mujer. Alguien que tiene objetivos, sabe lo que quiere y tiene plena conciencia de que posee todo lo necesario para lograrlo. A Erik no lo ví nunca más. Nadie conoce su suerte.

Extractos del monólogo de Eric:

Jóvenes: “Yo también soy joven, así que me incluyo cuando digo “ellos”, a pesar de que muchas cosas las veo de manera diferente y además es otra mi actitud con respecto a ellas.

Los jóvenes de hoy están influenciados por los medios de comunicación... por malos ejemplos. Así, pierden la personalidad, porque imitan lo que ven por la televisión y el internet. O copian a un compañero o amigo más “canchero”. Viven los días pendientes de lo que piensan y opinan sobre ellos los demás. Lamentablemente están convencidos que hay que ser parte de la jauría, aunque lo que sería verdaderamente importante es que conserven su propia personalidad.

Veo que los hombres son bastante necios. No sé como eran por ejemplo hace 20 años atrás pero pienso que también eran igual de necios... no hace falta más que ver qué mundo nos dejaron. Al igual que la economía, también la moral de la sociedad está en decadencia, porque allí donde es un problema la supervivencia, los hombres pierden el interés por la lectura, no les queda tiempo ni energía para las cosas verdaderamente importantes. Se conforman con sobrevivir. El hombre de hoy se sienta delante de la televisión, y para él es suficiente. No nos sorprendamos si prefiere estar pendiente de cualquier programa imbécil a leer una novela de Dostoievsky.

Ya no es el trabajo lo que ayuda a los jóvenes a encontrar valores reales, sino el continuo deseo de pertenecer a la jauría.

En el colegio también esta "de moda" si uno es un idiota como los otros, imitando a los idiotas de la televisión. Copia y adopta el mismo estilo. El problema es que si uno lo hace día a día, al fin se convertirá en un verdadero idiota con el cerebro muerto. En cierto sentido siento que a mí también me amenaza el peligro del embrutecimiento, por ejemplo, me dí cuenta que mi vocabulario es más pobre, me cuesta expresar con palabras lo que pienso. Antes encontraba más fácilmente las palabras adecuadas. ¿Qué objetivos tienen los jóvenes? Dinero y prestigio. Pero ésto se lo imaginan solo a corto plazo. Ya y ahora. Lo quieren alcanzar lo más rápido posible, por el camino más corto y más fácil. Saben que esto implica riesgos pero no les importa porque viven solo para el momento.

Considero que en los jóvenes hay dos extremismos. Están los que estudian todo el tiempo, no hacen otra cosa, no se distraen ni se divierten. A estos los llamo "ineptos para la vida". Y están los otros, los "vivos". Pero llegará un momento en que se dará vuelta la tortilla porque los vivos, aunque hayan adquirido mucha experiencia no es seguro que puedan llegar a ser alguien, porque por una parte no pudieron aprovechar sus experiencias y por la otra no poseen los conocimientos suficientes. Yo me conozco, y sé que básicamente no soy diferente a ellos. Siento que me estoy embruteciendo, que estoy en una pendiente donde resbalo sin tener donde aga-

rrarme. Que mis conocimientos empiezan a esfumarse. Pero por lo menos me doy cuenta, veo lo que sucede conmigo y con los otros.

Antes, en la escuela primaria yo era mejor en todo sentido. Los maestros apenas me podían decir algo nuevo, que yo ya no supiera. Pero desde entonces los demás se me adelantan por la banquina y yo me voy quedando cada vez más atrás. Tal vez porque creyéndome muy bocho me cierro. Pero sólo el que es abierto recepta y por eso progresa.

Finalmente, a los jóvenes le harían falta líderes, ejemplos de que todo se puede hacer de otra manera. Personalidades que tengan buena influencia sobre ellos”.

RITA

Una profesora colega me previno que iba a enviarme a Rita, una alumna que estudia para cocinera y escribe poesías, porque a ella le gustaría presentarse en el concurso de talentos y habilidades que todos los años organiza el colegio. Me pidió que la escuchara y me ocupara de ella, que leyera sus escritos y le diera consejos animándola a participar. Ya al día siguiente se presentó Rita con una carpeta gruesa de color celeste bajo el brazo. Ella tiene dieciocho años, es bonita pero no llamativa, lleva el pelo largo con raya al costado, es simpática y serena. Pantalón y blusa, todo en ella es simple pero bien combinado y de buen gusto, prolijo y pulcro, lo que hace suponer que ya es capaz de encontrar remansos en sus pensamientos y sus emociones. A primera vista me pareció más joven, no más de dieciséis o diecisiete años. Siempre me causa buena impresión cuando un alumno me ofrece la mano con apretón firme y mirándome a los ojos, así como lo hizo Rita al presentarse. La invité a sentarse y le pregunté cuál era la primer poesía que prefería que yo leyera. Abrió su carpeta y sin titubear apoyó su dedo índice en la página con el título “Solo...”. Yo ya me había preparado, jun-

tando toda mi paciencia y buena voluntad para leer una poesía de amor, ya que muy a menudo viene algún alumno con sus poesías y tratándose de chicas de esa edad, seguramente llenas de sentimentalismos cursis y superficiales, confusas e inmaduras como la personalidad de sus autoras, inspiradas e influenciadas por alguna novela o telenovela barata. Es cierto, raramente encontré también algunos versos prometedores pero en general, éstos se quedaban estancados en el brote, pimpollos que se marchitan antes de abrir. Todas las obras de arte no sólo son representación de una realidad, sino también reflejo de cómo la ve, cómo la vive, y cómo la interpreta el autor. Al transmitirla, percibimos la influencia que esa realidad ejerció en el autor. La inmadurez prolongada, la indiferencia, la falta de visión y deseos de cambio, el conformismo con la rutina y el entorno mediocre y gris, engendra la superficialidad y ésta no ofrece la posibilidad de una brecha por donde puede entrar el ansia de profundizar, buscando la esencia y el mensaje oculto.

Pero al leer la poesía de Rita, ya desde los primeros versos me encontré transportado a un mundo diferente, muy especial. En las páginas blancas, límpidas, con una escritura bonita, clara y grácil, femenina, se iba desarrollando ante mis ojos el mundo interior de Rita. A finalizar volví a leerla, después la siguiente y la otra, y la anterior... así durante unos quince o veinte minutos. Rita, mientras tanto me miraba en silencio, de vez en cuando con su mano me ayudaba a hojear las páginas sugiriéndome la próxima poesía a leer. A veces, yo le formulaba alguna pregunta o le comentaba sobre algún término que me parecía demasiado prosaico, banal, pero no lo hacía como crítica sino lamentando que esa palabra fuera también partícipe de ese jardín interior hecho poesía, como un yuyo sin color ni brillo, un invitado inoportuno, intruso y vulgar. En todas las poesías, y también por sus respuestas supe de la vida de Rita. Cerrando la carpeta, ella comenzó a contarme episodios de su pasado, porque

cada episodio, cada experiencia estaba convertido en alguna de las poesías que había leído. “Son emociones y sentimientos de algo que viví, dijo, porque lo que siento prefiero no decirlo sino escribirlo”.

Rita empezó a escribir poesías a los doce años, desde el momento que “se cerró detrás de mí la puerta de la infancia y me ví obligada a ser “grande” antes de tiempo”. Ya hasta entonces tampoco había sido nada fácil, porque su padre se había ido de la casa cuando ella tenía tres años y se quedó sola con la madre y su hermano recién nacido. La madre enfermó gravemente y Rita tuvo que empezar a trabajar muy temprano, hacerse cargo de la familia truncada. Apenas entrada en la adolescencia, se escapó de casa con un muchacho con el que vivió dos años, hasta que supo que él era un infame que la usaba y la engañaba. Decidió entonces volver con su madre y su hermano. ¿Y ahora? Le pregunté. “Ahora quiero hacer las cosas bien, poner mi vida en orden, quiero tener un oficio, seguir estudiando para ser bachiller, luego me gustaría ir al exterior a trabajar, juntar dinero, volver a casa y tal vez poner mi propio restaurante”. Todo lo que estaba atrapado en la carpeta de Rita, no solamente eran episodios conmovedores de una vida hecha poesía, confesiones sobre el amor, los sueños y la realidad, las ilusiones y las decepciones, los fracasos, sino que además en ellas encontré más sabiduría y lucidez que en muchos otros escritos de autores reconocidos, maduros y experimentados. No me costó animarla a que siguiera escribiendo y volví a preguntarle ¿“de dónde saca” todo lo que escribe? Ella me contestó de una manera muy simple, encogiéndose de hombros como si fuese la cosa más natural del mundo: “No lo sé, estas poesías son solo sentimientos. Son mi vida, o tal vez las lecciones que me dio la vida”:

Y ella tiene razón porque andando por la vida, todos nos topamos con todo tipo de senderos buenos, malos o peores, obstáculos, tramos fáciles y otros casi imposibles de transi-

tar, bifurcaciones y callejones sin salida. Para algunos y no sabemos bien porqué, este camino puede ser muy duro e injusto. Pero en definitiva, depende de cada uno y de las lecciones que va recibiendo el quedarse atascado, con los brazos bajos y vencido, o seguir de pie, buscando hasta encontrar el rumbo correcto, seguirlo a pesar de las caídas y los fracasos, como en el caso de Rita.

Hoy:

Hace tiempo que no la veo a Rita en el colegio, y le pregunté sobre ella a la profesora que me la había enviado hace más de un año. Rita todavía no pudo hacer realidad sus sueños. Otra bifurcación, otro sendero. Se juntó con un compañero del curso y quedó embarazada. Tiene un bebé recién nacido. Según la profesora, el padre del niño es un buen muchacho, honesto y trabajador. Rita está bien, tranquila y es feliz. Un episodio más en su vida para hacerlo poesía. Porque no dudo que Rita va a seguir escribiendo y viviendo de tal manera que algún día, tarde o temprano todos sus sueños se harán realidad.

Dos poesías de Rita, escritas a los diecisiete años:

Solo...

Solo una palabra en la que creo.

Solo un secreto, que llevaré hasta mi tumba.

Solo un sueño, para el que vivo

Solo en abrazo, el que aún espero.

Solo un amor, el que será para siempre.

Solo un beso que desata huracanes

Solo un halago que hasta hoy no olvido

Solo una vida, la que sigo buscando

*Solo una noche bajo las estrellas
Solo un recuerdo, el que llevo dentro mío
Solo un amigo que siempre está a mi lado
Solo una pelea que provoca tempestades.*

*Solo una melodía que escucho eternamente
Solo una oración que rezaré toda la vida
Solo una sonrisa, que recuerdo claramente
Solo seré un hombre fundido en la multitud.*

*Solo una cosa que nunca dejaré de lado
Solo un error y me aplastan los grandes
Solo una actuación en el escenario de este mundo
Solo una batalla en la guerra que es esta vida*

*Solo un momento que no puedo olvidar
Solo un hombre del que nunca me canso
Solo una palabra en un papel blanco
Solo una lágrima para un día triste*

*Solo algo que hice y no debía
Solo una historia que me hizo hombre
Solo un verso y una melodía alegre
Solo una frase para volver a escuchar tu voz*

*Solo un mensaje que llegó por la noche
Solo el freno repentino de un auto
Solo un sentimiento que brota del corazón
Solo una pregunta para saber mi futuro.*

Yo también cambio

*Días cansados
Noches lloradas*

*Momentos que me abruman
Batallas asfixiantes.
La vida es una lucha
pero aprendo a jugarla
Mi dolor, delante del mundo
ya nunca más será visible.*

*Aprendo a reir
a creer, a confiar, a esperar
Mi vida desde hoy
la viviré con alegría*

*No quiero que nadie,
nadie llegue a ver
si en mi vida cansada
un pensamiento me preocupa.*

*No quiero lástima
ni tampoco ira
mejor si yo sola
me arreglo conmigo*

*Quiero que desde ahora
los hombre me vean feliz
No vean lágrimas en mi rostro
solo las de la alegría.*

SZABOLCS¹

Un joven como tantos otros, engendrados y llegados a este mundo por no sé que motivos inescrutables. En el caso de Szabolcs la ausencia de la madre, un padre desocupado,

1_ Szabolcs: Antiguo nombre húngaro masculino sin traducción (Pronunciación: Sabolch)

vago, bebedor y enfermo y un hermano que se borró, la miseria amenazante de cada día podrían formar la base y el entorno de un destino sin salida.

Pero Szabolcs es otro "mutante". No solo es inteligente y se interesa por todo lo que lo rodea, de alguna manera sobrevive a todos los golpes y embates, es sensible a todo y por sobre todo a la música, a la poesía y a la alegría serena y sin estruendos. Es bueno y honesto por naturaleza y por convicción, pero nada ingenuo, independiente, se rige por su propio código de leyes, sin ser rebelde y sin hacer daño a nadie, habla poco, solo lo indispensable y es sincero en todas sus palabras. Bajo de estatura, morocho y lindo, dueño de una sonrisa estupenda que hace bien, acompañada por el brillo de sus ojos oscuros, curiosos y atentos que irradian una picardía generosa y cálida muy propia de él. Lo perdí de vista cuando terminó el colegio. Pero me quedó algo que escribió para el periódico del colegio y que me entregó días después de que su padre se desplomara en la calle como consecuencia de un ataque fatal al corazón. Y él, apenas cumplido los dieciocho se quedó solo en un mundo hostil al que siempre aceptó como es, rescatando gracias a su sensibilidad todo lo que tiene de bueno y bello, sin recriminarle nunca nada.

Testamento de Szabolcs:

"Ser mayor inesperadamente"

"Un hombre puede llegar a ser mayor por varios motivos. Y no hablo de la altura ni de la edad, sino de los cambios que se producen en la manera de pensar y de manejarse en la vida.

Pero también es posible que habiendo cumplido la edad, todavía no estás preparado para ser mayor y a pesar de esto el destino decide que debés serlo y asumirlo. Por ejemplo si mueren tus padres.

Conozco a muchos jóvenes a los que les gustaría ser ya mayores, independientes, pero créanme, esto no es ninguna diversión. Si

sos mayor, tenés que poner orden en cada uno de tus días, autoabastecerte y ésto es muy difícil si además te gustaría seguir estudiando para llegar a ser alguien.

Desde el comienzo, tenés que renunciar a muchas cosas acostumbradas. Por ejemplo dejar de fumar o fumar menos para ahorrar el dinero necesario. La oficina de agua o de gas no se van a encoger de hombros cuando no puedas pagar los gastos del mes. Simplemente te desconectan la luz, el agua, el gas y horrorizado verás que para hacer la reconexión deberás pagar un precio más alto que las cuentas que no pagastes.

No tendrás más remedio que hacer y depender de una lista de entradas y salidas, día a día de cuánto dinero podrás disponer y a cuánto montarán tus gastos... centavo por centavo. Y si sobra algo, en qué valdrá la pena invertirlo. Si sobra, cosa que dudo.

Y también tendrás que aprender a hacer todos los trámites oficiales que se vayan presentando. Tal vez tengas a mano alguna persona experimentada que te pueda ayudar, tal vez no, y entonces no tendrás más remedio que recurrir al internet para ir aprendiendo los vericuetos de la burocracia. Si tenés internet... En el caso que -Dios no lo quiera- te hiciste mayor repentinamente porque murieron tus padres deberás hacer todos los trámites, arreglar todas las cuentas y asuntos que dejaron pendientes. Y los aportes te los otorgarán solamente en el caso que sigas estudiando como alumno regular en algún instituto reconocido. Y no podrás vivir la vida normal de tus compañeros de estudios porque no tendrás más remedio que olvidarte de la distracción y descanso de los fines de semana, para trabajar y así poder cubrir todos tus gastos.

En tu vida aparecerán un montón de limitaciones que ni siquiera te imaginaste cuando todavía eras una persona menor de edad".

Y no olvides que si por irresponsable cometés alguna tontería, algún error, desde ahora, porque ya sos mayor, delante de la ley vos solito tendrás que pagar las consecuencias de tus actos.

Y finalmente, si no prestás la debida atención y tus padres dejaron deudas o evadieron los impuestos correrás el riesgo de quedarte un día sin nada. Lo poco que era tuyo será del Estado".

TUTYI, EL MÚSICO²

Hace muchos años, cuando trabajaba como cantor y director del coro de la parroquia San Gerardo de Budapest tuve que ir a cantar a un entierro. Allí me encontré con otro cantor de iglesia ya jubilado pero todavía activo que, en una charla sobre los gitanos, nos contaba que cuando él era joven lo llamaron para participar con su voz en el entierro de uno de ellos. Luego de una ceremonia interminable pero espectacular y llamativa, exótica, con mucha música, muchos llantos y mucho aguardiente y vino, escuchó de la boca de un gitano muy anciano y ya medio iluminado por el alcohol, que ellos habían recibido de Dios la música como un don y como una misión. Con el poder de la música debían mantener la armonía entre el cielo y la tierra, entre lo natural y lo sobrenatural. Mientras haya gitanos que canten y bailen, el mundo seguirá siendo mundo -explicaba- con sus virtudes y sus errores, pero no se romperá el equilibrio. Y en definitiva ese es el motivo -según el viejo gitano- por el cual ellos nacen con un talento connatural tan grande, único y especial para la música y el baile.

La veracidad de esta creencia tipo leyenda es por supuesto discutible, pero, observando la facilidad que tienen los gitanos para apropiarse de este arte ya de apenas nacidos, hay veces que no puedo más que repetirme una pregunta tan exenta de seriedad como de respuesta... ¿por qué será que a mis alumnos gitanos, hasta cuando tienen la guitarra desafinada, lo que tocan siempre les suena bien? ¿Tal vez por esa libertad de una vida nómada ancestral que transmite su música, y que hace que todo lo demás sea secundario?

Un experto en cultura gitana intentó convencerme de que ellos no vienen al mundo con este talento y predisposición

2_ Sobrenombre usado a menudo entre los gitanos (Significado original: pantufla de lana tejida. Pronunciación: aproximada: Tuchi.

sino que esa cualidad la fueron adquiriendo con el pasar de las generaciones. Esta es otra afirmación discutible. Lo cierto y sorprendente en las comunidades y familias gitanas, es la evidente generalidad y facilidad con que la adquieren y su extrema sensibilidad para la música. Y también es notorio que en su vida musical, antes, ahora y siempre los papeles están claramente repartidos. El varón canta y toca algún instrumento y si no, baila. La mujer nunca, o muy raramente toca algún instrumento, ella en primer lugar baila, y sólo si es buena, tiene buena voz, también canta.

A pesar de que la personalidad intrínseca del hombre que en gran parte determinará su destino, ya está codificada desde que fué concebido, está impreso en sus genes desde el primer momento de su vida, muchas veces el entorno del lugar donde nació o se crió, se enfrenta con algunas características de la personalidad, condicionándolo, evitando y aplastando o engrandeciendo, ennobleciendo lo codificado en la persona, dándole otro rumbo antes no prevenido a su vida. Pero, observando solamente la superficie de algunas historias, esto es así solo a primera vista. En la realidad, lo que en definitiva decide su destino también está codificado desde un principio, ya que además de sus talentos connaturales, aptitudes puede traer también consigo no solo la capacidad sino el coraje, el deseo casi apasionado, la inspiración o la ambición latentes para querer y poder influir en un cambio del entorno donde nació, donde se crió, donde vive y así decidirse a darle un vuelco imprevisto a su vida.

Tutyi, el muchacho gitano músico que nunca estudió música, nació y vive en el ghetto gitano de los suburbios de la pequeña ciudad de Bicske. Vino a la escuela de oficios para estudiar albañilería, que es la profesión más accesible para los jóvenes marginados y con poca instrucción. En general en las comunidades gitanas ya desde muy temprano, cuando apenas pisaron la adolescencia, las mujeres gitanas conciben y paren niños, por tradición, ya que la cantidad

de hijos está en proporción con la honra y el respeto que gozará en la familia y la comunidad, pero también por conveniencia porque según la cantidad de hijos, la subsistencia estará menos o más asegurada por la cantidad de subsidios por niño. A los varones sus padres los envían para que se plieguen a alguna obra de construcción como obreros auxiliares, preparando la mezcla de hormigón armado, levantando las bolsas de cemento y cal, transportando los ladrillos, las carretillas repletas y otros trabajos de los más pesados. Por estos esfuerzos tan desproporcionadamente grandes para un organismo adolescente es que en su mayoría, antes de llegar a la edad madura quedan semiinválidos antes de tiempo, o por lo menos con problemas físicos más menos graves, la columna vertebral, articulaciones, miembros lesionados, que les impide continuar trabajando, y así se suman a la larga fila de los que esperan el subsidio por invalidez.

Cuando lo conocí Tutyi era muy joven, tenía dieciséis años y un físico relativamente fuerte a pesar de ser bajo de estatura, pero el oficio de albañilería evidentemente no era para él, porque no le gustaba ni estudiar ni trabajar y faltaba a las clases muy a menudo. Pero por sobretodo porque amaba la música, y la música también lo amaba a él. Después de varios años de no haberlo visto, un día de estos me encontré nuevamente con él. En verdad él me encontró a mi, cuando teniendo un intervalo de tiempo libre salí del colegio y me fuí a pasear mientras observaba como avanzaban las obras de renovación de la calle peatonal de la ciudad. Escuché una voz de lejos: "¡Buen día, señor profesor!". A unos cincuenta metros vi a aquél que me saludaba, pero no lo reconocí hasta que me acerqué a él. Era Tutyi, más maduro y un poco más alto. Su acostumbrada poca afición al trabajo físico lo demostraba su posición, parado con los brazos cruzados apoyados en la pala y el mentón recostado en los brazos. No era el único obrero, estaba en el centro de un grupo que evidentemente tenía la misma actitud con respec-

to a la tarea que los estaba esperando sin muchas esperanzas. “¡Oh! Señor profesor cuanto tiempo sin verlo... ¿cómo está?” En vez de contestar su saludo tan cordial, lo miré a los ojos entre severo e indulgente y le pregunté a mi vez: “Hola Tutyi, y dónde está mi guitarra?” ¡Cómo olvidarme de que con toda probabilidad él fue el que hacía algunos años atrás había robado mi querida guitarra acústica Fender forzando la cerradura del auto! Justo en los días del robo Tutyi desapareció del colegio, actitud con la que corroboró los chismes de sus compañeros de mala voluntad que lo habían desenmascarado. Así que no lo vi más. Otros de sus compañeros, también me habían informado cual era la aldea adonde había ido a parar mi guitarra, pero aconsejándome también que no debía ir allá para probar recuperarla, ya que en ese lugar las navajas salían muy fácil de los bolsillos.

Así que me despedí de mi querida guitarra ausente, deseando que por lo menos aquel que la usara la pudiera apreciar, la trate bien y la quiera como yo la quise.

Tutyi nunca estudió música, no tenía la mínima idea de la notación musical y una partitura era para él tan indescifrable y llena de garabatos misteriosos como los jeroglíficos egipcios, la escritura braille, china, cuneiforme o árabe. Pero en el viejo y ya cansado sintetizador de la escuela, era capaz de tocar las melodías gitanas aprendidas de oído durante una hora, dos horas sin repetir ninguna. Tocaba simple, pero casi sin pifiarla con sus manos rudas, de dedos mochos con las uñas ya casi carcomidas por la onicomiosis. Mientras, las chicas gitanas bailaban y seguían bailando sin fatigarse nunca, derrochando alegría y sudor, embriagadas por la música de Tutyi. Un día Tutyi me preguntó que significaban esas cosas que no entendía del do o sol mayor, la clave de sol, las notas musicales, negras, corcheas, compás, etc. Me gustó su interés y entusiasmado le expliqué de la manera más simple posible algunas cosas básicas de la notación musical. Ajá, ajá, decía asintiendo seriamente con la cabeza,

pero pronto me di cuenta que mis palabras no podían atravesar ni siquiera las primeras paredes exteriores rumbo hacia su entendimiento. Por falta de interés auténtico y esa firme resistencia al estudio que tenía, y no por ser tonto, ni mucho menos. Tutyi era un muchacho despierto, simpático y agradable, buena compañía a pesar de no respetar mucho las reglas de higiene. Haragán de pies a cabeza hasta para lavarse o cambiarse la ropa.

Conservo algunas anécdotas curiosas de Tutyi... En otra oportunidad le pregunté porqué siempre toca el sintetizador, pero nunca baila. Me miró sorprendido ante mi infinita ignorancia y respondió con absoluta convicción ¿Bailar? “¡No, yo no bailo, yo soy músico!”.

Viendo su completa indiferencia con respecto a los estudios mínimos de albañilería y por el otro lado constatando día a día la facilidad con la que interpretaba su música, en una oportunidad le hablé sobre la posibilidad de tocar en casamientos, fiestas gitanas... Eso le gustaba, era su sueño. Y un día, con una sonrisa triunfante de oreja a oreja me dijo que lo habían llamado para tocar en un casamiento gitano, por primera vez. ¿“Tocaste gratis o te pagaron?” Le pregunté. “¡No, gratis no!” respondió medio ofendido. Por curioso le pregunté cuanto le habían pagado. “No con dinero, me pagaron con un lechoncito vivo, lo conservo y lo engordo para comerlo en Navidad”.

Otra sorpresa que me llevé con Tutyi fué cuando apareció en el colegio con una tambura³ que ya a primera vista me pareció bastante rústica para haber sido comprada. “La hice yo, solito” -me dijo, “qué le parece?” Y yo, con sincera admiración: “¡Está muy bien Tutyi, es una verdadera tambura!” y por sabelotodo agregué: “tal vez tiene el cuello un poco más largo que las originales”.

3_ Tambura: instrumento folclórico de cinco cuerdas punteadas, con caja de resonancia pequeña y ovalada.

A los pocos días Tutyi trajo consigo una tambura con el cuello más corto. Le pregunté si había construido otra. “No,” respondió, “Corté un trozo del cuello y lo volví a pegar”. Y de verdad que el cambio no se notaba nada, lo que demostraba su precisión y talento, ya que a pesar de la “mutilación”, la afinación del instrumento no había sufrido cambios relevantes, seguía siendo aceptablemente apta para tocar las melodías gitanas. Así, Tutyi construyó su primer instrumento, digno de un aprendiz de Luthier.

Ese día, apoyado en su pala, pero sin la menor intención de usarla para lo que había sido construida, al preguntarle dónde estaba mi guitarra, negó enérgicamente con su cabeza: “¡No, señor profesor no fui yo! ¡Fue el Romeo, él la robó!”, “Ah, ¿sí? ¿Y ahora el Romeo donde está”? -le pregunté con ironía. “Allá adentro” afirmó mostrando al túntún con un gesto de la cabeza en dirección al colegio. “¿Quieres decir que Romeo volvió a colegio para continuar con sus estudios?” -Le pregunté incrédulo... “No, no” me aclaró riéndose a carcajadas... “Allá adentro, en la cárcel, y va a estar allí por un largo tiempo”. Cambiando de tema le pregunté si seguía tocando en casamientos, cumpleaños, otras fiestas gitanas. ¡“Claro, si yo soy músico”!, afirmó estirándose con orgullo. Y me despedí de él deseándole mucha suerte, a la manera gitana. Al día siguiente, cuando volví a pasar por allí, por supuesto Tutyi ya no estaba con los otros obreros.

Talento natural, predisposición, entorno, ansias de cambio. Que hubiese sido de Tutyi si no hubiese nacido y no se hubiese criado en el ghetto de Bicske? ¿Y qué podría haber sido de él, si hubiese sentido en su interior una brisa mínima de valor, ambición, ansias de cambiar el rumbo de su vida? Pero yo no dudo que Tutyi nació para ser mimado por la musa Euterpe, él es y será siempre un verdadero músico. Gitano, músico y haragán de la cabeza a los pies.

IV

Matyi⁴

o la glorificación del Blues

En el Városliget⁵, el parque más grande de Budapest, está situada la “Carpa de la cerveza”, que es efectivamente una gran carpa de circo adonde se puede ir en pareja, solo o con amigos, a beber cerveza en grandes vasos empañados, este elixir amarillo tan apreciado, bien frío y espumante... Algunos toman vino, gaseosa, o claro, también bebidas más fuertes que si están bien bebidas poseen la cualidad de quemar por dentro sin dañar. El que va a la Carpa de la cerveza solamente para curiosear, irremediamente se suma, se funde con la multitud y se queda a beber, a escuchar música y a bailar. Por lo general, el recinto siempre o casi siempre está repleto, sus mesas de madera ocupadas por gente de todo tipo que en su mayoría, a pesar de toda la diversidad de colorido, edad, tamaño y género, son iguales a uno mismo. Todos únicos y diferentes, y si alguno sobresale por un momento fugaz, en definitiva nadie es nada especial. Parejas jóvenes y maduras, el chupado solitario, la mujer de edad indefinida que sigue buscando a alguien que pueda ser el verdadero, los grupos de muchachos en busca de chicas y

4_ Matyi: diminutivo de Matías

5_ Városliget: Arboleda, parque o bosquecillo de la ciudad,

borracheras fáciles y compartidas, muchachas emancipadas condenadas a ir y volver de a dos o de a tres. Trabajadores o desocupados, tontos o inteligentes. Nada especial. Mucho menos intelectuales o representantes de la elite. Personas comunes y normales que quieren vivir, o sentirse vivas rodeadas de otras personas normales como ellos, bebiendo lo que el cuerpo les pide, hablando a gritos y bailando codo a codo, cuerpo a cuerpo en el espacio reducido que les tocó entre el escenario y las mesas o en los pasillos, donde se apuran los mozos en idas y vueltas con sus pasos de baile especiales haciendo equilibrios insólitos con las bandejas repletas. En la carpa, todos beben y todos bailan... sin pretensiones de cómo ni qué, porque es la manera única de soltarse y mover todos los huesos posibles, libremente, al sonido y ritmo de la música. Sea la que sea, y como sea. Alcanzar y gustar algo parecido a la liberación, aunque sea por unas horas. Y si los conocimientos de baile lo permiten, también destacarse por algunos minutos, inofensivamente, sentirse y saberse "bueno" en algo sin desprecios ni agresiones, alguien un poco más, mejor que los otros.

Allí en la carpa, disfrutando con Marta de un mini festival de Blues al que nos había invitado Alex, el muchacho de la gasolinera que aprendió a tocar la guitarra y el Blues entre auto y auto... allí lo volví a ver a Matyi. Ya se preparaba sobre el escenario el próximo conjunto, cuando se acercó a nuestra mesa con el saludo familiar: "Buenas noches señor profesor, se acuerda de mí? Yo soy B. Matías. Como está usted?". Tardé apenas un par de segundos para escarbar en mis recuerdos y reconocerlo... cuando lo ví por última vez tenía no más de diecisiete o dieciocho años. Ahora, casi dos décadas más tarde, treinta y seis o treinta y siete, pero era el mismo. Lindo, suelto, sonriente, respetuoso, irradiando atracción y calidez. En ese entonces, la orden de los cistercienses estaba recuperando su famosa Escuela Secundaria San Emerico, e iniciaba, como un desafío al mundo atea en

retirada, su primer curso religioso. Matyi formaba parte de este grupo. Todos, chicas y chicos, simpáticos, inteligentes llenos de buenas cualidades. Un curso bien seleccionado. Cosa común en una escuela secundaria elitista. Pero Matyi era diferente, nunca supe porqué ni como llegó a formar parte de ese grupo. Alguien de otro curso resumió de una manera bastante extrema y subjetiva, en pocas palabras esa diferencia: "Cuando estoy con ellos tengo frío, excepto con Matyi". Comentario un poco exagerado pero que me quedó grabado para siempre, tal vez porque básicamente tenía algo de verdad. En una reunión de profesores, cuando otra vez Matyi era el tema obligado traduje el comentario de otra manera: "Es un buen curso, pero solamente en Matyi veo fantasía, él es diferente". Porque Matyi no se acomodaba al grupo ni a las expectativas de los educadores, ni a los objetivos, ni a todas las reglas de conducta. Aunque era respetuoso y buen estudiante, por naturaleza era rebelde. Y su rebeldía no era estruendosa, no era dañina, ni insolente o inmadura, ni contagiosa. Su rebeldía no quería conducir, no quería imponerse ni exigía nada. Su rebeldía radicaba sólo en eso... que era diferente. O tal vez, a esta rebeldía inofensiva se sumaba el hecho de que para él, a pesar de ser creyente, la religión, su camino o su contacto con Dios no era como se suponía debía ser.

Ya entonces cantaba, tenía su conjunto, participaba en las fiestas, en el coro y el grupo de teatro del colegio. Y por supuesto era el muchacho soñado por muchas alumnas. Pero como él todavía no poseía la sabiduría que dan los años para evitar los enfrentamientos con sus profesores y los otros, y porque por esas cosas tontas de la juventud, tuvo participación activa en un tropezón de la chica con la que salía, tropezón, que podría haber terminado en una tragedia, llegó el día en que tuvo que irse del colegio. Desde entonces no lo ví más. Y ahora, en esta noche de Blues está delante mío sonriendo, no escatimando nada de su gusto

por habernos encontrado, por cambiar algunas palabras antes de subir al escenario a cantar con su conjunto. Me sentí orgulloso. Satisfecho y orgulloso por y de él, de su acercamiento y de su re-conocimiento y porque Marta también pudo conocerlo, verlo, escucharlo cantar. Ver en el escenario a una persona especial, un buen músico que canta y se comporta como si nada y a pesar de ese aparente nada, subyuga y atrae, hace bien. Verlo cantando en el escenario con su hijito de seis años, un pequeño duende pelirrojo pícaro y cautivador, sonriente y mostrando sin escatimar brotes de talento... como su padre.

Con Marta en la Carpa, el Blues, la música y Matyi... una buena combinación.

Nunca me pude convencer de este asunto de la reencarnación, pienso que me basta y sobra con una vida para caminarla a los tropezones y llegar a mi destino. Pero si volviese a nacer, tal vez sería cantante de Blues. Entonces, en dos o tres frases simples, casi insignificantes, podría sacar bien del fondo y derramar en todas la direcciones, todo lo que llevo adentro: lo blanco y lo negro, el arriba y el abajo, lo feo y lo bello, lo malo y lo bueno, lo que ansío y lo que temo, todas mis aceptaciones y todos mis negaciones. No tendría que pelear ni palear duro para ir a lo más profundo y lo más limpio, porque lo que me viene para afuera, es como es y de más profundo ya no podría venir. Con mi canto, tendría la posibilidad de lograr un diálogo con Dios más sincero, claro y directo, más humano y humilde, exento de misticismos a veces vanidosos, otras veces dudosos. Como Adán y Eva apenas expulsados del paraíso, yo también con mi voz podría desnudarme y mostrar sin adornos, ni decoraciones ni agregados concientes o inconscientes, todo lo que yo no, ni nunca, pero Él sí ya sabe desde un principio, o sea, quien soy.

“La peor pesadilla de Zoltán Kodály”

V

Pali, Andrés, Ági⁶

La frase, medio irónica y provocativa del subtítulo es idea de Pali y figura en la página web del conjunto. Evidentemente, el estilo del conjunto que dirige, el “The Irish Coffee de Budapest”, es la contraposición y puede parecer a primera vista una refutación contundente del famoso método de Educación musical del gran maestro húngaro que desde hace décadas, pero principalmente en la época del régimen socialista rigió y encausó rigurosa y consecuentemente desde sus primeros pasos en el jardín de infantes, la vida musical del pueblo húngaro. Los integrantes del grupo, siendo hijos y productos del método, desde un principio arrojaron por la ventana todas las convenciones del mismo, el que estaba pensado, planificado, adoptado y debía ser puesto en práctica hasta el último punto y la última coma. El grupo se libera de su uniforme de escolares pioneros, desata y arroja el pañuelo rojo de su cuello y saliendo de la fila y del coro dice “gracias por todo, pero desde ahora hago lo que me gusta y como a mí me gusta”.

Respetando la melodía básica, original, se apropia de ella por entero. La melodía y el intérprete se funden de modo tal, que es imposible separarlos. Virtuosos aficionados que

⁶ Pali: diminutivo de Pablo, Andrés: Andrés, Ági: Inés

improvisan y gozan, usando y abusándose de la libertad de interpretación. Ritmo, dinamismo, alegría y vitalidad. Y pensándolo bien, a pesar de todo y en definitiva, con una vuelta de tuerca le dan la razón a una frase, no de Kodály, pero sí de su contemporáneo y compañero de trabajo Bartók, cuando éste se refería al folklore: “volver siempre a las fuentes originales, límpidas”. The Irish Coffee se dirige derechito y alimentándose de esas fuentes límpidas de la música tradicional irlandesa, a partir de allí no se detiene hasta hacer cataratas y desatar tormentas.

Tres ex-alumnos de la escuela San Emerico, tres jóvenes que por sus cualidades, manera de ser y su nivel de instrucción y cultura se destacaban de entre los mejores. Principalmente Pali, inteligente y talentoso, de la manera más natural absolutamente seguro de sí mismo. Tal vez sólo los que estaban muy cerca de él conocían sus puntos débiles. Dotado generosamente con aptitudes especiales para la música, el teatro, la literatura y también el humor y la conducción, el liderazgo. Poseedor de una aptitud intrínseca para la percepción, la recepción, y también para la reacción inmediata de y hacia todo lo que sucedía a su alrededor, con un fuego emocional e intelectual que al ser encendido irradiaba chispas en todas las direcciones, a veces pequeñas, otras grandes pero continuamente, prácticamente sin interrupción. Nunca lo ví callado excepto sólo para escuchar con atención, nunca indiferente, siempre tenía un comentario positivo o crítico, por lo general humorístico, tal vez un poco irónico o rayando lo cínico, pero jamás superficial ni mucho menos hiriente o superfluo. Una vez, cuando él todavía era alumno del tercer curso, sentado al piano en la sala de música opinó, decidida pero respetuosamente, sobre un texto que yo había adaptado a una composición y según él no concordaba bien la acentuación de una palabra con la de la melodía. Conociéndolo así, no deseché su comentario y consulté con colegas duchos en literatura y gramática. La conclusión

fué que las dos formas eran correctas y no era más que una cuestión de concepto y de gusto. Dejé el texto como estaba, pero consideré la observación de Pali como una atención hacia mí, casi como un halago.

Andrés tenía una personalidad tal vez más imperceptible, más moderada y no tan centellante, pero no por ello era menos capaz ni menos inteligente. De físico y aspecto atractivo, seductor sin pretensiones de serlo. Por ser más manso y moderado, sólo comparándolo con Pali, se le otorgaría el puesto de segundo violinista.

Ági, también música aficionada, la única del grupo que no participaba en el coro, recatada, callada pero para qué las palabras? si todo se puede expresar con una sonrisa y la buena predisposición, con nobleza, elegancia simple y delicada, y una sensibilidad que no suele ser común en chicas de su edad.

Como dije, los dos muchachos participaban en el coro del colegio. Principalmente Pali era el que “estaba en todo”, porque nada le costaba esfuerzo. Con toda seguridad nunca tuvo que “matarse” estudiando, todo lo hacía bien y creo que esto se debía en primer lugar a su increíble capacidad de recepción, su apertura a todo lo que lo rodeaba, antena funcionando desde la mañana hasta la noche.

En esos años de la secundaria, a Pali se le ocurrió formar un conjunto de música celta. Como esa cultura lo apasionaba y hablaba el inglés a la perfección y si quería, imitando el acento irlandés, ya por entonces viajó a Inglaterra buscando, anotando, coleccionando y aprendiendo los cantos y melodías originales de Irlanda.

Así nació en el colegio el grupo “The British Coffee de Budapest”. Pali, el conductor, cantante, guitarrista y flautista, Andrés guitarrista, violinista y percusionista, Ági flautista y cantante. Otros dos alumnos más, guitarra y armónica, cajón, completaban el conjunto, cada uno excelentes en su instrumento pero ellos siempre quedaron como acompañan-

tes... imprescindibles, pero sin el brillo de los otros tres. Un conjunto de tres que en realidad eran cinco. El conjunto funcionó durante varios años, luego cada uno siguió su camino. Pali se hizo director de teatro, y Andrés sacerdote. Todos los años se reúnen los cinco para un concierto, conformando a muchos seguidores que los esperan, se lo exigen, quieren volver a escucharlos. Quince años después, a mí también me llegó la invitación al "Janis" Pub de Budapest para el concierto de este año. "Me parece que tendremos una fantástica velada de buena música", le previne a Marta y no quedamos defraudados. Como desde hacía mucho tiempo no escuchaba al conjunto, mis expectativas eran más sobre los cambios que se podrían haber producido en ellos mismos, en su personalidad, que en su música. En principio, básicamente nada. Ningún cambio. Bueno, esto no es cierto ya que enseguida percibí dos que llamaron mi atención. Pali, que había engordado mucho adoptando la figura de un Buda sabio, satisfecho y feliz, y Andrés, cuando subió al escenario con el pantalón y camisa negra, con alzacuello blanco de sacerdote. Así tocó el violín, la guitarra, el tamboril y cantando le dedicó una canción de "amor" a las "señoras" de la sacristía... a doña Sofía, doña María y a algunas otras de cuyos nombre no me acuerdo. Sí, -me dijo antes del concierto al ver mi sorpresa-, ya me ordenaron sacerdote y justo ahora, después del concierto viajo a Roma.

La calidad y nivel del espectáculo, la música, la energía, el humor, la generosa vitalidad y el derroche de virtuosismo y "buenas ondas" eran las de siempre, pero más maduras... todo igual, pero de ese todo, mucho más y mejor cincelado.

Pali, Andrés y Ági, al igual que la mayoría de los alumnos de la Escuela Secundaria San Emerico, provienen de buenas familias, clase media aceptablemente acomodada, tal vez con problemas, pero raramente desintegradas, caóticas. Los padres son generalmente intelectuales, profesionales, empresarios, hombres de negocios. Por eso, estos jóvenes ya

comienzan la vida teniendo kilómetros de ventaja con respecto a la gran mayoría, principalmente comparando las escuelas de la Capital con las de las provinciales.

Ahora, después del concierto no puedo menos que recordar la imagen del cielo austral estrellado que muchas veces usé con más o menos resultado en las clases de música -probablemente también en el curso de Pali- cuando me enfrentaba con el rechazo terco e infundado de algunos alumnos hacia cualquier otro estilo musical que para ellos era desconocido o indescifrable.

Sucedió en mi primer viaje a Bariloche, debía tener diecisiete o tal vez dieciocho años. Con dos amigos decidimos irnos a la aventura a dedo, por gusto y también por falta de recursos económicos, negando acoplarnos al viaje en tren de todo el grupo de scouts de la colonia húngara. El viaje fué más duro y largo de lo planeado, principalmente al salir de Bahía Blanca para meternos en la ruta que corta a la Argentina por La Pampa y Río Negro, dibujando líneas rectas, interminables. Ya fuera de la ciudad, nos quedamos varados desde muy temprano en una gasolinera, esperando horas y horas que alguien aceptara llevarnos hacia el oeste. A la tarde, el conductor de un camión y su acompañante ofrecieron llevarnos durante un tramo, sólo si aceptábamos viajar arriba de la carga constituida por una montaña de bolsas de papas. Nosotros tres, claro, ya hartos de tanto esperar aceptamos con alegría y esperanzas el lugar ofrecido, olvidándonos de una de las reglas no escritas pero primordiales del autostop: hay que tener por lo menos una idea de dónde está y cómo es el lugar de destino. Nos recostamos sobre las papas y dormitamos al vaivén del camión durante un par de horas, hasta que el vehículo se detuvo y nos despertó de nuestro letargo una voz desde abajo, gritando a voz en cuello que ellos salían de la ruta para entrar en una estancia donde esperaban la carga de papas. Nos bajamos y bastante desconcertados miramos como el camión desaparecía en

medio de una polvareda, rumbo a una estancia de la que por más esfuerzos que hacíamos con los ojos, no veíamos ninguna señal de que existiera.

Nos encontramos en el medio de la nada, en una ruta prácticamente vacía, un paisaje chato y árido y entre los dos la banquina, de no más de un metro de ancho. Ya el sol estaba desapareciendo en el horizonte, así que nos propusimos armar una carpa para pasar la noche, pero enseguida nos dimos cuenta de que eso era imposible ya que el yuyo estaba lleno de abrojos que se nos prendían insolentemente a las zapatillas, los pantalones, las mochilas. Nos pusimos de acuerdo en que la única solución posible era acostarnos con nuestras bolsas de dormir en la banquina, en fila india, usando las mochilas de almohada. Nos repartimos las guardias, uno siempre se quedaba despierto una o dos horas de pie para hacer señales con la linterna cuando se acercaba un vehículo con la intención primordial de detenerlo, o por lo menos prevenirle que no arrollara a los otros dos acostados en la banquina. Nos envolvió la oscuridad, la noche se cerró literalmente como la boca de un lobo. Alrededor de las tres de la mañana, yo dormía en mi bolsa con el rostro para arriba, cuando sentí que un pie me golpeaba la cabeza y una voz que decía “despertáte, mirá!”. Abrí los ojos y encima mío ví por primera y hasta hoy única vez, el cielo del sur. Millones y millones de estrellas centellando en el interior de una cúpula perfecta, donde no existía ningún obstáculo que impidiera el encanto. A pesar de mover mi cabeza de izquierda a derecha, de atrás hacia adelante, sólo veía estrellas. Ni árbol, ni casa, ni montañas, ni mucho menos la luz envidiosa proyectada por alguna ciudad, intentando ocupar un lugar inmerecido en el cielo, molestaba la vista. Nos quedamos así, acostados, mirando el cielo hasta el amanecer, embriagados por el centelleo deslumbrante y continuo de las estrellas, siguiendo una y otra vez con los ojos el camino sembrado de diamantes de la Vía Láctea y el movimiento de

las estrellas falsas, los satélites artificiales que hacían su camino programado. Así, como esa noche, al cielo estrellado no lo ví nunca más. Pero esta experiencia, también me sirvió para intentar romper la barrera que a veces ponían mis alumnos al negar lo que no conocían o no querían conocer. Porque siempre pensé que al apreciar las obras de arte nos pasa algo parecido que al mirar el cielo estrellado. Viviendo en un departamento, cercado por nuestros prejuicios y límites de conocimientos y experiencias, una noche desde la ventana del baño vemos con admiración y gozo en el cielo oscuro una, dos, tres estrellas. Y sin saber nada del cielo y de las estrellas, creemos que solo esas poquitas son la realidad, fuera de ellas no existe nada más. Otra noche, paseando por los suburbios de la ciudad vemos que no se trata de sólo una, dos, tres estrellas, hay muchas más, todas y cada una de diferente luminosidad y tamaño. Nuestro gozo y admiración por supuesto será mayor... Tal vez llegue un momento en nuestras vidas, estando en algún lugar de la provincia, - como me pasó a mí-, de campamento en el claro de un bosque, cuando justo a las tres de la mañana sentimos la necesidad de aliviarnos, salimos de la carpa y al levantar la vista nos quedamos embrujados por un cielo estrellado que nunca antes habíamos visto ni imaginado. Llegaremos entonces a la conclusión, de que hasta ese momento éramos como los ciegos, no sabíamos cómo es un cielo con estrellas. Y si Dios, la vida, nuestro destino o la suerte lo quiere, tal vez podremos estar acostados en el medio de la pampa como en el interior de una cúpula, contemplando todo lo máximo posible que nos puede ofrecer de regalo y para nuestro placer, el cielo austral. Llegaremos a conocer la semi perfección. La absoluta, será cuando estemos en el medio del globo y tengamos las estrellas, no solo arriba y alrededor sino también a nuestros pies. Estrellas envolviéndonos en derredor, arriba y abajo.

Sin aptitudes, posibilidades ni predisposición para cono-

cer y aceptar las grandes obras de arte creadas por hombres diferentes, en diferentes momentos del tiempo y en diferentes lugares del mundo, seríamos como el pobre ciudadano que ve solo una o dos, tres estrellas desde la ventana del baño y está convencido de que ésas son las únicas, reales y valederas. Podemos ampliar nuestros conocimientos y cultura yendo al suburbio de la ciudad o a la provincia para ver y conocer más estrellas, pero lo mejor es contemplar el cielo estrellado en toda su plenitud y desde ese punto sí, poder llegar a conocer, valorar, comparar y elegir de entre la infinitud las mejores, sin cerrar los ojos a aquellas que, aunque no son las elegidas, por eso no pierden nada de su luminosidad. Y también puede ser que aquella cuyo brillo nos atrapó, ya desapareció hace tiempo, su brillo se extinguió y tal vez el día de mañana ya no se vea nunca más. Al contrario, en el cosmos puede que exista una estrella rutilante todavía invisible a mis ojos, porque su luz todavía está viajando en el espacio y tarda en llegar hasta mí, que aún no estoy preparado para percibir su brillo magnífico. Finalmente, también puede haber y hay algunas, que al observarlas bien, nos damos cuenta de que son solo satélites de esplendor y vida efímera e irrelevante comparada con la de las estrellas... es más, pronto se convertirán en chatarra. Pali debe ser uno de esos hombres que viven ubicados en el centro del interior de la cúpula siempre observando, valorando, comparando y gozando del cielo estrellado en todo su esplendor.

"La mirada que se dispersa pierde la visión de Dios".

A. de Saint Exupéry

VI

Santiago

Espíritu de contradicción, así me llamaba mi madre a veces medio bromeando o cuando mi terquedad la enfadaba. No sé si nací contradictorio y rebelde sin motivos ni metas específicas, o esto lo fuí adquiriendo con el pasar del tiempo, en este último caso, ni siquiera ahora, a esta altura del partido puedo estar seguro de que fue lo que provocó este rasgo de mi personalidad.. Tal vez me quede tiempo suficiente para seguir buscando.

Los motivos que provocan la rebeldía pueden ser varios y distintos, pero el objetivo no puede ser más que uno. La búsqueda de la libertad.

¿Qué significa el ser libre? ¿Qué significa ese estado siempre magnificado, idealizado y ansiado como algo perfecto, solo intuitivo, a veces fugaz y esporádicamente experimentado pero nunca conocido ni saboreado en plenitud? Cómo puede ser libre alguien que es esclavo de sus temores, de algunas ilusiones con rostro, y de otras sin forma ni destino, de pasiones reprimidas, y de viejas vivencias, recuerdos astutos siempre al acecho, tenaces y paralizantes, de esos que chupan la capacidad de poder seguir viviendo la realidad de todos los días en paz, sin sufrir su acoso. Pero por eso, porque son astutos no se muestran siempre, cumplen su trabajo de manera clandestina desde muy adentro... y uno sigue viviendo sin querer abrir los ojos y sin aceptar el error,

sin aceptar que la vida y el camino rumbo a casa, allí donde habita la libertad está en otro lado, lejos.

París es la ciudad que se muestra enseguida a sí misma como un escenario perfecto para probar esa libertad teórica, idealizada y perfecta, pero que, paradójicamente, es posible sólo para las almas preparadas y aptas para ser libres. Si el alma no está lista, París la hará mas esclava y más mísera. Gustando una libertad engañosa y camuflada, el alma pisa un camino que lo podrá llevar al descontrol, al desorden, en definitiva, a una nueva frustración que no querrá ser reconocida. En su afán por ser libre el hombre manotea en todas las direcciones creyendo que así se podrá desligar de todo lo que lo ata a la tristeza, a las decepciones, a todo lo reprimido, principalmente a las pasiones insatisfechas y obligadas siempre a un rincón. La incapacidad de amar sin límites es la que quiere liberarse, buscando ser plena. Pero siempre aparecerá también la otra voz, la que no quiere aceptar el peligro del desorden y de los espejismos, y en algún momento se decide a poner límites, estructurar leyes para rescatar al alma de ese camino que no conduce a ningún lado. Algo parecido al derecho romano que traza los límites de la vida en sociedad para poder asegurar la libertad de sus miembros. Así empieza la lucha entre la búsqueda de una libertad esclavizante y el rechazo de todo aquello que quiere barrer los límites.

Día a día, una lucha fatigante con muchas batallas, algunas perdidas cuando parecen ganadas y otras ganadas cuando todo parece desolación... Y después de cada batalla seguirá todo igual, con más experiencias de lo correcto y lo incorrecto, del arriba y del abajo, del bien y del mal. Con algunos éxitos más y una colección de fracasos más amplia, algunos trofeos y muchas pérdidas, pero sigue todo igual, porque esos mismos recuerdos perduran y se mantienen al acecho, son los eternos sobrevivientes que nunca renuncian a su trabajo clandestino. Recuerdos cobardes que se baten en

retirada apenas aparecen, fantasmas invisibles que a pesar de ser invencibles, por ser cobardes se enmascaran de nada y de indiferencia, para que no puedan ser combatidos y aniquilados. Esté preparada o no, el alma en busca de la libertad nunca podrá evadir la lucha.

En París, pasados los primeros días empezó a invadirme una intranquilidad a veces difusa, otras veces agresivas, siempre apremiándome las ansias de colmarme, haciéndome sentir la urgencia de liberar todo lo escondido, darle alguna forma a las ilusiones impacientes, sedientas de volverse realidad. El escenario y el libreto eran ideales, estaba en París, solo, y siguiendo estudios que no me exigían un gran esfuerzo, no tenía que prepararme intensivamente para las clases, me quedaba tiempo de sobra para llenar los huecos de cada día.

Pero como siempre, también en París aparecía la otra voz susurrándome que abrir la puerta significaba aceptar el peligro del desorden y del vacío. Esa voz que ya conocía bien y la aceptaba, me transmitía una y otra vez la verdad de Saint Exupery “Porque se me ha revelado que el hombre es en todo semejante a la ciudadela. Destruye los muros para asegurarse la libertad; pero ya es sólo una fortaleza desmantelada, y abierta a las estrellas. Entonces comienza la angustia de no ser”.

Tropezando con esta lucha comencé a vivir mi estadía en París, queriendo derribar paredes y volviéndolas a levantar. Como si yo fuese la materialización ideal del alma Apolínea y del alma Dionisiaca fundidas en una sola persona. Pero sin orden ni lógica, sin la explicación ni estructura filosófica y religiosa que pensaban acertadamente los antiguos griegos en sus mejores épocas.

1 París

Cuando en el año lectivo europeo del 1981-1982 permanecí diez meses estudiando en París ya era padre de dos niñas

pequeñas. Durante ese tiempo ellas y su madre vivían en Budapest con los abuelos maternos, ya que el monto de la beca no nos hubiese permitido vivir los cuatro ni siquiera modestamente en la “ciudad luz”. Buena excusa para probar el sabor de la libertad. Para una persona como yo, que mi adolescencia y juventud la pasé bajo la constelación de los Beatles, el rock progresivo y el hippysmo, y que además en general me dejaba llevar por la corriente pero nunca satisfecho, ese aparente sabor de libertad me atrajo, sí, pero no me resultó fácil esa estadía en París y confieso que ésto no era por miedo a la separación, al aislamiento, a la nostalgia sino todo lo contrario.

Sin una responsabilidad que me sujetase determinando los límites, el estar solo me dejaba expuesto sin muchas defensas frente a tantas cosas que me atraían y que con su canto de sirena me susurraban al oído cuánto más fácil, placentera y excitante puede ser la vida así de libre.

Los domingos, caminaba varios kilómetros desde la ciudad Universitaria hasta la Catedral de Notre Dame para participar allí en la misa de la tarde. En este paseo me gustaba dar un pequeño desvío pasando por el barrio latino. Allí me detenía para entrar un rato en mi favorita, la hermosa iglesia románica Saint Germain de Pres, donde me dejaba invadir por el misticismo que irradiaba cada piedra, cada rincón en penumbras testigo de centenares de años de historia, de fe y de oración. Uno de esos primeros domingos de mi estadía, saliendo de la iglesia leí en el cartel de informaciones que por la tarde temprano se celebraba la misa para la comunidad de españoles. Según el aviso, la misa comenzaba dentro de un rato, una hora y media antes que la de la gran catedral. Así que desde ese día, todos los domingos iba de una a la otra, de una celebración simple, familiar, en idioma y con cantos conocidos, a la otra espectacular y presentada con toda la pompa posible, tal vez dedicada más a la multitud de turistas de billetera gruesa que a Dios... Si me acuerdo bien

fue la tercera o cuarta vez, un día gris de otoño, cuando sintiéndome desvalido, empujado por las pasiones que querían soltarse, ya que había experimentado el llamado dulce-amargo del desorden, andaba por la vida con el ánimo aplastado y con la mente nuevamente embrollada. Participé de la misa buscando tranquilidad, murmuré una plegaria pidiendo ayuda para salir del atasco, alguna tarea que me ayudase a volver al orden mental, emocional y espiritual. Justo en el momento de cerrar la oración, un muchacho un poco mayor que yo que asistía en el altar al sacerdote jesuita celebrante de la misa, se acercó al micrófono y dirigiéndose a los fieles anunció "Queridos hermanos, lamentablemente nuestra cantora (cantaba ella sola, confundiendo el santuario con un escenario) tiene que volver a Madrid para hacerse cargo de una tarea encomendada por el Obispado. Por eso, si hay alguien entre ustedes que conozca los cantos y pudiese ayudarnos en la liturgia musical por favor, apenas terminada la misa no se vaya, antes venga a hablar conmigo". Una respuesta tan clara, eficaz y rápida a mi pedido me sorprendió tanto que no pude menos que acercarme y presentarme diciendo que sí, que por mi trabajo en la Escuela parroquial de Carlos Paz yo ya conocía muchos de los cantos y podría acompañarlos con el armonio o una guitarra.

El muchacho asistente era Santiago. Había nacido y se había criado en un pueblito pequeño del norte de España, y por la situación muy humilde de su familia, los padres lo habían "metido" en un seminario para hacerlo sacerdote. Era todavía muy joven cuando abandonó el seminario y se fue a París atraído por la aventura, la libertad, el bullicio y todos los brillos y placeres que el mundo, esta ciudad ofrece a alguien de su edad. Allí trabajó en restaurantes como lavaplatos y mozo viviendo una vida bohemia, hasta el día en que, según me confesó "yo mismo escuché la voz de Dios que me llamaba para servirlo como sacerdote". Entonces ya no se echó atrás, aceptó el llamado y entró en la orden de los

Misioneros Combonianos con el firme propósito de ser sacerdote, luego irse al África a trabajar allí, ayudar y evangelizar a los más pobres.

Nos hicimos amigos, armamos un corito con los niños de la comunidad española, y desde entonces él cuidó de mí, cargando con todos mis dudas, tropezones y desvíos durante el tiempo que permanecí en París.

2. Ecuador

Por haber ocurrido varias veces, hay ocasiones en las que pienso que pueden haber momentos en la vida que los vivimos o vivenciamos a la vez en dos dimensiones diferentes. No grandes sucesos, pero sí situaciones más o menos importantes que a pesar de recordarlas con toda seguridad de una manera determinada, no fueron así como las recordamos. Es cierto que muchas veces los recuerdos nos engañan, puede ser que recordamos algo de como nos hubiese gustado que fuese, y también es cierto que por distintos motivos, a veces adornamos o mutilamos los recuerdos según nos “convenga” o le “convenga” a nuestro inconsciente.

Pero en este caso, no es así. ¿Es posible tener la vivencia de una realidad de tal manera que no es sólo una e indiscutible sino dos realidades diferentes, paralelas y en contraposición una con la otra? Tanto es así que nos impresiona, nos maravilla y a la vez también nos producen algo parecido al temor que raya lo místico, ya que no le encontramos una explicación contundente y tranquilizadora.

Apenas comenzado el nuevo milenio, mi hija Virginia por una casualidad del internet, recibió una excelente propuesta para ir a trabajar al Ecuador como maestra jardinera especializada en el método Montessori. Luego de pensarlo bien y de aclararse algunas dudas, a pesar de sus temores decidió emprender esta aventura de medio año en un país latinoamericano desconocido. Aún hoy, tengo presente el momento de cuando la vi desaparecer con su mochila adornada con

una banderita húngara, pálida, los ojos húmedos y temblando como una hoja al viento, pero con pasos decididos por el pasillo de tránsito del aeropuerto de Viena.

Ya al segundo o tercer día empezaron a llegar las noticias de su llegada al Ecuador, pero éstas no eran nada alentadoras. La escuela elitista donde debía ocuparse de los niños no estaba preparada para aplicar el método, tenían que empezar desde las bases y para ello Virginia no tenía todavía la suficiente experiencia ni lamentablemente tampoco la ambición. Sus conocimientos del idioma eran deficientes, su preparación no mostraba concordancia con las exigencias, en principio bastante irreales del instituto educativo. Para colmo, el susto y la inseguridad que produjo en ella este reconocimiento de sus limitaciones la había trabado y no podía relajarse. Sacar a flote sus cualidades para poder demostrar y poner en claro su capacidad y talento para el trato con los niños necesitaba tiempo, confianza y tranquilidad personal. Con estas noticias comencé a preocuparme y un poco arrepentirme de haberla animado, casi empujado a este viaje.

Entonces me acordé de Santiago. Hacía mucho que no sabía nada de él, pero en algún cajón tal vez todavía guardaba una postal que me había enviado hacía años. No de Africa, sino desde algún país de Latinoamérica, ¿posiblemente desde Ecuador? Sí, probablemente de Quito. Pero, ¿cómo lo busco? ¿Dónde lo encuentro? El principal impedimento, imprescindible para la búsqueda era que no sabía su apellido, en nuestro trato él siempre fue nada más que Santiago. En medio de estas dudas e incertidumbres, sintiendo la urgencia de ayudar de alguna manera a Virginia, también recordé que antes de nuestra última despedida en París él me había regalado una foto en blanco y negro de la virgen de Notre Dame con un escrito suyo en el dorso: "A sus pies rezo por ti y tu familia" y estaba también seguro de que la había firmado. Tuve que buscar la foto por todos los

rincones de la casa, revisar cajón por cajón hasta que por fin la encontré y leí la frase firmada con su nombre: Santiago M... Ya tenía su nombre completo, así que pude ponerme a buscar en el internet. No tardó mucho mi búsqueda hasta que apareció un solo resultado. Nada más que uno. Efectivamente figuraba un capellán con este mismo nombre y apellido en una iglesia de algún barrio de los suburbios de Quito. Inmediatamente le escribí un email al cura párroco de la iglesia para que se lo entregasen a Santiago. En éste mensaje le contaba de la situación en que se encontraba mi hija. Pasaron dos-tres días de espera sin recibir ninguna respuesta pero al final llegó la carta de mi amigo. Como era costumbre en él rebosando entusiasmo y energías, derrochando buenas ondas, emoción y alegría por nuestro reencuentro después de tantos años y declarándome su firme propósito de que ya al día siguiente iba a buscar a mi hija. Y así fue. Tal vez pasaron dos días hasta que me escribió Virginia contándome que se había encontrado con Santiago. Él la fue a buscar al colegio y después de presentarse al director y charlar con él aclarando algunas cosas, la llevó a un supermercado para llenarle el carrito de alimentos y todo lo necesario para las primeras semanas de su estadía. Durante esos seis meses la cuidó y se ocupó de ella, así como me había cuidado a mí hacía tantos años atrás en París.

Ya tranquilo y de vuelta a la rutina cotidiana, muy pronto me olvidé de la foto que nuevamente fué a parar a algún cajón o alguna caja junto con tantas otras cosas a las que no le damos tanta importancia. Sólo después de algunos años, cuando la vida me obligó a poner orden entre mis papeles me topé otra vez con la foto y volví a leer lo que había escrito "A sus pies rezo por ti y tu familia" y la firma. Pero no, no figuraba su apellido. Había firmado solamente con su nombre de pila, "Santiago".

A los hechos sobrenaturales, excepto cuando era pequeño y quería ser Superman, a pesar de sentirme atraído por ellos,

nunca los tomé como algo posible e indispensable, ni siquiera importante para reforzar el espíritu o la fe. Los presuntos milagros pueden ser sucesos cotidianos a los que si uno busca minuciosamente les puede encontrar una explicación. El apellido de Santiago pudo haber aparecido de contrabando en el inconsciente, medio escondido entre una montaña desordenada de papeles viejos o en un sobre arrugado, así como cuando se perciben los mensajes que transmiten las propagandas de televisión piratas, sin que el consciente lo advierta, o tal vez fué descorchado por la memoria, en uno de esos sueños que se esfuman y son olvidados antes de despertar.

La explicación no tiene importancia. El milagro reside en que ese suceso, aunque sea pequeño e insignificante, pudo llegar a ser parte de nuestra vida en un momento preciso y con una trascendencia tal, que nos colmó rebotándonos como las puestas de sol. Un regalo, uno de los momentos de maravilla de la vida como el nacimiento de un niño, el abrirse del pimpollo de una flor, el olor del campo después de la lluvia, el trabajo indescifrable de una abeja y tantas otras cosas sin las cuales la vida no sería más que un aburrido y largo letargo. Todo lo cotidiano, por no tener una explicación última decisiva, indiscutible y satisfactoria raya lo sobrenatural, y lo sobrenatural llega a rayar lo natural y cotidiano cuando le encontramos una explicación, aunque ésta no sea contundente ni irrefutable. Lo natural y lo sobrenatural no están ni suceden uno arriba y el otro abajo, sino allí donde vamos yendo nosotros, entre el cielo y la tierra. Se rozan, se tocan... creo que están en relación de dependencia. En definitiva no son aquellos que creemos sobrenaturales, sino los milagros cotidianos los que nos colman de maravillas, nos encaminan, edifican nuestro espíritu, nuestra personalidad, nos mantienen vivos en un mundo que nunca vamos a entender.

*"Yo no soy Charlie"
(Carlos... en la ficción)*

VII Crisis

(La agonía de una civilización y el nacimiento de un mundo nuevo visto con los ojos de un argentino en París)

"...Mas la América nuestra, que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl, la América del grande Moctezuma, del Inca, la América fragante de Cristóbal Colón, la América católica, la América Española, la América en que dijo el noble Guatemoc: -Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América que tiembla de huracanes y que vive de Amor; hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive Y suena. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol

*Tened cuidado...
Hay mil cachorros sueltos del León Español!...*

Rubén Darío "A Roosevelt".

A Carlos también lo conocí en París apenas comenzada la década del 80, cuando al igual que tantos otros, queriendo ampliar nuestros conocimientos gozando de la vida, habitábamos en la Casa Argentina de la Cité Universitaire de París.

Una de esas personas que se nos pasan por el costado de la vida dejándonos prendido de una manera difusa no mucho más que un gesto, una mirada, una palabra, algún pequeño suceso, o dos. Algún recuerdo aparentemente insignificante que, de vez en cuando, en algún momento no esperado ni previsto, por algún motivo vuelve, rescata un detalle antes no advertido y nos roba una sonrisa o nos hace pensar.

Nunca llegamos a ser amigos, no teníamos mucho en común y nuestros encuentros eran esporádicos ya que nuestra área de interés y actividades eran completamente diferentes, sin puntos de encuentro, excepto los momentos libres o de ocio apenas compartidos en el salón de reuniones de la casa.

Carlos era filósofo y había llegado a la “ciudad Luz” con una beca de la facultad, era mayor que yo, apenas pasados los cuarenta estaba en la flor de la edad masculina y no sólo en su físico y apariencia sino también en su manera de ser y hablar personificaba al típico argentino porteño. Alto, moreno pero con rasgos europeos, fuerte y varonil, seguro de sí mismo hasta rayar la prepotencia lucía la actitud característica del “¿qué me importa?!” o “¡abran cancha que vengo yo!”. Distendido y canchero, casi siempre vestido con vaqueros y una campera de lona verde de esas inspiradas en la era “Che Guevara” con innumerables bolsillos llenos vaya a saber de qué. En la Argentina vivía en la provincia de Buenos Aires y daba clases en la facultad, en la Capital. Con una personalidad así, de entrada acaparaba el centro de las reuniones, cuando estaba... porque generalmente no se acoplaba a las reuniones ya que su principal ocupación, incluido el estudio, los seminarios y uno o dos amigos suyos cercanos, era dedicarse al oficio de Don Juan... A pesar de tener familia propia en la Argentina, no ocultaba su pasión por el sexo opuesto. Para eso estaba en París y no dejaba de confesarlo: profesión y mujeres. Iba y venía siempre con una amiga-amante diferente. Y bueno, le gustaba beber, entonces

se ponía parlanchín y saliendo de su mundo propio de filosofía, mujeres y joda a veces tiraba el ancla en el círculo de estudiantes argentinos para compartir temas y cosas comunes aportando al grupo con su presencia vital y alegre, sus ideas, humor algo ácido, opiniones e historias.

En una de esas oportunidades nos contaba como un día sacó un revólver que guardaba en la mesa de luz, fue al fondo del terreno y apoyando el caño del arma entre los ojos de la vaca de un vecino milico la mató de un disparo, ya harto de que la pobre bestia siempre se las arreglara de alguna manera para cruzar a su lado mientras el milico, ante cualquier protesta suya no hacía nada más que encogerse de hombros. Por lo poco que lo conocía, exaltado y tan seguro de sí mismo que casi-casi pintaba como la soberbia personificada, y a pesar de que esa época de dictadura militar y represión no dejaba mucha brecha para una oposición tan violenta entre milico y filósofo, no me fue difícil creer su historia.

No recuerdo mucho más de Carlos, excepto, dos episodios que pincelan sus dos facetas opuestas pero que en definitiva conjugaban su personalidad.

Llegando al final de nuestro período en París una tarde, por algún trámite nos encontramos en la oficina de administraciones de la Casa y allí, prácticamente sin conocerme personalmente, me pidió que le “diera una mano”. Había concertado una cita con la chica con la que salía pero mientras tanto se presentó otra, así que se le juntaron las dos citas en el mismo día y a la misma hora, por eso me dijo que lo suplantara con la primera, llevándola a un lugar ya fijado (no me acuerdo si era un restaurante o un espectáculo) Le agradecí cordialmente su confianza excusándome con otras ocupaciones que no me permitían hacerle este “favor”. ¡Ah! mientras me lo proponía, la “primera” mujer (la francesa) estaba a su lado, y a pesar de los guiños y otros gestos compinches de Carlos con ella y conmigo, no llegué a saber si ella estaba al tanto o no del trato de la que era protagonista.

Pero de él, me acuerdo principalmente por una exposición que en una noche de amistades ocasionales, temporarias y sin futuro, momentos “argentinos” de vino o mate, con croissants a falta de medialunas y mucha charla, hizo en el salón de reuniones de la casa Argentina. Esa noche desplegó lo mejor de él en un monólogo fantástico, con una magnífica disertación dada por un profesor de filosofía excelente, preparado, sugestivo y carismático que nos mantuvo clavados en las sillas, sillones, escuchando con atención sus palabras, sus convicciones y profecías. Algunos, posiblemente yo mismo, intentamos discutir con él, aportar nuestras ideas, pero nuestras tentativas de opinión casi enseguida agonizaban sin remedio cuando Carlos nos respondía, comentaba o nos refutaba condenándonos a mantenernos a su sombra como intelectuales aficionados que no tienen para esgrimir más que argumentos pálidos, pánfilos, inconsistentes y aburridos.

“Estamos metidos en un crisis de civilización...” era la esencia de su exposición. “Estamos en el comienzo prolongado de una crisis sin solución y sin salida. Inevitable y sin la mínima posibilidad de dar marcha atrás... Y lo peor está solo por venir, quién sabe cuantos años pasarán para poder llegar al fondo del pozo de esta crisis, y desde allí poder comenzar a remontar. Todo lo que hasta hace poco fue válido se desvanece, se vuelve inútil, inservible... y solamente entonces, cuando todo se vacíe, cuando nos quedemos en cueros, sin nada, como el ave fénix empezará a surgir algo nuevo”.

Estas elucubraciones de Carlos sobre la agonía de la civilización occidental me vinieron a la mente varias veces en el transcurrir de los años, pero, ahora, más de tres décadas después de haberlo conocido y de haberlas escuchado, desde el día del atentado contra la editorial Charlie Hebdo de París, comenzaron a exhalar desde lo profundo su significado y cualidades proféticas.

En estos días siguientes al atentado me preguntaba porqué hasta de la canilla salía a chorros el mensaje solidario "Je suis Charlie", sin entender porqué nosotros, los demás, apenas teníamos portavoces. Ellos, nosotros. La gran mayoría silenciosa que negaba identificarse con los asesinos pero tampoco con la víctima, sin sentir la mínima afinidad con "Charlie", para no llegar a ser jamás responsables de la muerte de tantos inocentes sólo por estar empecinados ciegamente en adorar a la diosa pagana de la "libertad de expresión", sin límites. Sin promover, ni imponer la "dictadura del decir y hacer lo que quiero", a toda costa y caiga quien caiga; por un lado propagar y defender una supuesta "libertad, igualdad, fraternidad", vestidos con el disfraz de la "tolerancia" de un humanismo ya deformado y contradictorio, y por el otro pisotear la dignidad de otros burlándonos de sus creencias, convicciones.

"Estamos viviendo una crisis de civilización" decía o mejor dicho profetizaba Carlos hace ya más de tres décadas... Cuando una civilización llega al máximo de su desarrollo, de sus posibilidades, y alcanzando el borde del vaso comienza a derramarse sin control, aparecen y se hacen visibles los signos de la decadencia paulatina, imparable... Se repite la historia de la torre de Babel, del no-entendimiento, de la confusión, nos ataca y atosiga la duda respecto a los valores, las tradiciones, las creencias, las estructuras sociales y los objetivos comunes. Lo que hasta ahora era básico, esencial, importante, constructivo, unía, mantenía, ataba y sostenía nuestra civilización, nuestra cultura, comenzó a perder su significado y contenido, no atrae más, no llama, no promete, no arma, no ilumina y no edifica.

Carlos acompañaba y corroboraba su alocución con datos históricos, estadísticas, causas, motivos y razones concretas. Las crisis de civilización de la historia, estuvieron enlazadas con grandes migraciones que transformaban el mapa etnológico de esa parte específica del mundo donde se iba produ-

ciendo. Y el cambio del mapa etnológico producido por las migraciones en masa, implican y llevan inevitablemente consigo el virus de la pérdida de identidad. La lucha por adaptarse por un lado, y la lucha del rechazo hacia y/o entre aquellos que no quieren o no pueden adaptarse y por eso pretenden y fuerzan la adaptación de los otros.

La migración que hace décadas ya comenzó de Oriente hacia Occidente, de los países pobres y subdesarrollados rumbo a aquellos donde deslumbra el brillo del bienestar social, encontró un terreno apto para establecerse y desarrollarse en una Europa rica en cultura e historia, pero evidentemente ya agotada y moribunda, confundida y despojada de lo que era su identidad, la que durante cientos de años siempre fue bien visible, coherente, atractiva y aceptable. Los valores humanos, sociales, culturales y religiosos que eran bandera y base de la cultura occidental, se fueron desilachando uno por uno. La lucha y la controversia irreconciliable entre izquierda y derecha, nacionalismo y socialismo, ateísmo y religión, progreso y tradición, etc., fueron consumiendo las energías del europeo "aborigen", adoptado o exiliado y enmarañados en estos desgarramientos obsesionados de ideas perdió la visión del bosque, de la realidad, del conjunto. "¿El hombre es el que está al borde del abismo y todavía seguimos hablando de como salvar un imperio?", escribía con una ironía evidentemente abrumante, algo escéptica y claramente acusadora y crítica A. De Saint Exupéry y "La base del pecado consiste en confundir una de las partes con el todo" predicaba un cura jesuita cuando hablaba de las obsesiones que conducen a la tragedia, al caos, al fracaso.

A partir de la caída del imperio romano, después de casi mil años de una Edad Media injustamente calificada de oscura, ya que ese fué el período latente de preparación, de embarazo antes de salir a la luz en el umbral del Renacimiento, la cultura milenaria de Europa llegó a ser la

cuna y sigue aún siendo la escuela de la civilización occidental desde un polo al otro, desde Groenlandia a Japón, desde África hasta Tierra del Fuego. Fue alimentada y “construida” sobre la base de dos columnas fuertes, estables y bien sólidas: una la fe, la moral y la tradición religiosa y espiritual judeo-cristiana y la otra, el derecho greco-romano. Estas dos columnas, querámoslo aceptar o no -y a pesar de los errores cometidos, los malentendidos y las malas interpretaciones-, durante cientos de años tuvieron el poder y la fuerza de cohesión entre las naciones y los pueblos que se consideraban partes o hijos de ella.

Pero ya desde hace tiempo, en parte por los ataques externos del ateísmo ultraliberal o comunista y una filosofía humanista manoseada y exaltada hasta convertirla en otro extremismo que ya no se opone más sino que depende y gira alrededor del consumismo- y sin negar sus propias debilidades, ambiciones, intereses y luchas internas, falsedades y cobardía frente a los cambios-, en muchos casos y para muchos, estas columnas quedaron sin contenido, sin su razón de ser y su poder. La iglesia cristiana, y en general la religiosidad, al igual que la concepción de una Justicia inequívoca e indiscutible, hace tiempo que fueron perdiendo su fuerza y autoridad, peor: su autenticidad. Estas columnas que siempre sostuvieron a la civilización occidental poco a poco comenzaron a resquebrajarse.

Pero desde un principio, Europa tuvo la fuerza de resistir todos los embates que venían de Oriente, en el pasado de los tártaros, moros, turcos hasta las tentativas del comunismo soviético. Por el sur, la defensa del Camino a Santiago y por el este, el desangre de los guerreros polacos, húngaros, búlgaros formaban una muralla infranqueable que permitía el desarrollo y progreso de los países de Europa central y occidental. Así, “protegida”, tuvo tiempo para ir formando su propia identidad. Y a partir del descubrimiento de nuevos mundos, el prototipo del “ciudadano” europeo ya listo y con

todo su bagaje de cultura fue desparramándose y sembrando su legajo a lo largo y lo ancho del mundo, llevando consigo todas las virtudes y aportes de progreso apareadas con los errores y defectos del conquistador.

Hoy, este hombre “europeo” moderno, principalmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, vive o –en su propio continente más bien sobrevive- arrastrando consigo dos guerras mundiales, la vergüenza de las masacres y persecuciones ejecutadas bajo el signo de la cruz esvástica y de la estrella roja y de la hoz y el martillo, la guerra fría y luego la caída del bloque soviético, impregnado por los temores y la inseguridad continua de una amenaza nuclear, la contaminación ambiental, las migraciones continuas, el aumento desmedido de la población producidas por estas migraciones -contrapuesta de una manera paradójica con la agonía de la nación a la que pertenece debido a la baja tasa de natalidad- las crisis económicas repetidas, la desocupación humillante, el capitalismo salvaje. Abrumado y manipulado por los bombardeos constantes y e inescrupulosos de los medios de comunicación, el avance vertiginoso y desbocado de la tecnología, rodeado por decenas de guerras, revoluciones, conflictos étnicos sin fin, luchas de poder político-económicos ocultos y más implacables que incomprensibles, luchas de poder indiferentes frente al dolor, la pobreza, el hambre y la desesperanza. Influidos y adormecidos además por el espejismo envuelto en papel de sueños dorados ofrecidos por la descontrolada sociedad de consumo, finalmente se apartan de las religiones, echan a un lado los ideales y creencias heredadas, el humanismo todopoderoso se viste del ídolo “YO”. El hombre occidental moderno, acunado y “criado” en Europa llegó al límite del antropocentrismo, allí donde la solidaridad, la ética, la religión y la moral ya no tienen lugar. Por no ser rentables, se convierten en palabras sin mucho sentido, o con sentido relativo ya que llevan consigo el peligro de convertirse sólo en cargas que obstaculicen la

elección y el seguimiento del camino cómodo y atractivo del individualismo onírico, la satisfacción de los deseos momentáneos y urgentes, es más, el absurdo del reclamo exigente de los derechos humanos propios, en detrimento de los de los demás.

Aquellos que buscan algo mejor, más trascendental, más claro, verdadero, o más profundo y espiritual, son convencidos o se auto convencen con modelos sociales, ideas y religiones ajenas, de culturas lejanas, atractivas por ser diferentes y exóticas, pero cuya eficiencia a nivel social, fuera de su contexto histórico y cultural no está comprobada. Rechazan lo propio, lo heredado de sus ancestros o adoptado por convicción pero en realidad, sin haberlo conocido profundamente. Sacando “un poquito de aquí, otro poco de allá” según les guste o convenga, aceptan otros modelos o creencias que tampoco conocen, pero de alguna manera ofrecen piedra libre al individualismo por sobre el bien común o por lo menos a una búsqueda que llevará a la satisfacción, antes que nada individual... o al fracaso y a una nueva frustración. Sintiendo engañados se encaprichan con el no ver lo evidente: que en este gran mercado global estos modelos, ideas, religiones o creencias ajenas o sacadas de la galera, en la mayoría de los casos también son paquetes comerciales “vendidos” como un producto que será mantenido por ingenuos, prófugos desilusionados e insaciados de la sociedad de consumo, fugitivos hambrientos de trascendencia y verdad, pero que indefectiblemente irán a “engordar” la cuenta bancaria de algunos auto-elegidos, manipuladores ambiciosos de grandeza y poder político o espiritual.

En el peor de los casos, éstos “prófugos rebeldes” -día a día en aumento-, en su hambre y sed de algo más y mejor serán atraídos por un heroísmo idealizado propuesto por religiones o movimientos políticos que en su radicalismo no dudan en apelar a la violencia y la aniquilación de aquellos que no profesan sus mismas creencias, su misma fe, como en

el caso del asesinato de Charlie, las masacres del ISIS, de Nigeria, etc... los conflictos violentos étnicos que brotan y seguirán brotando uno detrás de otro en cualquier parte del mundo provocados por intereses económicos, pero que siempre tienen la capacidad y la atracción de reclutar héroes idealistas decididos a cambiar y redimir el mundo en busca de una libertad e independencia sin rostro, indefinible y utópica.

A diferencia de Carlos, no soy filósofo, mucho menos sociólogo, historiador ni politólogo, no tengo más que ojos para ver y oídos para escuchar... Los sucesos que vivo se me van pegando con mayor o menor fuerza armando un escenario donde pruebo interpretar al mundo, sin poder evitar la subjetividad al juzgar los sucesos y sus advertencias. Y en este escenario de más de tres décadas, no puedo más que aceptar que Carlos tenía mucho de razón. Es cierto que en otras oportunidades, desde la aparición del New Age, el hippysmo, pero también con la novedad del comunismo, así como también las tendencias al misticismo despertadas por religiones orientales, no sólo Carlos “profetizaba” una crisis de cambio de civilización. Pero Carlos tampoco era gurú, ni profeta, ni sacerdote, ni político, ni tampoco vidente, ni mucho menos un ilusionista charlatán y manipulador.

No era más que un filósofo que mientras bebía con placer y hasta la última gota no sólo de la copa de vino sino todos los placeres de la vida, mantenía los ojos abiertos y la razón despierta para no perderse ni un detalle del signo de los tiempos.

Después de tantos años siento por él respeto, algo de admiración y un cariño amistoso que no pude aprovechar cuando lo conocí. En su persona veo aquello que todos llevamos adentro, el blanco y el negro, lo malo y lo bueno, la debilidad y la fuerza, el sentimiento, la pasión y la razón, el conformismo, la indiferencia y el compromiso, el tropezar y el continuar caminando... o sea, todo lo que nos hace hombres.

“Después de la crisis, de llegar al fondo del pozo volveremos a remontar, como el ave Fénix que renace de sus propias cenizas...”.

Porque, como en la leyenda del ave Fénix, el hombre tiene la capacidad de resurgir de sus cenizas, siempre lo hizo, desde el primer minuto de su historia lleva consigo todo lo que necesita para renacer y ser feliz: Fe, Amistad, Solidaridad, Bondad, Fuerza, Intelecto y Razón, Sentimiento, Pasión, Consuelo y Misericordia, Ambición, Trabajo, Arte, Sensibilidad, Confianza, Alegría, Paciencia y Tenacidad, Juego. Voluntad. Asombro, Curiosidad, Tolerancia, Aceptación... Amor.

Post scriptum

Si Carlos tenía razón... ¿qué parte de este planeta Tierra ansioso y hambriento de paz, respeto, confianza, progreso, amor y alegría será la cuna y el escenario del nuevo mundo que está queriendo nacer? Mi sospecha, presentimiento o tal vez esperanza o ilusión, es la compartida por muchos y está en estrecha relación con la visión de Rubén Darío en la advertencia que dirige en su poesía: "A Roosevelt". La constelación de las estrellas que marcan el destino de los pueblos, poco a poco se irá posando como un manto imperante y protector sobre y a lo largo de los Andes, desde el Atlántico al Pacífico mientras el reloj del tiempo, con sabia paciencia esperará el fin del desmoronamiento de la nueva Roma, allá en el Norte. Y entonces, mientras todo lo que fue se irá perdiendo entre las nieblas del pasado, amanecerá el día en que los descendientes de la "Hija del Sol" y de los cachorros del "León Español", ya maduros y más sabios, se harán cargo definitivamente de su hogar y de un futuro nuevo... y tal vez mejor.

VIII

Ancianos

Conozco algunas personas que al ver a una persona anciana afirman de ella que es linda, hermosa, elogian su piel, su sonrisa, sus ojos, etc.

A pesar de haber llegado ya al umbral de la vejez, y experimentando día a día el desgaste que ocasionan los años, a veces me resulta difícil convencerme de que esta edad pueda tener algo de lindo, de atractivo. Entonces me pregunto... ¿a través de qué "anteojos" ven lo que yo no soy capaz? ¿En qué reside o cómo llegaron algunos a tener la capacidad de descubrir belleza allí, donde no hay más que decadencia, desintegración? Con respecto a la vejez, la actitud natural y común de cualquier persona es la incomprensión, la lástima o la autocompasión y una especie de oposición y de rebeldía frente a lo inevitable. ¿Habría un hombre en el mundo que elegiría voluntariamente la ancianidad?

Si pienso en una flor, una planta, es indudable que a medida que se marchita va perdiendo todo su atractivo. ¿Acaso no pasa lo mismo con las personas?

Pero ni las flores o las plantas es más, los animales tampoco poseen alma. Sólo el hombre y muy probablemente aquí, en lo espiritual, reside el secreto de la belleza de la vejez, y también la aptitud para percibirla y aceptarla.

Hace muchos años, charlando con un amigo sobre el tema le confesé que lo único que le podría encontrar de

atractivo a la vejez, es que, según mi convicción, está en estrecho contacto con la sabiduría. Mi amigo inmediata y categóricamente negó y refutó mi tesis. Él se ocupaba mucho de personas ancianas y basándose en sus experiencias sabía que ésto no era como yo lo pensaba. Según él, en su gran mayoría los ancianos son tercos, intolerantes, egoístas, torpes, decepcionados, a veces avaros, déspotas, otras indiferentes. Es más raro y difícil encontrar un anciano sabio que a un “cuervo blanco”, afirmó categóricamente.

Según una verdad admitida por la sociedad, la sabiduría es una virtud que solo se puede adquirir con los años de vida. Pero en la realidad, esto solamente funciona si a medida que el cuerpo decae, el alma por el contrario se va reforzando y purificando. La verdadera sabiduría tiene la oportunidad de ir aumentando a medida que el hombre toma conciencia de que su vida se va esfumando, porque entonces comienza a formularse preguntas que nunca antes se había hecho y a buscar respuestas que le den sentido a lo vivido. Esto no tiene que ver siempre ni con una fe declarada ni con una determinada religión adoptada y practicada, porque la sabiduría también puede significar una relación estrecha con Dios de manera indirecta, oculta al conciente. ¿Quién puede saber y conocer el camino que tuvo que recorrer una persona para sin buscarlo y sin saberlo, llegar a estar cerca de Aquél que nunca se aleja?

Nosotros, hombres falibles enseguida suponemos que la sabiduría deriva de la santidad, pero esto no siempre es así, en todo caso es al revés... La santidad es el punto de llegada, y se llega –también– a través de la sabiduría si entendemos que ésta no significa abundancia de conocimientos ni información. La sabiduría puede derivar del sufrimiento, de muchos sacrificios, ¿pero porqué no? ¡Puede también ser consecuencia y fruto de la felicidad! Puede ser el resultado de muchos tropiezos y errores cometidos pero también de objetivos justos y logrados, de remansos de paz interior, de

momentos felices y fértiles que fueron bien y conscientemente vividos, aunque sin la influencia de una religión o de la fe. La esencia de la sabiduría en definitiva es la predisposición positiva del alma, abierta, receptora y generosa. Si mi amigo tenía razón podríamos formularnos la pregunta: ¿Por qué hay tan pocos ancianos sabios?... ¿La sabiduría no debería ser algo intrínseco a la ancianidad?

En algunas comunidades primitivas la sabiduría de los ancianos es una característica más común, evidente y notoria que en los países desarrollados, y en muchos de estos casos se hace más visible si la comparamos con una sociedad de alto bienestar. En las sociedades desarrolladas, los ancianos, por haber dedicado toda su vida, sus energías y capacidades solo para lograr más y más bienes materiales, voluntariamente desecharon la posibilidad de alcanzar la sabiduría. Según las Escrituras, la sabiduría es el estar satisfecho con lo que hay, con lo que uno tiene. Alguien no es feliz por ser sabio, sino que llega a ser sabio porque es feliz, ya que lo que tiene lo satisface, lo colma. La insatisfacción es un obstáculo y atentado contra la felicidad. El hombre que no es feliz, que se siente desgraciado, frustrado o mísero nunca será sabio. La verdadera felicidad es sentirse colmado y para el que está colmado, es mucho más sencillo encontrar y seguir el camino que lleva a la sabiduría.

Un sacerdote jesuita español, en su predicación planteaba las expectativas, objetivos y motivaciones con respecto a la vida en las tres edades del hombre: En la juventud la motivación primordial, todas las expectativas se centran en lo emocional y el instinto sexual. Entrando en la edad madura domina más la razón, y la motivación más fuerte y el objetivo principal es ganar más dinero, el logro de los bienes materiales. Finalmente ya en plena madurez, antes de entrar en la vejez, el hombre tiene el primordial deseo y objetivo de lograr poder. Hasta el siglo XX estas motivaciones eran casi específicas casi exclusivamente en los hombres, pero con la

aparición y el auge del feminismo, también llegó a ser una característica de las mujeres. Pero estas motivaciones tienen, en principio, su base natural y positiva, son justas, aceptables y necesarias ya que en la juventud la primacía de lo emocional y del instinto sexual es imprescindible para la búsqueda de la pareja, la formación de una familia y la procreación que también será importante para la sociedad de la que forma parte. La motivación del dinero y de los bienes materiales también es justa porque su objetivo es asegurar la supervivencia y bienestar propio y de su comunidad, ya sea familia, sociedad, nación.

Finalmente la raíz de la motivación del poder tampoco es negativa porque está relacionado con el desarrollo, la valoración y la aplicación de las cualidades y carismas personales, de la creatividad, el poner de manifiesto y el uso del talento propio. Es justo que aquel que sabe y puede más guíe, dirija y enseñe a los demás, en la comunidad familiar, de trabajo, educacional, deportiva, religiosa, recreativa, política, etc. Siempre hay alguien que por sus capacidades, conocimientos y experiencias está un paso delante y siempre habrá otros que vienen detrás. Así se forma una jerarquía que asegura el funcionamiento de una comunidad. La jerarquía es el marco y la estructura necesaria para el uso correcto del poder. Es así que estas motivaciones y objetivos que se van presentando en las tres edades del hombre para beneficio propio y de la comunidad, en mayor o menor grado ya están codificadas desde un principio en cada persona, no como algo negativo sino imprescindible para el desarrollo propio y de la humanidad.

Lamentablemente, por lo general, del uso se pasa al abuso de estas motivaciones, los objetivos se transforman en ambiciones personales, se atrofian ya que no se dirigen también a los demás, para bien de la comunidad, sino solo para satisfacer al ego. De ahí la gran diferencia entre la sabiduría lograda (la belleza de la ancianidad que se trasluce hacia

afuera) y lo vano, lo infructífero y efímero que en definitiva determinará el vacío espiritual, la opacidad del alma.

En las sociedades occidentales ególatras y de consumo, vemos el abuso en muchos casos sin control de estas motivaciones y objetivos intrínsecos de la persona. No le interesa o no puede llegar a adquirir la sabiduría porque, mientras abunda en bienes materiales, sigue insatisfecho y quiere tener cada vez más, pero paralelamente en su interior aparece el hastío, su espíritu se vacía y va perdiendo su brillo día a día. La peor consecuencia de esta actitud errónea, la más negativa y pernicioso es si queda como ejemplo y herencia para las nuevas generaciones que la adoptarán como normal. En cualquiera o en todas las edades, el hombre se sentirá insatisfecho y para lograr lo que le falta, no tendrá más "remedio" que tratar de alcanzarlo pisando y atropellando a los que considera se interponen en su camino. El talento, las virtudes, la preparación, el trabajo y las capacidades no son las que van a determinar la jerarquía, sino las ambiciones propias descontroladas, la fuerza, la violencia y la mentira. Al abusar de estas últimas motivaciones, al joven en desarrollo no le quedará espacio ni posibilidad para ampliar y profundizar sus aptitudes y virtudes positivas y naturales, en consecuencia habrá un vacío en la sabiduría por alcanzar, y con el pasar de los años se volverá prematuramente anciano, decepcionado, intolerante, egoísta...

Si desde temprano prestáramos atención en valorar, luego progresar usando en armonía las tres motivaciones de cada edad, también de una manera natural avanzaríamos hacia la sabiduría. Mientras el cuerpo se va envejeciendo y declinando, el espíritu a la inversa va colmándose, se dilata, se purifica y rejuvenece, abriendo un camino cada vez más amplio y directo hacia la sabiduría. Si alguien descubre la belleza en los ancianos en cierto sentido, también da fe de una cierta sabiduría que no se acomoda a ninguna edad, porque de manera inexplicable, a través y más allá del enve-

jecimiento físico es capaz de percibir, contemplar más en profundidad y admirar la belleza, aunque todavía oculta, del alma que a pesar de todo siempre ansía y tiende a la sabiduría. Si es así, “esta belleza interior se expresará también en lo corporal. En el aspecto natural y en la actitud. No será necesario vestirse de lujo, ni forzar ningún cambio corporal porque el anciano así es bello, naturalmente bello”.

IX

En un año nuevo

Siempre observé que las personas -en general- independientemente de su personalidad se dividen en dos grupos según la actitud que adoptan frente a la vida. Están aquellos que casi sin excepción, todo lo planifican de antemano en todos sus detalles y están los otros, lo contrapuesto, los que viven siempre improvisando y sin pensarlo previamente se zambullen de cabeza en cada nuevo momento, situación o relación que se les presenta día a día. Ahora que ya camino por los sesenta, habiendo dejado atrás la gran parte de mi vida, puedo aceptar fácilmente que pertenezco al segundo grupo. Siempre improvisé, dejé que me arrastrara la corriente que pisaba. Y no tengo porqué quejarme, porque sé que todos los ríos vienen de Dios y vuelven a Él.

Y por experiencia, también llegué a comprender que en este "Let it be" se esconde una trampa que puede ocasionar momentos desagradables.

Por ejemplo, recuerdo mi último examen para lograr el diploma de profesor de música. Mi profesora A. T., una compositora y pedagoga reconocida y sumamente preparada, era siempre muy precisa y consecuente, exigente con ella misma y con sus alumnos. El examen consistía en dar una clase de música en algún colegio de algún lugar ya olvidado de la ciudad de Buenos Aires, delante de una mesa examinadora de la cual por supuesto formaba parte mi profesora.

Cuando le presenté la planificación de la clase ella meneó negativamente la cabeza mostrando su desconformismo, previniéndome que a pesar de ser una buena planificación, siguiendo al pie de la letra lo esbozado me iban a quedar varios minutos vacíos. Como yo era perezoso para volver a hacer, corregir o completar la planificación le respondí que en ese caso iba a improvisar. Claro que a ella no le gustó mi respuesta e intentó convencerme de que éste último examen no era ni el momento ni la situación apropiada para improvisar. Pero por terco y porque confieso que además siempre sentía cierto placer escondido en llevar la contra a mis profesores, dejé la planificación como estaba.

El día del examen entré en la clase con la plena y abrumante sensación de que en ese momento me gustaría estar en cualquier parte del mundo menos allí, es más, en esa época lo que menos quería hacer en mi vida era enseñar música. Pero apenas comenzada la clase comencé a sentirme como pez en el agua, el canto, el ritmo, los movimientos, la alegría, todo era un juego divertido y fácil de jugar. Así pasó casi toda la hora, hasta que llegaron esos minutos previstos por mi profesora, cuando se me empezaron a acabar las municiones. Era como un corredor de *Fórmula Uno* al que se le acaba la nafta justo antes de llegar a la bandera de cuadros, mira para todos lados buscando una gasolinera pero el auto se le va frenando irremediablemente. Me agarró algo parecido al pánico, pero por suerte este tiempo vacío no fué largo y de alguna manera, no me acuerdo como, pude terminar mi clase. Cuando recibí la libreta de calificaciones de manos de mi profesora ella, siempre rigurosa y consecuente no evitó el dirigirme un reproche claro y directo, algo así... “Bien, no estuvo mal, pero como le previne, en los últimos minutos se lo vió a usted confundido y sin idea de como completar y resumir la clase. Primero hay que planificar al detalle y a partir de allí si quiere puede comenzar a improvisar, no al revés”. Recibí de ella una calificación que sentí

inmerecida, demasiado alta recordando esos minutos de inercia y sensación de desamparo, el rostro medio curioso, medio confuso y burlón de los niños.

Ahora, ya bien dentro de los sesenta, mirando para atrás veo que no cambié nada, y que en todo el camino transitado hay innumerables marchas en vacío debidas solo a que no las planifiqué en detalle y después tampoco tuve el suficiente talento ni ganas, aire o energías para completarlas, perfeccionarlas.

Y me hago la pregunta de si hubiese valido la pena cambiar esta actitud. Mirando retrospectivamente pienso que sí, debería haber cambiado. Pero hoy ya no.

Y no me quejo, la corriente me sigue llevando y yo no me resisto, porque de una manera u otra todos los ríos de la vida vienen de Dios y vuelven a Él.

*“...Te dejaré esta cárcel de recuerdos para que cargues tú
con mis insomnios y una huella de pasos en la arena”*

(Oscar Salas)

X

La silla de Lucía

“El aporte que todo ser humano ha hecho, realice o debe hacer para la formación y conformación mediante la Cultura, las Artes y el Deporte, etc. es como algo perenne desde su origen al valor eclíptico en el tiempo”.

Miguel Angel Silva

(Artesano, creador de los logos de

la Agrupación Coral de Carlos Paz y de la revista La Alcuza)

Una tradición supersticiosa que, al igual que tantas otras, combina la religiosidad cristiana con elementos paganos y que es conservada hasta hoy en día por muchos países de Europa del este es, “La silla de Lucía”. En realidad se trata de un banquito de madera bajo que se debe preparar para el día de la santa, el 13 de diciembre. Hasta finales de la Edad Media, este día fue considerado en el hemisferio norte como el más corto del año, hasta que con el nuevo calendario atribuido al Papa Gregorio XIII, en el siglo XIV, según los estudios astronómicos de la época, el día más corto con su noche más larga y oscura pasó a ser el del solsticio de invierno, o sea el 21-22 de diciembre.

La tradición tiene otras connotaciones relacionadas a este día, como por ejemplo que entonces no se debe realizar ningún trabajo manual como entre otros, hilar, cocinar, lavar.

Tampoco está recomendado prestar dinero o cualquier otra cosa a nadie, en ese día también se puede predecir la cosecha de trigo de la próxima primavera, etc.

“La silla de Lucía” (Luca szék o Luca széke) tiene que soportar el peso de un varón adulto, para que él, subido a ella, en la iglesia pueda reconocer a las brujas entre todas las mujeres.

Hay variaciones que tienen cuatro patas, pero la auténtica “silla” tiene sólo tres y el asiento puede ser de forma redonda o rectangular.

Aquel que prepara una auténtica Silla de Lucía debe ser muy hábil, elegir bien la madera apropiada y prestar atención al armarla ya que teniendo solo tres patas, éstas deben estar proporcionalmente tan bien distribuidas que el hombre que se pare sobre ella pueda conservar el equilibrio mientras busca y reconoce entre los grupos de mujeres devotas quién es o quienes son las verdaderas brujas.

En una clase de música, con un tercer curso de bachiller del colegio San Emerico de Budapest nos metimos en aquello que siempre me atrajo en mi profesión de docente... la charla distendida, confiada con los alumnos. El cambio de opiniones dejando de lado la materia, el tema del día, las notas, calificaciones, pruebas. El tema de la discusión fue provocado por uno de ellos cuando cuestionó el valor artístico de una obra musical. ¿Cómo sabemos qué es una verdadera obra de arte? ¿Cómo la reconocemos como tal?”.

En principio me quedé un poco confuso, ya que éste no es un tema fácil, mucho menos para hablarlo con adolescentes siempre dispuestos a la rebeldía, a la búsqueda de nuevos caminos y repuestas diferentes. Finalmente decidí zambullirme de cabeza en el tema, no decir nada que ya figurase en los libros sino solamente sacar de mí aquello en lo que creo. Les formulé mi pregunta: “¿Alguno de ustedes estuvo ya enamorado o enamorada?”. En medio de un mar de sonrisas, gestos, susurros, palabras que demostraban algunas,

autosuficiencia, otras ironía, incredulidad, confusión o aburrimiento, me di vuelta y escribí en el pizarrón pentagramado tres palabras: “Dios-Arte-Amor” logrando con esto el silencio y la atención momentánea del grupo. Cuando pude comprobar que todos estaban a la expectativa esperando una explicación, volví al pizarrón y debajo de esas tres palabras agregué: “Los síntomas son los mismos”.

Luego aclaré lo escrito “El que estuvo enamorado ya conoce los síntomas, el que todavía no, seguro llegará el día en que los va a experimentar. Presten atención a los síntomas, porque en la proximidad y en el encuentro con el amor, en la proximidad y en el encuentro con Dios y en la proximidad y en el encuentro con el Arte, en principio, los síntomas son los mismos”.

¿Síntomas? ¿Qué clase de síntomas? ¿Son físicos, emocionales, espirituales? Todos por separado y todos a la vez. Unos más, otros menos, a veces a pleno, otras de manera más difusa, pero siempre inexplicables, irrepetibles, indescriptibles y además... no quieren darle ningún lugar a la razón.

Me acuerdo de “La Silla de Lucía” cuando pienso en el triángulo “Dios, Arte, Amor”. La relación de tres patas distribuidas de tal manera que proporcionan un equilibrio perfecto. Porque para conservar el equilibrio en la silla es preciso ubicarse justo en el medio del asiento ya que deslizarse hacia lo bordes puede ser fatal, la silla se inestabiliza, el hombre cae y pierde la oportunidad de ver y encontrar lo que buscaba.

Algo así pasa en la vida con respecto a estas tres “áreas” que nos la rigen, acompañándonos desde el despertar de la conciencia hasta que nos despedimos de este mundo. En este equilibrio perfecto y armónico, una de las patas puede ser la espiritualidad, la que tiende siempre más allá, más arriba hacia el cielo y también escarba en lo más profundo, tan adentro que llega al umbral de lugares recónditos que ni

siquiera conocemos. Otra pata puede ser el Arte, entendiendo el arte como los antiguos sabios griegos, que no hacían distinción entre Arte y Ciencia... Curiosidad, creatividad, investigación, búsqueda, trabajo, perfeccionismo...

Y la tercera pata, el "área" de las relaciones humanas, los sentimientos y las emociones, que siempre quieren evadir, huir o enfrentarse con la razón y con el espíritu, aunque finalmente ninguno puede dejar de depender del otro. Espíritu, Razón, Sentimiento... o Emoción.

Tres patas para el equilibrio, con una plancha (el asiento), que las une y las sujeta a las tres con la misma tensión, con la misma fuerza las sostiene y se deja sostener por ellas, sin resaltar ni relegar en nada a ninguna. El punto común central y convergente del conjunto es el Misterio, lo inexplicable, lo indescifrable. Misterio en el reconocimiento de Dios, en la relación personal con Él. Misterio en el reconocimiento y la conexión personal con el Arte y Misterio en el reconocimiento y la aceptación del Amor, de persona con persona. Dios es Misterio, el Arte es Misterio, el Amor es Misterio. ¿Y cuándo aparece en nuestras vidas Dios, el Arte y el Amor? La siguiente pregunta. No lo podemos provocar ni prevenir, ni tampoco predecir pero cuando aparecen, por sí solos, entonces experimentamos que los "síntomas" son los mismos... o muy parecidos, únicos, indescifrables, incompatibles, inexplicables a través de las palabras. En los tres casos la experiencia, aunque la compartamos con otros, siempre queda Personal, Única, Íntima.

Empecé a escribir sobre los años vividos en Villa Carlos Paz, y me quedé varado en "La Silla de Lucía", sin duda esto tiene su motivo y su explicación. A propósito de la pregunta de mi alumno sobre el Arte es que vuelvo atrás en el tiempo más de treinta años y rescato precisamente de esa época y de ese lugar ese período decisivo de mi vida cuando empecé a hacer Música ya no solo como parte de algo, sino como el de aquél que comienza su tarea de intentar conducir a otros

hacia ella, enseñando, reconociendo, reuniendo, unificando. Todo lo anterior fué preparación, aprendizaje, entrenamiento, pero esos años vividos en Villa Carlos Paz, -con el trabajo y los encuentros, con el reconocer a aquellos que rondan el misterio y compartirlo juntos, enseñando los primeros pasos desde el jardín de infantes hasta las experiencias de explotar lo máximo de la música con amigos más o menos cercanos- fueron el comienzo y el desarrollo de la madurez artística, profesional y docente.

Antes, sólo después de haber terminado los largos años del Conservatorio pude captar algo del Misterio y del poder que la música ejerce en mí. Recuerdo que una vez finalizado mi primer concierto con el coro de Arquitectura, ya rondando los veinte años, como en el despertar de un sueño, observé que había cantado los motetes de Bach, los madrigales de Monteverdi con los puños cerrados, crispados... Al bajar del escenario vi que tenía las marcas de las uñas clavadas en la palma de mis manos. La música me había llevado a un estado de éxtasis, a unas alturas y profundidades que hasta entonces nunca había sentido ni experimentado, y esta vivencia me regaló también la curiosidad por reconocer entre muchas personas, artistas u obras portadoras del mensaje, a aquellas que están poseídas por el Misterio. En esto, de alguna manera todos nos vamos reconociendo como miembros de una secta secreta. Es cierto que en este reconocimiento puede haber mucho de subjetividad, digamos que para que se produzca el encuentro deben concordar ciertas vibraciones que son invisibles a los ojos, no captadas por la razón.

En Carlos Paz estas experiencias comenzaron a brotar concientemente, más bien fueron vivencias de reconocimiento y encuentro... Poco a poco, paso a paso, persona por persona, un amigo, un alumno... y otro y uno más... Niños, jóvenes, mayores, mujeres, varones, madres, padres, hijos... colegas, comerciantes, profesionales, artistas, emple-

ados, deportistas... y entre tantos rostros siempre alguno para "reconocer"... Entre ellos, el más pequeño, David del jardín de infantes, hijito de la maestra Marisol, el niño que me despertó y me indujo a componer canciones infantiles como un intento todavía no del todo conciente de construir un puente apto para el encuentro... El encuentro del niño y el adulto que siempre llevará adentro, la mayoría de las veces olvidado, al niño que alguna vez fue.

Un coro, como cualquier otra comunidad que se va formando y tomando cuerpo alrededor de una actividad artística, está compuesta por muchas personas diversas, diferentes unas de otras.

Pero entre ellas, entre todas las que tocando, cantando siguen los movimientos de mi cuerpo y de mis manos, mi gesticulaciones, siempre es posible reconocer dos-tres-cuatro que captan ese algo del que no tengo mucha conciencia, -porque la razón lo entiende solo a medias- pero, de alguna manera, no sé como, puedo transmitir sabiendo y sintiendo que ellos también lo captan o lo poseen aunque tampoco sin saberlo. Así, entre ellos y yo se va armando la obra de Arte musical que a su vez transmitirá su mensaje a los que la escuchan y así, juntos vamos sintiendo y compartiendo personalmente, en lo íntimo los mismos "síntomas".

Atilio Micheloud, uno de los fundadores y promotor de la Agrupación Coral, Rodolfo Kosfelder, las hermanas Rigazio, Alfredo Luján, Jorge Bonzano, Janin, la familia Merschon, Eusebio, Pedro, Daniel, Olga, Thelma Gasparetti, la nicaragüense, Norberto Lercari y su violín, Segio Zecchin con sus "locuras" lindas, sus tallarines y "lepre a la cacciatore"... Tito Ilardo (tango y chamamé!)... Y Don Hugo Hornos (¡qué grande!) músico, amigo, compadre y protector. Su sabiduría simple y sencilla pero siempre efectiva se reducía a dos frases. Cuando quería animarme o consolar me decía palmeándome la espalda: "Siempre que llovió paró", y cuando veía que estaba complicando las cosas y me embro-

llaba decía la otra: "Andá a peinar fideos!". Leo Grisoni armando su familia y sus sueños de una fábrica de dulces y alfajores de la cual sólo tenía listo el nombre: "El Nazareno". El cura Juan Rossi y de él la motoneta Vespa que había traído de Italia en barco y que luego pasó al hermano de Marisa Cei, pero algo mucho más importante y decisivo que fué el empujón que me dió para volver a la religión.

En los principios, la época pionera en "la Carpita" con Víctor Cornejo, la mano y el corazón generoso de la señora Blanca Estrade... hacia el final del ciclo los trabajos comunes con Lisandro Selva, y la revista "La Alcuza" condenada desde un principio a vivir apenas.

Paralelamente al mundo artístico, en el mundo de la enseñanza el primer paso en el IES (hoy IESS) con el conjunto de flauta dulces y guitarras. Luego la parroquial. Años de guardapolvos blancos, rosados o marrones, pantalones y polleras grises y sacos azules; algunos alumnos que se hicieron amigos y con los que el destino y la técnica nos permitió reencontrarnos, después de una eternidad y a pesar del océano inmenso, en el campo virtual del internet... Y si lo quiere Dios, como lo quiso en aquél 2012, fundirnos en un abrazo en la calle principal de la Villa. Clases, fiestas y campamentos. Canto, música y charlas. Y en este mundo siempre brilla la personalidad de una mujer sabia, Mirka Rosanigo, una de esas personas que en toda una vida nos sobran los dedos de una mano para contarlas. De esas que nunca pudimos tutear, por respeto a su persona y a lo que sabe, porque vuela alto. Los maestros y maestras colegas, muchas mujeres y pocos varones, Ricardo Rossi (parecíamos el gordo y el flaco), en todos y en cada uno también tesoros para extraer, aprender e incorporar.

Podría seguir escribiendo nombres, evocando rostros y momentos en este jardín colorido y frondoso, como en un desfile imaginario que va saliendo del túnel de un pasado de más de diez años de amistades, canto, ensayos, charlas, vino,

mate, asados, empanadas, conciertos, alegría, diversión y trabajo. Y en ese jardín o mejor... en ese cielo azul cordobés lleno de estrellas ahora, recordando y escribiendo de la Villa, quiero rescatar sólo tres que pueden resumir y abrazar a los recordados pero también a los olvidados. Tres que titilan dentro mío por haber compartido juntos algo muy especial del misterio de la música y de la vida.

Juan Carlos Airasca, y el jamás olvidado Raúl Ávila son dos. Y Pablo. Porque a pesar de no haber tenido con él una relación amistosa tan estrecha, ya entonces pude reconocer en él lo que algunos llaman "chispa divina", el talento. Lo testimonia una tentativa de artículo que escribí en el periódico Bamba en setiembre del 1977: "...el punto más alto del recital lo alcanzó así en la primera como en la segunda parte, el joven Pablo de Giusto. Fue lo mejor en sonido, en limpieza, en interpretación y considerando todo ésto más la soltura con que encaró todas las obras, se puede adivinar en él a un futuro concertista".

Juan Carlos. No hay altura, ni largo ni ancho, ni físico capaz de albergar por completo su pasión y afinidad con la música, ni a un corazón de amigo verdadero latiendo siempre con un humanismo auténtico, sensible y respetuoso que tanta falta nos hace... Y al mundo. Nos reuníamos en su casa con Raúl y Flavia para ensayar y experimentar el jugar con la música. Jugar y tantear hasta donde nos deja y hasta donde somos capaces. Allí y con ellos comenzamos a cantar y armar el ciclo de Canciones para Niños de Hoy. Joe Vega preparaba los dibujos logrando representar en ellos al niño y al adulto al mismo tiempo. Todo se complementaba y fluía en el hogar de Juan, rodeado de sus teclados y amparados por su tranquilidad, confianza y optimismo, la serenidad y parsimonia que irradiaba su persona.

La música, Juan, su antiguo coche negro impecable... y su padre. Recordando las pocas veces que los vi juntos pienso que la relación de Juan con su padre era muy parecida a su

relación con la música, amor, respeto, reconocimiento y por sobre todo y a pesar de todo: armonía.

Cuando volví a verlo pasados 25 años, en el 2012, pude ver que mi amigo Juan no cambió, los golpes que siempre nos da la vida lo pudieron haber raspado, pero él quedó en pie en una especie de zona de inocencia y equilibrio interior donde nos espera y nos alberga.

Un adulto “buenazo” con corazón de niño, alguien al que es bueno mirar, dejar que nos mire, abrazar, dejar que nos abrace, hablarle y dejar que nos hable... Estar con él sigue siendo como estar remando en el medio de una laguna serena, siguiendo con los ojos el vuelo de los pájaros, sintiendo aleteos de mariposa, lluvia y brisa suave, rayos de sol indulgentes. La música de Juan Carlos es aquella que nace de la tierra y de la naturaleza... no pretende grandes salones de concierto, ni virtuosos divos impagables, ni orquestas sinfónicas, melodías, armonías y ritmos complicados e ininteligibles, hombres y mujeres vestidos de gala, aplausos, fama, comentarios periodísticos. Está bien como es. Música viva para hombres que realmente están viviendo. Fluye como un manantial, revolotea como un pájaro, calienta como el sol. La música de Juan es la naturaleza mansa y alimenticia, el baile gratificante, el agua que refresca, la alegría serena, la sonrisa sincera. La música de Juan está despojada de todo lo que es artificial y superfluo, porque siempre conserva algo de puro y natural, pero amansada y trabajada para que pueda llegar al oído transmitiendo su esencia y su origen. Al separarnos por primera vez, hace tanto tiempo, Juan Carlos quiso “heredar” mi atril doble de madera. Veintiséis años después en su casa, charlando y compartiendo pizza y vino con Marta, su mujer y su hijo alrededor de la mesa en un momento me dice: “Vení José, te quiero mostrar algo” y me condujo a su “rincón de trabajo”. Allí estaba el atril, impecable, como testigo silencioso e inmóvil de épocas hermosas y fructíferas de música y amistad.

Pablo de Giusto, el talento que está predestinado para desarrollarse continuamente intentando alcanzar su destino de perfección. La música de Pablo es el árbol que primero es semilla y poco a poco, centímetro a centímetro se va extendiendo a lo alto y a lo ancho... Nadie sabe hasta dónde, porque tiende hacia arriba queriendo tocar y abarcar el cielo. Siempre más y mejor, es la música que tiende al virtuosismo, a extraer de sí y del instrumento lo máximo posible, pero también lo imposible, sin límites, como yendo en un camino que lleva a algún lado, que sabemos que está, pero que no conocemos ni nunca llegaremos a conocer por completo. Pero seguimos igual porque sacamos fuerzas de las estaciones que vamos encontrando en ese camino. Estaciones de logros, de nuevos encuentros, de reposo y de esperanzas, de nuevos manantiales capaces de calmar la sed de más y mejor.

La tercera estrella. Raúl Ávila. Hace mucho tiempo que se fué, pero por haber sido como fué y lo que fué, nunca perderá nada de su brillo. Joven, vital, con algo de rústico y ancestral pero con elegancia y estilo. La combinación perfecta. Bello. Por dentro y por fuera. Si recuerdo bien, su familia había llegado a la Villa desde el Chaco y tuve el honor de conocerlos. Gente simple y sabia, honesta, trabajadora, acogedora, amigable y generosa. Unida. Familia con mayúscula. Raúl, a pesar de llevar la carga emocional de su hermano mayor desaparecido trágicamente en los tiempos de la dictadura y represión, nunca dejó de derrochar energías, compartiendo con todos su energía física y fuerza interior. Murió demasiado temprano sin poder alcanzar a ser lo que más ansiaba: músico, percusionista profesional. Cuantas veces me lo dijo!. Mirándome a los ojos me lo pedía: "¡Quiero ser músico, enseñáme José!". En el coro cantaba, en los conjuntos también tocaba la batería u otros instrumentos de percusión. Abrazaba todo lo que era vida, por eso estoy seguro que la de él, la propia, en su trágica brevedad fué más inten-

sa y completa que la de muchos otros que conocí y que se conformaron con vivir en un estado continuo de larva, sin querer llegar o atreverse a ser nunca mariposas, sin pasiones, sin dudas, sin luchas, sin ambiciones, sin fracasos por no querer triunfos, sin tormentas.

Si estar con Juan Carlos es como remar en un lago sereno, con Raúl era como estar en un bosque semisalvaje lleno de movimientos, sonidos, colores... Él era el viento que remonta los barriletes, el águila joven y audaz volando alto y libre, el galope de un potrillo sin domar, el arroyo que desciende veloz e impaciente de la montaña sintiendo el placer de ir encontrando el rumbo chocando contra las piedras, dibujando serpentinatas vertiginosas en su camino al mar.

Raúl y yo éramos muy diferentes. Yo ya en pleno camino y estructurado, limitado entre familia y trabajo, él en cambio apenas en el principio y todavía sin rumbo fijo, sin otras ataduras que las que él elegía, pero nuestra amistad era cariño y aceptación, no daba lugar ni para interrogantes ni para grietas.

Pasó mucho tiempo, pasaron muchas cosas, y todavía lo veo a Raúl subiendo al escenario para tocar la batería en la presentación de las "Canciones para niños de hoy", la última vez que hicimos música juntos. Ya estaba muy enfermo, hinchado y limitado en sus movimientos por la medicación contra los dolores que lo atormentaban. Lo subieron sosteniéndolo de cada lado porque él no quiso dejar esa oportunidad de tocar, de hacer música agregando a las melodías, a las armonías, al canto la fuerza y el sostén de su ritmo. Antes de la operación que llevaba en sí la esperanza, tal vez pequeña pero real, de una curación definitiva, un día domingo por la tarde, vino a visitarme a la casa de mis padres, en la calle Córdoba, a los pies de la sierra. Por algún motivo, tal vez bajo los efectos de los analgésicos, con dificultades, pero pudo manejar el auto hasta casa. Vino con su madre a charlar, a despedirse. Al marcharse, antes de subir

al auto miramos juntos el espectáculo tan sugestivo como incomparable de la Villa al atardecer extendiéndose bajo nuestro... En la lejanía, Los Gigantes como una muralla vigilante y protectora, y un sol fatigado recostándose sobre las cumbres como cuando antes de cerrar los ojos y entregarse al descanso el enamorado abraza a la mujer que ama. Raúl me extendió su mano, nos abrazamos y mirándome a los ojos pronunció las últimas palabras que escuché de él: "Chau José Luis, tal vez esta es la última vez que veo esto tan hermoso". Su corazón gastado por los medicamentos y los dolores no aguantó la operación. Más tarde supe que sí, podría haberse curado definitivamente si su corazón no lo hubiese traicionado.

Pero evocando a Raúl guardo lo mejor de él. Cuando venía al departamento de la calle Irigoyen y levantando en cada brazo a mis dos hijas pequeñas bailaba con ellas frenéticamente, los tres riendo a carcajadas. pura alegría, pura vitalidad, energía, fuerza y movimiento... Pura Música. Veo su cabello negro azabache medio largo y ondulado mezclándose libremente en el aire con el rubio de las dos niñas, ellas a los gritos, en éxtasis absoluto, girando y girando sin querer parar jamás. Dos pequeñas niñas felices bailando en los brazos fuertes, morenos y seguros de Raúl.

Juan Carlos, Pablo y Raúl como las tres patas de una "Silla de Lucía" mía, personal, privada. Si me ubico en el centro de esta silla puedo percibir y reconocer algo del Misterio. Tres personas que resumen y completan todo lo que viví en Villa Carlos Paz y también todo lo que creo sincera y plenamente sobre el Espíritu, la Razón y el Sentimiento.

Sobre el Arte, sobre Dios y sobre el Amor. Sobre la música, la amistad... y sobre la Vida.

XI

Arte y Pálinka⁷

A través del mundo virtual del Internet me enredé en una discusión necia e infructuosa con un amigo sobre el arte. Comenzó con una específica "Obra de Arte" que mi amigo juzgó magnífica, espectacular. Yo en cambio la encontré simplemente desagradable, vacía y tan pretenciosa como insustancial.

Pero pensándolo bien, en realidad la discusión no fué tanto sobre estas dos maneras contradictorias de juzgar una obra, sino sobre el argumento machacado constantemente por algunos de que "todo es relativo".

Acepto que hay algunas personas que en cualquier manifestación creativa logran descubrir y aceptar, valorar presuntas verdades, y también puede ser que estas personas caminen más adelante o más arriba que yo. Pero entre ir más adelante o más arriba prefiero caminar en claro y más seguro, porque si en la apreciación todo es relativo, para que definir ni determinar nada, mucho menos al Arte? Reconozco que para mí es muy difícil, imposible comprender a alguien o hacerme comprender por alguien que argumenta y apela siempre al relativismo. Para colmo, cuando esa persona enarbola al relativismo como argumento básico

7_ Pálinka: Aguardiente de frutas.

y principio absoluto. Al relativismo lo veo como un laberinto al cual es fácil entrar pero de donde es muy difícil salir, ya que continuamente encontramos todo tipo de encrucijadas y contradicciones que no conducen a un destino definido. No hay indicadores de dirección, no hay modelos, agarraderos, no hay puntos de partida ni de llegada. En este laberinto, la verdad (o verdades) también es (son) relativas, en definitiva la verdad como algo absoluto, no existe. ¿Pero, si no existe, ¿para qué ocuparnos de ella?

Al relativismo sólo puedo definirlo e interpretarlo desde fuera de mí mismo y visto desde arriba, digamos teóricamente, pero la vida y mi vida se edifica más bien sobre los principios absolutos y no sobre lo relativo. Gracias a los absolutos, sé de donde vengo y hacia donde voy, cuál es mi meta y cuáles mis objetivos. Los absolutos me dan fuerza, me forman, me dan lucidez y en definitiva la calma y la confianza para continuar mi camino.

El problema más grande con el que tropiezo respecto a ciertas obras de arte, es ver su “espectacularidad”, faltándome los ¿por qué? y los ¿para qué? No encuentro el mensaje ni la razón de ser. No encuentro esa esencia tan simple que a pesar de ser impalpable e incomprensible, es a la vez perceptible y le asegura la “eternidad”. Le falta la aspiración hacia la perfección y la permanencia. ¡Ya lo sé! Nadie sabe qué es la perfección. ¿Quién la puede definir?. Pero si existe algo perfecto, su núcleo, tal vez invisible a los ojos e inaprensible es lo que dará señales de su permanencia, señales de que sí sobrevivirá a su creador. Este núcleo es muy simple y sobre él se edifica la Obra de Arte. Los aderezos, adornos y vericuetos de la estructura se apoyan, se sirven de este núcleo y a la vez lo sirven. Por ejemplo: el tema de una fuga de Bach, de una melodía folklórica, el espíritu de un texto que trasciende su estructura, la magia del movimiento de ese bailarín, el centro de una pintura, son precisamente ese núcleo, del que ni siquiera nos damos cuenta pero que es el

que cautiva nuestra mirada y nuestra atención, porque es el que dá sentido a toda la composición, a la Obra de Arte. Ya lo sé! es difícil definir qué es el ARTE, qué es una OBRA DE ARTE, pero a pesar de esto, no podemos cerrar la discusión con un ademán de dimisión: todo es relativo. ¿Puede que sea y puede que no? En algún lugar leí una definición simple y acertada del Arte: “el poema o la canción son auténticos cuando son amor u oración”. El amor y la oración no son relativos. Este callejón sin salida mío del relativismo y del arte, me hace acordar al aguardiente. Este verano también preparé aguardiente de frutas.

Para lograrlo, hay que juntar en el jardín todas las frutas que cayeron del árbol y que ya están incomibles. Si ya comenzaron a pudrirse... mejor. Hay que ponerlas en un barril y según la calidad original de las frutas, agregarles poco o más de azúcar. Durante meses hay que revolverlo, sin dar importancia al asco de colores y olores sospechosos, gusanitos esporádicos. De vez en cuando, hay que meter el brazo hasta el hombro para machacar los pedazos grandes. Cuando llega el otoño y vemos que alanza su máximo de fermentación, lo llevamos a la destilería del pueblo donde meten el contenido del barril en una caldera hirviente. Esperamos horas y horas hasta que, en un canuto de vidrio vemos la maravilla: la primera nubecita de vapor que poco a poco se va convirtiendo en una gotita limpia, cristalina y brillante. La gotita comienza a bajar lentamente por el canuto en su largo camino rumbo al paladar. El fuego rescató de la podredumbre y redimió lo único noble que encontró: el azúcar y el aroma... Esta gota cristalina y purificada es la esencia de la obra de Arte, es lo que da sentido a todo lo que usamos para lograrla. Si no hay gota visible ni palpable, queda sólo un rejunte de cosas tal vez muy espectaculares, llamativas y excitantes, pero sin futuro. Porque tal vez no podemos explicar qué es el Arte, pero seguro que es perdurable, sobrevivió a su creador, nos sobrevivirá a nosotros y a nues-

tros descendientes. El trabajo del artista creador se parece a la preparación del aguardiente. El artista observa, siente, experimenta, encuentra, junta, selecciona, acepta o rechaza lo que hay en el jardín que es la vida. Luego pone lo suyo, lo propio... viene la mezcla, el trabajo y finalmente el fuego purificador. Y poco a poco aparecerá, o no, esa gotita maravillosa. Porque siempre queda la pregunta: ¿en esa mezcla de lo juntado y de lo propio, encontrará el fuego la semilla digna de ser rescatada para convertirla luego en una Obra de Arte?

INTERLUDIO

Meditación...

*Hay veces que siento un solo deseo.
Me gustaría salir de este mundo sonriendo y reconciliado. Lenta
y dócilmente disiparme como el humo de un cigarrillo
hasta desaparecer sin dejar ningún recuerdo
ni huella detrás mío.
Y una vez del otro lado, esperar.
Esperar si es necesario durante toda una eternidad
hasta que mis átomos se encuentren
y se fundan definitivamente con los átomos de Marta
para poder finalmente y por los siglos de los siglos
ser yo.*

XII

Definición de la música

FESTIVAL DE COROS EN EL PALACIO DE LAS ARTES DE BUDAPEST

Tratemos...

La música es una profesión.

Es arte, ciencia.

Religión.

Y sí... es ritmo, melodía y armonía

Y emoción.

Un lenguaje común,

Amor y coraje, odio y temor,

Culpa, perdón.

Y por qué no?

...indiferencia, envidia,

Inmovilidad, aburrimiento,

Hastío, letargia y desamor.

Puede ser triunfo,

Y a veces claudicación.

(...o tal vez solo una diversión?)

Es una obsesión,

Un castigo y una devoción,

*Un amor colmado o una desilusión,
El primer encuentro
O el último, el decisivo,
La última tribulación.
Nacimiento y renacimientos,
Misterio, muerte y resurrección,
Una entrega, una donación,
El puente entre lo posible y lo imposible,
Entre lo mortal y la eternidad.
Energía, fuerza vital
Ternura y delicadeza.
Un enigma, secreto inescrutable,
Magia y seducción.
Es un caminar sin objetivo
En un sendero sin final,
Es consuelo, misericordia y reconciliación,
Alegría y desesperación,
Hundimiento y elevación,
Oscuridad profunda, luz deslumbrante,
Camino y verdad,
Locura, pasión.*

*También es sufrimiento.
Y refugio.
Y oración.*

*Es el INFINITO.
Y es NADA.*

Imaginemos un lugar definido, majestuoso y digno, un punto microscópico en nuestro universo sin principio ni fin, sin límites y sin fronteras. Detengámonos en el tiempo infinito durante dos días, cuarenta y ocho horas, dos mil ochocientos ochenta minutos, ciento setenta y dos mil segundos.

Dividamos cada uno de ellos en partículas más breves y estiradas a la vez hasta lo inconcebible provocando que lo pasajero y lo eterno se fundan en una sola realidad, en una sola vivencia. Imaginemos innumerables presentes unidos uno al otro como los eslabones de una cadena... eternidades de momentos vividos y gozados o sufridos en plenitud. Envueltos por la eternidad única, absoluta y perfecta que así, es producto de la suma y de la fusión de pasado y futuro vistos, atrapados y vivenciados AHORA en un permanente cambio de colores, sonidos, formas, y movimiento...

Como tentáculos del perpetuum mobile y sonoro, del OM, de la vibración y latido eterno del universo.

Imaginemos dos días de música y canto en un escenario adecuado y acogedor, permitámonos percibir las apariciones fugaces de melodías, ritmos y armonías que en su sagrada trinidad forman la unidad indiscutiblemente perfecta que es la música... Imaginemos voces provenientes de los cinco continentes, de diferentes naciones y culturas, diferentes costumbres, climas y educaciones. Coreutas varones y mujeres, niños, jóvenes y maduros, todos ellos miembros de la gran familia internacional del canto coral. Hombres diversos que se conocen y re reconocen entre sí a pesar de que hasta ese momento no se hayan concentrado jamás en ningún lugar.

Amigos, compañeros y hermanos en la música, mostrando y demostrando que través de ella sí es posible hacer realidad el milagro de la fraternidad y de la paz abusando del arma del canto, sintiendo y viviendo todos y cada uno lo mismo a pesar de haber tenido delante de sus ojos una partitura nunca vista, escrita por alguien que nació y vivió en un mundo, en un tiempo y en una realidad diferente... lejana, desconocida, a veces hasta incomprensible. Cantar, sentir, gozar, transmitir. Extraer de cada nota el mensaje codificado y descifrándolo mostrarlo al mundo exterior, mensaje de pasiones, de alegría o llanto, de humor o duelo de deso-

lación o esperanza y éxtasis.

Imaginemos dos días para vivir en un mundo real que parecería ser el irreal, cerrado o aislado de todo lo que afuera nos circunda, nos acecha, nos exige, nos usa y nos sujeta. ¿Cómo es esto? ¿Todo lo que nos afecta en este vivir día a día nuestro, ahora queda afuera y sin atreverse siquiera a entrar? ¿Dónde están las guerras, las revoluciones, las luchas, los pisoteos, la política, la inflación, la desocupación, el racismo, la intolerancia, el egoísmo, el desprecio, las preocupaciones, las ambiciones, la pobreza y la humillación?

¿Ahora a quién le importa quién robó o quien mató a quién, o los accidentes, la droga, el alcoholismo, la insolencia de los hijos, el desamor de los padres, la infidelidad de los amigos, la traición, el fraude, la mentira, los fracasos, las decepciones y la corrupción?

La música acaricia, limpia, cura, edifica.

Es un juego que redime.

*Porque en la cara oscura de la moneda de la vida, -mientras suena-
todo, hasta lo más bajo, lo transforma en luz para así,
en cada partícula de sonido, compás, melodía, ritmo y armonía
transportarnos a la eternidad.*

Nos devuelve la inocencia.

La música es jugar al paraíso.

La música es JUEGO.

La música es REDENCIÓN.

*"Las olas estruendosas me llaman a casa, contigo.
El mar sonoro me llama a casa, contigo..."*
(Loreena McKenitt, *The old ways*)

XIII

Marta

"ANY DAY NOW"

¡Vamos, pues! Disfruta del pan que comes
y goza del vino que bebes,
porque a Dios le han agradado tus acciones.

Vístete siempre con ropas blancas;
ponte siempre perfume en la cabeza.
Goza de la vida con la mujer amada,
cada instante de esta vida sin sentido
que Dios te ha dado en el mundo.

¡Éso sacarás de trabajar y fatigarte tanto debajo del sol!..."

Eclesiástico 9, 7

Pasaron más de dos años de maduración hasta que me decidí a escribir sobre Marta, a sabiendas que todo lo que pueda transmitir es poco, insuficiente, incompleto. Ninguna frase ni palabra, puede expresar fielmente quien es ella, nuestra relación, nuestras vidas, lo que vivenciamos juntos o separados, qué significamos el uno para el otro. Miles de hechos, sentimientos, cargas, emociones, experiencias, plenitudes y vacíos que llevamos muy adentro y que también, entre nosotros intuimos más de lo que podemos expresar o

entender con palabras. Aceptando el riesgo de ser a veces demasiado subjetivo, sentimental rayando lo cursi, otras parco y objetivo, escribiré cómo empezó a cerrarse el círculo de mi vida, cómo adquirió sentido y tomó forma el tapiz tejido con las hilachas del pasado conocido, el presente vivenciado y el futuro a veces imaginado, pero aún sin conocer. Cómo se fueron levantando los velos y las nieblas que ocultaban el camino de regreso a casa que me deparó el destino. A Marta, la conocí a fines de los años sesenta, en el Coro de Arquitectura de Buenos Aires. Recién había recibido el diploma y dejando tras mis espaldas el Conservatorio de Música, cerré el estuche del violín con mi pasado corto y sin mucho contenido, y comencé finalmente a profundizar y disfrutar la música.

No me acuerdo bien que fue lo que primero me llamó la atención en ella. Con sus diecisiete años, el pelo y la pollera corta, aún estudiaba en la secundaria y aprendía a tocar la guitarra, cantaba en un teatro de títeres y daba clases a niños pequeños. El primer recuerdo concreto que tengo de Marta, es bastante singular. Fué algunos ensayos más tarde de su ingreso al coro. Ella estaba sentada a la izquierda delante de mí, y se agachó apenas, hacia la derecha, para preguntar algo a su compañera. Ese movimiento, dejó ver cómo la camisa negra que llevaba puesta se ajustaba, mostrando las líneas de su cuerpo desde la nuca hasta las caderas. Por este movimiento, me enamoré de Marta y no por cualquiera de sus otros atractivos, ni por sus ojos de ámbar verde, ni su sonrisa, ni sus fantásticas piernas, sino insólitamente por su espalda. Me acuerdo y puedo volver a recordar la oleada de mareo, ya que en ese momento fugaz fué que me llegó y me envolvió plenamente el misterio inexplicable e inaprensible que es la mujer, misterio que se hizo visible, tuvo un solo rostro y un nombre: Marta. Ninguno de los dos recuerda como empezó nuestra relación, pero sí que no duró mucho, tal vez poco más de medio año. Esa época transcu-

rría bajo el signo del amor libre, el hippismo y cuando ella cumplió los dieciocho, los dos juntos por primera vez dejamos atrás nuestra adolescencia para ser hombre y mujer que pueden confiarse el uno en el otro para comenzar el aprendizaje de amarse plenamente. Uno de los pocos recuerdos que perduró en mí, fué cuando para su cumpleaños, consiguiendo dinero prestado le regalé el disco "Any day now" de Joan Baez cantando canciones de Bob Dylan, "Cualquier día ahora, hoy, seré libre...". Un disco con una canción y una frase con virtudes proféticas, ya que Marta hasta el día de hoy lo conserva y cuando llegó el "any day now" a nuestras vidas, en el día de nuestro casamiento en la aldea Óbarok de Hungría, volvió a sonar la canción. Volviendo al pasado, las nubes grises y cada vez más oscuras que se iban amontonando arriba nuestro en gran parte eran la actitud de sus padres para con nosotros, pero seguro que influyó también algo nada fácil de entender ni de explicar y que posiblemente está relacionado con la búsqueda del propio camino, con la soledad, el ansia de aplacarla bebiendo la vida sin limitaciones y otras tantas cosas que cuando somos jóvenes no vemos con claridad, ni tampoco sabemos como tratar.

Sus padres no me apreciaban. ¿Qué futuro tendría su hija con un músico? Y en cierta medida tenían razón, ya que a pesar de haber cumplido los veinte yo no trabajaba, no tenía todavía proyectos ni planes para ir armando un futuro. Marta, por el contrario estaba siempre ocupada. Del poco tiempo libre, tenía que rendir cuentas, así que aparte de los ensayos apenas teníamos oportunidades para encontrarnos y estar juntos. Intentamos poner un poco de orden en nuestra relación. Queríamos casarnos. Entonces, comencé a trabajar en un negocio de instrumentos musicales y una tarde fuí a hablar con sus padres y pedirles la mano de su hija. Me cambié los pantalones vaqueros desteñidos y me vestí con un saco oscuro, camisa blanca y corbata que guardaba para los conciertos, me peiné el cabello con gomina para presen-

tarme delante de ellos causando la mejor impresión posible. Recuerdo la actitud caballeresca del padre y el silencio de la madre, y también de golpes en la pared de la habitación vecina. Tal vez fuera alguna de sus hermanas a las que habían excluido de la conversación. Esa tarde, sus padres en principio cedieron su resistencia hacia nuestra relación, pero en la práctica, todo siguió mas o menos como antes, su oposición continuó a veces con embates muy dolorosos para Marta y humillantes para mí, o para los dos.

Llegó un día, un momento, en el que sin tener mucha conciencia, empecé a entrever que nuestra relación no era motivo de felicidad o alegría sino que comenzaba a convertirse en un peso en la vida de Marta. Seguro que mi despertar sucedió en el intervalo de un ensayo, cuando al mirarnos, ella apartó de mí la vista por primera vez y noté que estaba lejana, con mis dedos, percibí sus labios afinados y secos. Y al poco tiempo, también llegó el día en que decidió cortar nuestra relación. Todo ocurrió una noche, un instante. El orgullo e inmadurez, la decepción y la sensación de fracaso provocaron, que en vez de luchar por ella, me bajara tempestivamente del colectivo 60 en el que volvíamos a casa después del ensayo. Nunca más nos encontramos. Marta, no volvió al coro y cuando pregunté por ella a un amigo común, me contestó que no tenía que pensar más en ella, ya salía con otro y estaba bien. Algunos meses después, la vi por casualidad en un ómnibus repleto. Ella no me vió, se bajó en la Facultad de Derecho y por la ventanilla ví que como se encontraba con un muchacho saludándolo con un beso, mientras yo sentía en mi interior la desesperanza que exhalaban las ruinas que había dejado su ausencia. Pasó todo un año caótico para mí, distinto, muy extraño. Con muchas cosas, intenso pero lleno de huecos que a pesar de manotear en todas direcciones no lograba llenar. Dejé los estudios del ciclo superior en el Conservatorio, comencé a estudiar Musicología, pero me aburrí al poco tiempo y cam-

bié por los cursos de dirección de orquesta en el Teatro Colón, que también abandoné. Con amigos del coro, armamos un conjunto que empecé a dirigir sin saber todavía prácticamente nada de las técnicas de dirección. Mi vida sentimental, era confusa y sin contenido. Conocí otros amores, que nunca lo fueron, porque en todos seguía buscando a Marta que ya no estaba. Tuve una experiencia inmadura, tonta y aterradora con la marihuana que casi terminó en un intento de suicidio. Poco a poco se fué formando en mí una decisión. Necesitaba un cambio radical para poder salir del callejón sin salida en el que sentía y sabía estaba varado. Irme lejos. Lejos de Marta, lejos de los recuerdos que me acababan, lejos de la frustración, de seguir dando vueltas en un círculo al que no le encontraba la salida. Y también, sentí la necesidad de demostrarme a mí mismo que era capaz, que podía llegar a ser alguien rescatando algo de mi autoestima y construir así mi futuro. Pero en mis proyectos, dominaba más que la razón la fantasía y la atracción que ejercía en mí la posibilidad de otra vida y otro mundo nuevo, diferente y en esa época también idealizado. Mi padre me ayudó a solicitar una beca de perfeccionamiento en la Embajada de Hungría. Pasaron varios meses y como no recibía respuesta, decidí que me iba igual, sin beca. Él me compró un pasaje, sólo de ida, en barco y me dió algunos dólares para aguantar un tiempo, advirtiéndome que una vez allí no tenía otro camino ni más alternativa que armar mi vida solo.

En esta especie de exilio voluntario, irresponsable e inmaduro, llegué a Budapest en la primavera del año 1971, prácticamente sin nada más que esperanzas, fantasías idealizadas y claro, temores ocultos, con algunos dólares en mi bolsillo y un papelito con un teléfono de un amigo de la prima de mi cuñado. Este amigo que yo no conocía, ni a su prima, me esperó en la Estación de Ferrocarril del Este de Budapest. Me llevó a un alojamiento estudiantil, donde me dieron una cama en la enfermería porque no había otro lugar. Después,

no lo vi más. Pasé la primavera buscando mis papeles, hasta que después de muchas idas y venidas, el Departamento de Relaciones Culturales me otorgó la beca por un año, la que luego fue prolongada por otro año más. Así empecé a vivir el espejismo de una vida estudiantil despejada, sin preocupaciones, responsabilidades, ni deberes.

Pasó el verano, poco a poco se presentaron los primeros días fríos de otoño, y ya me había mudado a la habitación de estudiante que me habían reservado en una casa de familia. Fué por la mañana de uno de esos días otoñales que todavía arrastran consigo la nostalgia de verano, limpio, con un sol debilitándose paulatinamente, fresco y tranquilo, sin viento. Me encontraba preparándome para una clase, cuando mi atención fue distraída por golpecitos contra la ventana que daba al jardín. Levanté la vista y vi a una pequeña abeja que una y otra vez se estrellaba contra el vidrio, como queriendo entrar para refugiarse de las amenazas del frío. Otra vez me atacaron los recuerdos, la nostalgia y me puse a jugar en mis pensamientos imaginando que tal vez esa abejita podría traer un mensaje de Marta, tal vez era ella misma, que atravesando las distancias, el océano, vuelve a mí. Abusando del placer tristón de este juego de fantasía, me paré para abrirle la ventana, pero la pequeña bestia, en vez de entrar, pegó media vuelta y volando en zigzag desapareció entre las plantas y arbustos del jardín. Cerré la ventana y volví a la realidad. ¡Basta ya de Marta, me dije; ella ya no existe y vine acá a empezar una nueva vida! Así, enterré su recuerdo en algún lugar de mi interior, tomé más en serio la relación con Ildikó, con quien una vez que se me acabó la beca nos casamos y tuvimos cinco hijas. A todas ellas, yo les puse el nombre pero siempre que llegaba en la lista a la letra M saltaba el nombre Marta, porque no quise que pudiera ver dos rostros al pronunciarlo.

Así viví, armando una familia y durante largos treinta y siete años trabajando como profesor de música en colegios

religiosos, como cantor de iglesia y director de coros. España, Argentina, Francia, otra vez Argentina y finalmente otra vez Hungría fueron los escenarios de esta vida que sin saberlo, se desarrollaba en un prolongado desvío que inevitablemente me iba a volver a conducir de regreso al camino original, al de regreso a casa.

En el 2010 por esos planes y nudos incomprensibles que se atan y desatan allá arriba, Ildikó murió repentinamente y yo me quedé solo. Espiritual, emocional y físicamente envejecido y cansado. Me quedé solo con mis recuerdos, con los rollos, contradicciones y bifurcaciones de mi conciencia. Solo y paralizado también con una familia con la que no sabía que hacer. Me autoconvencí de que el círculo de la vida se cerraba definitivamente y me propuse reconciliarme conmigo mismo y con Dios, para poder o por lo menos tratar de alcanzar la paz interior. Reconocí y acepté a mi vieja y conocida amiga, la soledad, con la esperanza de que el tiempo pasara rápidamente. Mientras, el espíritu iría ganando las batallas contra el cuerpo.

Pero allá arriba, el tapiz lo tejían de manera diferente. Al principio, pensé que el motivo era que todavía tenía mucho que aclarar y limpiar dentro mío. Pero hoy, sé que el círculo no se podía cerrar, la trama no estaba lista porque el desvío se estaba acabando y paso a paso estaba entrando en el camino de regreso a casa. Me iba a encontrar nuevamente con Marta, a la primera mujer que amé y que aún hoy sigo amando de verdad. Junto a ella, había empezado a transitar los primeros pasos del camino y junto a ella, debía llegar al final. Pero todavía no lo sabía. Quería paz, la ansiaba y la buscaba pero no la encontraba.

En este estado de larva en que vivía, todo empezó a tomar movimiento ocho meses después de la muerte de Ildikó. El día anterior a la Nochebuena del año 2010. Hacía pocas semanas que había comenzado a trabajar con una notebook que había llevado a casa para practicar, conocer

mejor su uso y aprender a manejar los programas que necesitaba. Algunos de mis alumnos, más duchos en la informática y sonriendo ante mi falta de conocimientos, me introdujeron también en el mundo del facebook, que recién empezaba a difundirse rápidamente entre los jóvenes. Esa noche, con más indiferencia y hastío que interés, sin ningún entusiasmo ni alegría para la Navidad, me senté solo en mi habitación, delante de la máquina tratando de poner en práctica los consejos y directivas de mis alumnos. Ya me habían prevenido de lo útil que era el programa para ponerse en contacto con los amigos y conocidos, pero también para encontrar nuevos o reencontrar y rescatar viejas caras, historias olvidadas. Eso es lo que hice, busqué en mis recuerdos a aquellas personas, amigos que me gustaría reencontrar, aunque sea en el mundo virtual. Y claro, los que más me invadieron, atropellándose entre ellos, urgiéndome, fueron aquellos amigos del Coro que en los años decisivos de la juventud, influyeron tanto en mi vida. Compañeros de una época, donde todo se reducía a música, sentimientos, búsquedas y promesas.

En el buscador escribí tal vez seis u ocho nombres. Y el de Marta. Permanecí con la mano temblorosa durante largos segundos, detenida sobre el teclado. Hasta que por fin, acompañada de un suspiro y del latido del corazón acelerado decidí bajarla y escribirlo... letra por letra. Fue esa noche cuando empecé a despertar del letargo de tantos años, aceptando de manera consciente que el cerrar los ojos no me había servido de nada, nunca me ayudó a borrarla definitivamente de mi vida. En algún lugar de mi corazón, de mi espíritu, de los pasadizos o rincones más recónditos de mi cerebro, ella era una espina arraigada que produjo y seguía produciendo adicción, un dolor dulce, nostálgico que aceptaba, que estaba bien así. Y que a pesar de seguir doliendo, era preferible que no desapareciera nunca. Esa sensación agridulce, la volví a sentir no sólo esa noche, sino que varias

veces me invadió en diferentes momentos de la vida, pero se hizo más viva y clara durante el año que pasamos reconociéndonos en el mundo virtual del internet. Esta espina desde hacía mucho que no pedía ni esperaba ya nada, solamente que la dejaran allí acurrucada y oculta, con la esperanza, no reconocida por ser totalmente irreal, que algún día pudiera salir a la luz. En la búsqueda por Internet no encontré a los que busqué. En la pantalla, solamente apareció una foto del torso, en blanco y negro, de una mujer de poco mas o menos treinta años, con el nombre de Marta C. El nombre, el rostro, la sonrisa a medias y la caída de los hombros que mostraba la foto, era muy parecida a la que había conocido hacía más de cuarenta años atrás. Esa noche, todavía dudando, le escribí sólo dos palabras: ¿Coro Arquitectura? Pero sin esperanzas de recibir alguna respuesta, después de tanto tiempo, a miles de kilómetros de distancia, y sin saber absolutamente nada de ella...

Pasó la Navidad y como desde entonces tantas veces, no me pude conformar con el silencio, así que volví a escribirle: Si vos sos la Marta del Coro Arquitectura yo te podría preguntar: ¿Cómo estás, Marta? La respuesta llegó cuando ya había pasado el Año Nuevo. Como ya no esperaba nada, me sorprendió, pero principalmente por el tono de su carta. Por la cariñosa y sincera alegría que sentía y transmitía por nuestro encuentro.

Empezamos a escribirnos. Le conté de mi vida y ella de la suya, cierto que en su caso sin muchos detalles. Estaba casada y tenía tres hijos ya mayores y cuatro nietos a los que amaba. Desde hacía varios años vivía sola. Hacía mucho que había dejado la música, siguió los estudios de derecho y llegó a ser abogada, exitosa y reconocida. Durante el año 2011 nos escribimos de tanto en tanto, más yo que ella ya que muchas veces desaparecía. Entonces, yo siempre tomaba la decisión de no volver a escribirle. Pero una y otra vez, volvía a buscarla. Una noche de primavera, tuve un sueño

raro, lleno de simbolismos. Estábamos sentados frente a frente en algún bar, mezcla de aeropuerto y estación final de ómnibus. No teníamos edad definida...¿veinte, treinta, cuarenta, cincuenta? ...Ella tenía puesto un pulóver blanco de cuello alto que solía usar cuando la conocí. En el sueño, charlábamos serenamente, en plena intimidad contándonos nuestras vidas. En un momento, estiré mi mano para tocarla pero a pesar de estar sentada a algunos centímetros de distancia, no la podía alcanzar. Se esfumó y yo me desperté pensando que tal vez, los sueños tengan razón. Prácticamente enseguida me volví a dormir profundamente y el sueño siguió en un escenario completamente diferente. Yo “revoloteaba” sobre un paisaje gris y despoblado, un barrio con las calles y las casa vacías, y en los cruces de calles, aquí y allá veía desde arriba pilones bien ordenados de madera para la estufa, para el fuego que dá calor. En estos dos sueños fundidos en uno solo, resumí mi vida y en ella a Marta.

Pasaron los meses y se acercó el día en que ella iba a cumplir sesenta años. Armé un video en el que con imágenes y música intenté reflejar lo que vivimos en la juventud y lo que estábamos viviendo durante ese año. Y se lo envié. La canción del video también rememoraba con toda intención sentimientos y sensaciones del pasado “*Y envy the wind*”⁸, cuando en verdad envidiaba a aquellos que estaban con ella cuando yo no podía. Pasó una semana y no recibí respuesta, así que volví a mandar otra carta con un poco de humor pero tratando de mostrar, sin herirla, mi decepción por su silencio. Ella, todavía no me había contado las distintas situaciones de dolor y sufrimiento que estaba pasando en esa época de la vida, su desánimo, razones de su silencio a mis mensajes. Pero, una frase en la carta que no redacté

8_ “*Y envy the wind*”, canción de Lucinda Williams.

correctamente y que ella interpretó de manera diferente provocó tal vez, su reacción, su despertar. Así que por fin recibí su respuesta, la respuesta que cambió todo. La puerta que hasta entonces dejaba pasar apenas un rayito de luz y que yo no podía abrir, repentinamente se abrió de par en par dejándome enceguecido, paralizado, al enfrentarme con su otra realidad, la que hasta ahora yo no conocía.

Las cartas primero; escuchar con sorpresa y emoción nuestras voces por teléfono, después de tantos años! Vernos por skype, reconocernos a pesar de las cuatro décadas que pasaron sin vernos y así, poco a poco fuimos tomando conciencia de la urgencia y necesidad de encontrarnos, de conversar sin tiempo. Pero sabíamos bien de los largos años de separación, dos vidas enteras sin saber nada del otro, con los años juveniles y maduros a nuestras espaldas. Decidimos esperar hasta la primavera del año siguiente. En ese reconocimiento virtual, conocí aspectos de su personalidad que en otra época de nuestra vida yo no había visto ni valorado, una mujer que tiene plena conciencia de sus objetivos y propósitos, fuerte, decidida y resuelta, alguien que sabe lo que quiere y no cesa en buscar, hasta encontrar y construir lo que es necesario para alcanzarlos.

Muchas cosas pasaron en nuestras vidas y durante ese año de diálogo por correspondencia, hechos y anécdotas que no me animo a calificarlos de "místicos", pero sí de extraños e inexplicables y que nos ayudaron a acercarnos mutuamente, cada vez más. En esos días anteriores a la Nochebuena, mientras yo aprendía a manejar y usar el internet, ella también, en su lugar de trabajo hacía sus primeras tentativas con el facebook. La foto por la que la reconocí y llegó a mi pantalla, se debió a un Enter apretado antes de tiempo, por un error que no tuvo ni tiempo ni ganas de corregir.

El episodio de la abeja rescatado del pasado, también tuvo connotaciones que por su carga emocional, no puedo considerar solamente como una pura casualidad: El año

1970 en cierto sentido, tampoco fue fácil ni simple para Marta. Finalizados sus estudios secundarios en la Escuela Normal, se inscribió en la Facultad de Derecho y tal vez, para rescatar algún recuerdo, algo pendiente del pasado, después de un tiempo, en el año 1971 volvió al Coro donde preguntó por mí. *“Ya no lo busques, José Luis se fué a Hungría y no vuelve más”*, le respondió tal vez el mismo amigo común que con otros motivos, también me había dicho algo muy parecido, descartando así la esperanza del reencuentro. Marta entonces abandonó los estudios de la música, cerró definitivamente su guitarra en el estuche y empezó a vivir una nueva vida. Se casó, tuvo tres hijos, se recibió de abogada.

Ahora, muchos años después sé cuáles fueron los motivos, las circunstancias que la llevaron a la decisión del cambio. Ese día, en el colectivo 60. Cuáles fueron los motivos que la impulsaron a olvidar y dejar atrás todo lo pasado, incluida la música y a mí.

Así, a miles de kilómetros de distancia y casi al mismo tiempo, sin saber nada uno del otro más que el punto donde estábamos ubicados en el mundo, los dos iniciamos un larga etapa por caminos separados, una etapa que ahora la veo como entre paréntesis y en la que tratamos de ser felices. Yo la cerré concientemente, para darme otra posibilidad de volver a ser feliz. Ella, buscó otro camino para ser feliz.

En el 2011 continuamos reconociéndonos por el mundo virtual del internet. Pasó el mes de octubre y llegó noviembre. Reuní en mi casa a mis hijas, sus novios y maridos y después de agasajarlos con un almuerzo les conté con todos sus detalles mi historia con Marta. Una de ellas al final resumió la impresión que le había producido mi monólogo declarando que en ese momento pudo conocerme como soy de verdad. No recordé ni recuerdo el haber sentido en mi vida tanta paz, tanta confianza en el futuro, tantas ganas de vivir. Cerré detrás mío todas las puertas y después de tanto tiempo de ir entre paréntesis, pisé mi camino original, el de

regreso, allí donde estaba Marta, esperándome. La ví nuevamente el 24 de marzo del año 2012. Cuarenta y tres años después de nuestra separación.

Marta vino por primera vez a Hungría en una primavera hermosa, digna de ser el marco para nuestro reencuentro. Este primer período de reconocimiento mutuo trajo consigo el amor, la ternura, la pasión y la confianza, que habían sido las mejores virtudes de nuestra relación juvenil. En esas primeras cinco semanas, fue tomando forma nuestro futuro común. Decidimos entonces comenzar a construir el presente, tomando las decisiones necesarias pero no era sencillo. Marta debía alejarse de su familia, pero de tal manera que este alejamiento en el espacio no quebrase ni hiriese en lo posible, sino que reforzara y profundizara los lazos amorosos con todos aquellos que le eran importantes, daban sentido a su vida. Sus hijos, sus nietos, sus amigos. Ella siempre fué luchadora por sangre y naturaleza y también porque la vida se lo impuso. En este proceso, que duró meses puso todo su amor, empeño, pasión, energías, paciencia y sabiduría en un trabajo de reconciliación, de acercamiento entre todos aquellos que amaba, habían sido y seguían siendo importantes en su vida. Pero además, este trabajo no sólo lo circunscribió al círculo propio, sino que gracias a él yo también pude reconciliarme con mis hermanos y también con la tierra natal que había dejado y olvidado hacía tanto tiempo con la firme decisión de no volver nunca más. Marta volvió nuevamente Hungría a fines del verano, para volver a estar juntos pero también para preparar y organizar nuestra vida en común. Su tercer viaje, el definitivo lo hicimos juntos, antes de la Navidad. En estos meses de cambios y despojos, extrayendo de raíz lo molesto, lo infructífero y lo inútil yo también tuve mi proceso en el que sentí que se me iba cayendo la piel vieja y gastada dejando al descubierto poco a poco la nueva, la original. Como cuando después de pintar algo, nos esforzamos con mayor o menos éxito por

sacarnos las manchas que quedaron pegadas en las manos. O como un despertar que se va estirando, hasta que llega ese momento en que abrimos los ojos y nos enfrentamos con el mundo real. Así fue que una noche, viendo en la pantalla a Marta en esa lucha de desprendimientos, ordenando papeles y afectos entre lágrimas, guardando o desechando todo lo que hasta entonces había formado parte de su vida, me dí cuenta de mi necesidad y de mi egoísmo. No duró más que unos segundos. Inmediatamente tomé la decisión de volver a la Argentina, ir a buscarla y empezar juntos esta nueva vida, desde allí.

Llegué a Ezeiza a principios de noviembre de 2012, después de un viaje tan tranquilo como confiado, alimentado por miles de recuerdos y esperanzas. Marta me esperaba en el aeropuerto y también su hermana Cecilia, la que junto a mi hermana Isabel fueron los testigos más cercanos de nuestro amor joven. La estaba en Argentina, desde el momento que la ví a Marta corriendo a mi encuentro, hasta que subimos al avión de vuelta a Hungría, fue una de las más felices que viví. Me colmaba el sentirme amado y sí, también protegido por Marta, el reencuentro con mis hermanos y la reconciliación, el reconocernos por fin con Luis, mi hermano mayor. Me sentí distendido y tranquilo, libre, despojado de todos las tensiones, temores y nubes grises que a lo largo de los años se habían apoderado de mí.

Por amor y con amor compartí con Marta su desprendimiento, su alejamiento, y todo aquello que tenía encerrado en el corazón. Sin abandonar su familia, sino al contrario haciendo todo lo posible para poder acortar y reforzar los lazos de amor, puso una distancia física hasta entonces inconcebible y temible entre ella y ellos, hijos y nietos, amigos, su casa, su trabajo, las calles del barrio, costumbres, lugares, toda una vida y un país, una cultura diferente hacia la que partía, y también distancia entre esas pequeñeces, cosas y cositas, objetos, bagatelas que pueden parecer insig-

nificantes, pero que a pesar de ello llegaron a formar parte de la personalidad, parte de la vida.

Creo que nunca me podré convencer de que todo su desprendimiento fue sólo por mí. No valgo tanto. Pero sí creo que lo hizo por nosotros, por nuestro amor. El suyo y el mío. El amor que fue, que sigue viviendo y que vivirá aquí en esta vida y que seguirá latiendo donde quiera que estemos. Ahora, cuando escribo esta historia, ya pasó más de un año y vivimos juntos en la casa de Zsámbék que, ¿por casualidad? fue construida en el año 1969, cuando éramos jóvenes y empezamos a amarnos.

El pasado común de nuestras vidas, se reduce a algunos pocos recuerdos de esos meses juveniles y a los de nuestro diálogo virtual, alimentado por los que vamos viviendo ahora, juntos. Raramente nos preguntamos qué podría haber sido si... Preferimos vivir bebiendo el presente, sabiendo que el futuro es un pasar del tiempo que se acelera cada vez más, sólo Dios sabe cuánto más nos tiene depurado. Y aunque puedo encontrar en el tapiz de mi vida incontables dibujos y colores, recuerdos buenos y malos por igual, encuentro un solo momento que le dá sentido y coherencia a toda la trama. Ese momento fugaz y eterno, cuando vi a la Marta de sesenta años, aparecer sonriendo y ansiosa por la puerta de tránsito del aeropuerto de Viena. Sus ojos verde ámbar buscándome entre la multitud, su voz y su risa, su mirada que no se apartaba de la mía, sus labios nuevamente húmedos, y pude volver a sentir el olor peculiar de su piel, que sin saberlo lo tenía grabado, no sé como, en el rincón más recóndito de mi memoria.

POSTLUDIO

Poemas para Marta

DESPERTAR

Si miro hacia arriba
veo un sol renacido y el cielo azul

con nubes reclinadas
sobre los techos cansados.

Si miro abajo

mis botines gastados,
sucios y mojados.

Y la escalera de piedra,
centenaria, escarpada,
llena de escombros,
grietas, hojas secas y barro...

Voy subiendo hacia las ruinas,
siempre más alto,
recordándote y añorando.
Trepando en las ilusiones,
atrapando sueños y ensueños,
peldaño a peldaño.

Subo lentamente, fatigado.
Aferrándome al pasamanos
llevo conmigo al pasado.

Aferrándome al presente,
Le sonrío al futuro, confiado.
Dejo que mi corazón me lleve siempre más arriba,
siempre más alto.

Dejo que mis pensamientos vuelen
buscándote, esperándote.

LO SÉ

Lo sé.

Sé que me estás llamando.
Tal vez sin saberlo,
Ni vos ni yo,

Pero siempre me llamaste
Y hoy también,

En este preciso instante
Lo sepas o no,

Me estás llamando.
Me llama tu nombre,
y me llaman tu olor y tu piel

Me llaman tu voz y tu aliento
Tu mirada y tus pensamientos
Tus suspiros y movimientos
Tu sonrisa y tu risa

Me llaman tus silencios y también tus gritos
ahogados, aprisionados en tu interior
Tu sueño y tu despertar
Tu cansancio y tu caminar

Me llaman tus manos y tu mente
Tus ojos, tu boca y tu vientre
Siempre me estás llamando

Me llama tu hambre y me llama tu sed
Me llaman tus ansias y tus fastidios
Tus dudas, tus ilusiones,
Tus lágrimas, tus vibraciones...

Tu amor, es tu amor
El que me está llamando
Desde que te conocí
Tu amor me sigue llamando.

ESTOY AQUÍ

Estoy aquí y no me voy
mientras me mires así...

con profundidad y con sed
con caricias y con exigencias
con generosidad y con posesión
con silencio de ansias
y con bullicio de pasiones
con melodías de ternura,
con suspiros de soledades
y con gemidos de comunión

con lágrimas de ayer
y con sonrisas de hoy
con gritos de socorro
y con deseos de plenitud...

mientras me mires
así yo no me voy.

pero,
sin que me lo pidas me voy...
no me quedo
cuando se te vacíen los ojos
y ya no puedas o no quieras
o no sepas mirarme así...

me voy
si se corta ese hilo
que ni vos ni yo queremos o
tal vez ni siquiera conocemos
el más pequeño y débil,
infeliz, insidioso, inesperado
el más mezquino, el más ruin...
el eterno desconocido,
el único con el poder de vaciarte los ojos
de vaciarte el corazón
y dejarte sin mí
y a mí sin tu amor...

pero mientras me mires así
yo no me voy...
Me quedo.
Estoy aquí.

JARDINERO

Seré tu jardinero, mi jardín tu corazón,
sembrando sin descanso
semillas de ilusión, esperanza, fe, emoción.

Quiero adornar mi jardín
plantando confianza,
regar con agua limpia y fresca la alegría,
tus sonrisas y suspiros de amor.

Quiero adornar mi jardín
con canteros de colores, fuentes de risa y placer,
pasto verde de paz, serenidad y quietud.

Quiero adornar mi jardín
con senderos ondulantes
para que puedas pasear tus recuerdos,
tus pensamientos claros y bonitos.

Quiero adornar mi jardín
con miles de lagos pequeños llenos de ternura
donde retozen nuestros besos, las caricias, la pasión.

Quiero adornar mi jardín con puentes para el encuentro
de nuestras manos, nuestras almas, nuestros ojos,
y sentir siempre tu calor.

Quiero ser jardinero, y en tu corazón podar las espinas
de las penas y el temor, arrancar de raíz
todo lo que es amargura, decepción y dolor.

Seré tu jardinero, mi jardín tu corazón
sembrando sin descanso
semillas de ilusión, esperanza, fe...
mi amor.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	11
Aparcadero del alma	17
Preludio	
<i>Meditación</i> (Camino a casa)	21
I - Tony	25
II - Tres puestas de sol	39
III - Seis historias de alumnos	48
Szidonia	48
Éva	50
Pálma y Erik	53
Rita	59
Szabolcs	64
Tutyi, el músico	67
IV - Matyi (La glorificación del blues)	73
V - Pali, András, Ági (La pesadilla de Kodály)	77
VI - Santiago	85
VII - Crisis	94
VIII - Ancianos	105
IV - En un año nuevo	111
X - La silla de Lucía	114
XI - Arte y Pálinka	126
Interludio	
<i>Meditación</i> (Hay veces que...)	133
XII - Definición de la música	135
XIII - Marta	139
Postludio	
Poemas para Marta	157

Este ejemplar se terminó de imprimir en septiembre de 2015
en los talleres Gráfica Solsona
Córdoba - Argentina

Primera Edición